

# Sylvia Iparraguirre

## El Parque



Lectulandia

El parque de diversiones tiene su Rueda de la Fortuna iluminada, su Montaña Rusa, su Pulpo y, sobre todo, su Laberinto del Terror. Parece un parque como tantos pero es distinto a todos, porque sus confines —tan inciertos como los del universo— albergan a Ezpeleta, el inventor de artefactos; a Beauconseil, contador de historias; a la bella Lisa, amante del pochoclo y de los hombres solitarios. En la noche de la ciudad, los personajes acometen las más delirantes empresas ignorando que les ha sido reservado un destino común. Porque el parque alberga también un misterio oculto, que Zorroarín, maestro inescrutable de la Escuela del Miedo, se empeña afanosamente en develar.

**Lectulandia**

Sylvia Iparraguirre

# **El parque**

**ePub r1.0**

**Titivillus 25.02.16**

Título original: *El parque*  
Sylvia Iparraguirre, 1996

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

¡Todos serán bienvenidos! ¡Pero apúrense para  
poder ser aceptados antes de la medianoche!

FRANZ KAFKA

No toda es vigilia la de los ojos abiertos

MACEDONIO FERNÁNDEZ

a Abelardo  
a Juan Pablo, Damián,  
José Luis, Hernán y  
Josefina

**PARTE I**  
**LA ESCUELA DEL MIEDO**

# 1

## Mirillas

«Presten atención caballeros», decía Zorroarín, «observen bien: algunos aturcidos, otros indecisos, andan a la deriva entre los juegos mirando aquí y allá. Están desprevenidos, disponibles, éste es el mejor momento para catalogarlos». La voz del maestro recorría la penumbra de la barraca rodeada de silencioso respeto. Inmediatamente, varios pares de ojos se aplicaron a las ranuras disimuladas en la pared de tablas del Laberinto del Terror.

—¿Aquél que viene comiendo maní? —La voz de Zorroarín le habló al joven Marco.

—El caníbal.

—No. Mire bien.

—Soplido en la oreja con gruñido.

—Intente otra vez.

—El carcomido por el vitriolo.

—Hummm... ¿Y aquellos ancianos fanatizados? —volvió a preguntar el maestro desde su puesto de mira.

Los alumnos espionaron a un contingente belicoso cuyas cabezas canas, agolpadas en la puerta de El Pastor Parapsicólogo, hacían peligrar el cartel «Hoy: Damas y Jubilados gratis».

—El indio malonero.

—El monje sifilítico.

—La calavera parlante.

—Aliento en la nuca con estertor sepulcral.

Zorroarín echó una rápida ojeada al que acababa de hablar: Pestalozzi, alumno adelantado, sutil y creativo, tenía porvenir. «Miren bien, miren bien», repetía frotándose las manos, «hay que saber descubrir a la persona detrás del personaje». Sin que lo notaran, el maestro dejó la tarima, se detuvo agazapado tras las espaldas y, poniendo la mano sobre una nuca, soltó como un disparo: «¿Y aquél?». Con un brinco, el elegido, se pegó a la ranura y miró.

—Salida a los saltos con capucha negra.

—No.

—¿Papirotazo en la oreja?

Zorroarín sonrió satisfecho. Papirotazo: le gustaba que su alumnado remozara palabras antiguas logrando un breve esplendor añejo en las exposiciones. No había sido fácil, los jóvenes eran desaprensivos con el lenguaje; pero su insistencia había terminado dando frutos. Palmeó el hombro delgado. «Bastante bien, bastante bien», dijo el maestro.

—Aquellos dos solitarios —exclamó de golpe.

Desde la altura de su tarima, a la que había vuelto, y desde su propia mirilla, el maestro lograba una visión panorámica del vasto espacio que se extendía entre El Laberinto del Terror y las barracas vecinas, en cuyo centro se levantaba como una isla el quiosco chino de venta de pochoclo. Un hombre bajo, de apariencia tímida, miraba indeciso la entrada de Los Canales de Venecia; otro, alto y flaco, de gastado traje gris, compraba al enano del quiosco una manzana acaramelada. Por un momento, los dos miraron distraídos la fachada del Laberinto. Por más que deslizaran su mirada ciega de un extremo al otro, pensaba Zorroarín, jamás llegarían a sospechar que, tras las pinturas murales, estaban siendo cuidadosamente estudiados por varios pares de ojos. Sonaron las voces entre las tablas.

—El leproso medieval.

—El torturador de la Gestapo.

—Grito espeluznante.

—El caníbal.

—El monje sifilítico.

—Carcajada sepulcral.

—El zombie.

—El carcomido por el vitriolo.

—¡Basta! —dijo Zorroarín—. Les corresponde carcajada sepulcral, ¿no ven lo endeble de las personas, el poco carácter, la dejadez, la falta de presencia? ¿No perciben la escasa contención de espíritu? —Volvió a echar una breve ojeada afuera—. ¿Y aquella dama madura que avanza hacia El Túnel del Amor?

Luego de unos instantes de silencio, los alumnos arriesgaron:

—Ceñimiento de glúteos con pellizcos y grito estridente.

—Apretón con estertor.

—Salida de la tumba con colgajos.

—Aullar de lobo con apretón.

—El guiñapo humano.

—El caníbal.

—Corresponde aullar de lobo con apretón —interrumpió sentencioso Zorroarín no sin antes dirigir una mirada rápida al alumno que había hablado último: Marco.

Bajó de la tarima y dio por concluida la clase. El maestro pidió la colaboración del pelirrojo pequeño y avieso y de Pestalozzi para la función de esa noche, los demás podían retirarse hasta el día siguiente. Entre manotones amistosos y comentarios sofocados, los educandos enfilaron con algún tumulto hacia la puerta lateral de la barraca. El ajetreo que a esa hora crecía como una onda expansiva desde los confines del Parque —el zumbido de las maquinarias de los juegos vecinos, la tarantela estridente de Los Canales de Venencia, el atronador rock de El Pulpo—, se volcaba como una ola incontenible en el silencio monacal del Laberinto del Terror. Las caras de los alumnos cobraron contorno bajo el resplandor de La Mansión Incendiada. Un momento después, sus sombras errátiles se perdían, tragadas por la

multitud.

Pestallozzi y el pelirrojo pequeño y avieso se apresuraron a disponer todo lo necesario para la función. Esa noche, Zorroarín hacía El Carcomido por el Vitriolo, de efecto bastante agudo, sobre todo entre las mujeres cuyos gritos despavoridos sonaban como petardos en los recovecos del Laberinto. El acto era sencillo, pero la caracterización, para un perfeccionista como Zorroarín, llevaba una larga media hora de minucioso trabajo. Al cabo de ese tiempo, un ser horrible lo miraba desde el espejo. Zorroarín, satisfecho, esperaba la verificación de su eficacia horas después, frente a los visitantes.

Si bien el Laberinto completo se erigía como un monumento a la sincronización —hasta un niño podía manejar la botonera que accionaba poleas y proyectores ocultos, le gustaba pensar a Zorroarín—, el responsable de la difundida fama de la Barraca era el túnel final: en ese pasaje relativamente corto, apenas unos cuatro metros de oscuridad abovedada, esperaba a los visitantes una experiencia difícil de definir y también de olvidar. Allí —les gustaba pensar en conjunto a los educandos—, oculto en un nicho lateral, alguien de carne y hueso (el maestro) acechaba el paso de los visitantes. Según el humor de cada noche y su grado de concentración en la oscuridad nichal, Zorroarín extendía una garra repentina que, a los ojos desorbitados de los que pasaban, parecía surgida de la nada y les acariciaba con helada uña el cuello tierno, o les gruñía en la nuca o, simplemente, se dejaba ver. Si esto ocurría, espectros silenciosos, ensangrentados u horrendos hacían su aparición frente a los visitantes que, engañados por la apariencia inofensiva del túnel, reían despreocupados, para desbocarse de golpe en involuntarios gritos: el Monje Inquisidor en su sillón gótico, el Carcomido por el Vitriolo o el Torturador de la Gestapo, materializados bajo un repentino cenital, les cortaban el paso dándoles la bienvenida al infierno. Nada tenía que ver esta experiencia con los muñecos disfrazados cuyo mecanismo vacilante quedaba al descubierto a la primera mirada e incitaba a la hilaridad. El arte sutil del maestro dotaba a sus apariciones de algo indefinible que acertaba como un dardo emponzoñado en el centro de zonas ocultas y hasta desconocidas para los propios visitantes que, apelmazados, se abrazaban o reían histéricamente mientras por sus cuerpos fluía la adrenalina bombeada por la suprema emoción del miedo.

Al fin, salían al aire libre entre risitas nerviosas y resoplidos, humillados, aliviados, encandilados. La fila entera de los que esperaban para entrar estiraba el cuello; pero los que dejaban El Laberinto no decían palabra. Sacudían la ropa, miraban el cielo con sonrisa forzada como el que levanta la cara para ver si va a llover, y se perdían entre las calles y los juegos del Parque todavía estremecidos por una emoción de la que pocos volvían a hablar.

Cuando mucho más tarde, después de despedir a sus ayudantes, Zorroarín abandonó la barraca, la noche giraba hacia la madrugada entre el fragor de los altoparlantes. Saludó al enano del quiosco chino de venta de pochoclo, esa noche en

inmaculado traje de cocinero y se echó a caminar por la diagonal sur mezclándose con la multitud. La estridencia de la música y de las voces embestía los cuerpos de los visitantes como olas de un mar cada vez más picado. La Rueda de la Fortuna fulguraba en la noche como una constelación. Los gritos restallaban alrededor de El Pulpo. En el Parque y a esa hora se ponía en evidencia el misterioso instinto gregario de los hombres, pensaba el maestro; aspecto que un solitario perenne como Zorroarín observaba con impaciencia e irritación. Miró a su alrededor la gente con la que se cruzaba. Una mínima parte de aquella muchedumbre anónima se decidiría algún día y compraría un boleto para su barraca.

La figura delgada y pensativa del maestro se detuvo bajo el torrente de neón que arrojaba el cartel luminoso del Dancing Park. Lo que hizo entonces es fácil de describir, pero difícil de explicar. Se agachó y recogió un pequeño rectángulo: un boleto para bailar que reverberaba bajo las luces como una rosa fosforescente. Lo guardó en el bolsillo interior del saco y sonrió.

Cortó camino por calles laterales y pasadizos menores. Bordeó el corazón del Parque, donde giraba gloriosa la Rueda de la Fortuna y desde allí desvió por una de las avenidas diagonales que nacían del centro como el brazo de una estrella, hacia la lejana Puerta Oeste.

## 2

### El Dancing Park

—Solamente tres temas, o piezas, como a usted le guste llamar. Tres y nada más que tres.

—¿Por qué? —preguntó Lisa. Sacudió el vestido amarillo limón y una lluvia de cascaritas de maní se depositó en el piso brillante de la Administración.

—¿Y me lo pregunta? Usted sabe cuáles son las reglas del establecimiento. Con novios, conocidos o simpatías solamente tres piezas. Usted elige, por supuesto. En el momento de elegir es completamente libre. Los derechos de la Administración terminan donde empieza su libre elección de un compañero al cual, por reglamento, le repito, le corresponden tres piezas o temas. Se lo advierto porque ya estuvieron digamos, ¿sus amigos?, rondando por aquí y usted sabe que esos jóvenes no consumen o consumen la tarifa mínima. Si no consumen no hay negocio. Si los demás clientes observan que una bailarina es monopolizada, sospechan, y si sospechan no quieren problemas: en consecuencia, no compran boletos. Y si no compran boletos, nosotros ¿qué hacemos? Le recuerdo, señorita Lisa, que usted es una de las más solicitadas.

—Está bien —dijo Lisa buscando algo en el pequeño bolso que le colgaba del hombro. El vestido había quedado impecable. Los ojos verdes, distantes. Desenvolvió cuidadosamente un caramelo de coco.

—Es el reglamento —dijo el administrador encogiéndose de hombros. Sonrió comprensivo, mirándola con simpatía—. Además, Lisa, un poco de psicología. Cada individuo, cada solitario del Parque que compra un boleto quiere hacerse la ilusión de un romance, aunque dure lo que un lirio, aunque dure nada más que una pieza. Éste es un negocio romántico, ya lo dijimos y lo repetimos en el curso de capacitación. Ellos son nuestro principal interés, ¿me explico?, no esos muchachos, buenos, no lo niego, pero un tanto estrafalarios que tal vez puedan conseguir diversión en otra parte, ¿me comprende?

Lisa hizo que sí. Trataba de despegar con la lengua el caramelo que le había quedado incrustado entre los dientes.

—Además, hay que ir con los tiempos que corren, Lisa, seguir la corriente; hay que ser triunfalista en la vida, Lisa...

En el espejo el administrador admiraba su peinado impecable en el que se destacaba un jopo negro y brillante. Olvidado de Lisa, se pasó cuidadosamente la base de la palma por arriba de la oreja acomodando algún pelo invisible. Se dio vuelta con una sonrisa satisfecha.

—Así es, Lisa, hay que ir con los tiempos...

Lisa tuvo la oportunidad de ver de cerca el botón pintado que el administrador llevaba invariablemente en la solapa. Era un poco más chico que un platito de café.

Un hombre de traje y sombrero señalaba con mano enguantada de amarillo a un cuatrimotor que pasaba entre nubes, abajo un descapotable Bel-Air celeste con tapizado rojo, sobre una nube, una radio, sobre otra nube una locomotora Diesel, sobre otra nube rosa, un *flipper*. En el centro decía: *Born in the 50s*.

El administrador abrió la puerta de la oficina que se cerró de inmediato a espaldas de Lisa. Silencioso y en penumbra, el Salón de Baile esperaba. Contra las luces bajas del bar, se movía lenta la silueta de la chica de la Caja cuyos altos tacos verdes resonaban entre las mesas vacías llevándola hacia su puesto. La puerta abierta del *toilette*, dejaba ver a contraluz a sus compañeras que se empolvaban la nariz, se calzaban los zapatos de colores que proveía el Dancing Park o se curvaban sobre los espejos pasando una y otra vez la barra de rouge sobre los labios. Por el centro del salón, en taciturna fila india, la orquesta cruzó hasta la tarima. Lisa permaneció abstraída mirando a la chica de la Caja ubicarse en el taburete alto, pensando, tal vez, que ese puesto era menos problemático que el suyo cuando sonaron las palmadas del administrador.

Motas de luz de la esfera de espejos suspendida en lo alto, invadieron el salón trepando por piernas, brazos, peinados y cuellos, mientras la pequeña orquesta (sacos negros, solapas bermellón) empezaba distraída con un *blues* como para crear ambiente. De a tres, las bailarinas ocuparon sus lugares alrededor de las mesas. Las cortinas de la entrada se corrieron. Por un momento estalló el fragor tumultuoso del Parque, las idas y venidas del público; el lejano trueno de El Pulpo.

Los compradores de boletos, indecisos —muchos venían por primera vez—, se estacionaron alrededor de la entrada. Desde esa posición, con la mirada ansiosa de los que esperan alguna novedad excitante, algún vuelco imprevisto en sus vidas, los solitarios del Parque buscaban aquellas chicas que tenían para cada uno un atractivo especial. Las muchachas, el máximo tesoro del Dancing Park, sentadas formalmente alrededor de las mesas, brotaban de sus vestidos de colores como capullos y sus caras sonrientes inclinadas sobre el resplandor de los veladores se iluminaban en la confianza de misteriosos secretos. Esta escena ideal, henchida de maravillosas promesas, era lo que veían o creían ver los solitarios del Parque cuando cruzaban la entrada arrastrados por la ola de compradores de boletos hacia el bar donde se apretaban en grupos animados o silenciosos, mirando de reojo a las bailarinas, dejándose alentar por la música.

—Ahí viene uno... lo conozco —dijo la rubia de la mesa de Lisa—. Parece que sacó dos o más.

El hombre se inclinó.

—¿Me permite? —Entregó el boleto a la rubia.

Salieron.

—Parecía educado —dijo la otra compañera de mesa cuando se fueron. El chicle le bailaba en la boca.

Un muchacho alto, de anteojos, se abrió paso hasta ellas. Entregó su boleto a

Lisa, que lo miró sin dejar de sorber su refresco. Guardó el boleto en el bolso y caminó por delante hasta la pista.

Lisa bailaba con elegancia: los ojos bajos o mirando lejos, la mano levemente posada sobre el hombro del compañero ocasional, el pelo largo y brillante sujeto en una cola de caballo balanceándose en la espalda.

—Sos una pluma —dijo el de anteojos.

Lisa sonrió y miró distraída a los costados la pista colmada de bailarines. Faltaba la Secuencia Tropical, la Secuencia Boleros y el Cotillón de Medianoche. Después podía irse a su casa. Lisa amaba su trabajo, pero la conversación con el administrador la había dejado desanimada.

Cuando empezaba el Cotillón de Medianoche, entraron ruidosamente los de la Hermandad.

### 3

## Pomorska y Mateyka

Ya en las primeras cuerdas arboladas que lo separaban del Parque, Zorroarín se dejaba invadir por la melancolía. Ese diluirse hacia lo alto de las melodías entrelazadas que a la distancia sonaban como una sola, lo llenaba de una extraña zozobra. Como si abandonara a un ser querido que lo llamase desde lejos con una voz baja y familiar. Un vacío estéril (sentía el maestro bajo los árboles antiguos) comenzaba a gravitar sobre techos y calles dejándolos en suspenso, inmersos en un recodo del tiempo. Artilugios que el Parque ejecutaba más allá de sus muros en una zona que lo rodeaba como un campo magnético y en la que se le habían hecho presentes, en condiciones extraordinarias de atmósfera y hora, fugaces apariciones, como la noche que vio la silueta magra del poeta griego casi saliendo del mismo muro.

La melancolía duraba poco, lo suficiente como para que Zorroarín, ya por cruzar a la otra vereda, volviera la cabeza buscando, en el fondo de la calle, la imponente Puerta Oeste. Veía entonces subir hacia las estrellas la luz conjunta del Parque: una nube luminosa como vapor encendido y sobrenatural se extendía de Norte a Sur. La tranquilidad de espíritu del maestro estaba directamente asociada a la certeza de que al día siguiente pasaría otra vez bajo el arco acogedor de la Puerta Oeste, aunque acogedor era una manera de decir.

POMORSKA Y MATEYKA  
DESPACHO DE BEBIDAS, CHACINADOS Y AFINES  
CAFÉ VIENES - RESERVADO

Lo alegró la vista de la esquina, su cartel familiar, su ventana encendida en el piso alto, señal de la vigilia de Pomorska. Adentro lo tranquilizaron la caoba del mostrador, los manteles blancos del Reservado, la caja voluminosa y niquelada, desde donde Mateyka lo saludaba ahora con el ademán amistoso de siempre. Zorroarín buscó su mesa, cercana a la caja. El espejo detrás de la barra devolvió fugazmente el traje oscuro y liviano, la camisa blanca desabrochada, la cara afilada y morena del maestro.

En ese momento se abrió la puerta y entró un hombre.

«Bajo y fornido», pensó Zorroarín, y lo inquietó un poco el hecho de que su clasificación no pudiera ir más allá. Su mente repitió, como un fichero trabado: «Bajo y fornido».

El hombre saludó en general y se sentó lejos del mostrador.

—Cómo van esos muchachos, maestro —preguntó Mateyka, mientras disponía vasos sobre una bandeja.

—Bien, bien. Marchan —contestó Zorroarín distraído; no podía quitar la mirada

del recién llegado. Se preciaba de saber de un hombre, desde el primer vistazo, lo que a otros les llevaba años descubrir. En este caso, sólo veía un exterior opaco, impenetrable.

Traje oscuro y sombrero, el hombre pedía un vermut con salame y queso. Gestos cortos, precisos. No miraba a nadie. Zorroarín se levantó lentamente y se acercó por atrás. Se inclinó de golpe sobre la espalda del hombre.

—Buenas noches, caballero.

El otro se dio vuelta despacio.

Las mandíbulas poderosas realizaban su trabajo de trituración. Quedaron unos instantes en silencio, observándose, hasta que el hombre tragó. Se limpió la boca con una servilletita de papel.

—Buenas noches —contestó con voz inesperadamente aguda y algo disfónica.

—¿Le interesaría asistir al Parque de Diversiones? Aquí tengo entradas para usted. Son de regalo..., gratuitas. —Puso dos rectángulos color rosa sobre la mesa—. Para El Laberinto del Terror, bajo mi responsabilidad desde hace muchos años.

El hombre se quedó mirándolas un momento, las cubrió con mano maciza y las hizo desaparecer en el bolsillo del saco.

—Muchas gracias —dijo. Sin ninguna expresión visible atendió otra vez a los salamines.

Un poco cortado, Zorroarín volvió a la carga.

—Perdón, ¿cómo es su gracia?

—Ezpeleta —dijo Ezpeleta desde abajo.

Zorroarín, medianamente satisfecho, se retiró a su mesa. Le costaba descifrar qué había tras la apariencia de ese hombre y en la media hora siguiente su inquietud fue en aumento. No veía nada. Como todas las noches, Mateyka se sentó unos momentos a su mesa y hablaron de trivialidades. La mente de Zorroarín súbitamente encendida por el desconocido al que percibía como un reto, imaginaba posibles clasificaciones de sus alumnos. Un minuto después que el hombre dejara el Despacho de Bebidas, el maestro hacía lo mismo.

La noche, sin luna y tranquila, pareció perturbada por la presencia del extraño que creaba a su alrededor una atmósfera inquietante como las ondas expansivas que produce una piedra arrojada al agua. Zorroarín lo seguía a distancia. «Empezar por lo más elemental», se dijo, «la observación directa. Ver cómo se comporta, qué intenciones tiene y, sobre todo, a dónde se dirige el sujeto». En momentos como éste, se manifestaba en el maestro su naturaleza más profunda: una instintiva capacidad mimética se apoderaba de su espíritu y su cuerpo al mismo tiempo que crecía en él un jolgorio interior poco comunicable ante las dádivas inesperadas de la noche. Zorroarín fue cauteloso y sagaz. Caminaba adherido a los muros, pegándose a los portales, buscando protección bajo la oscuridad espesa de los plátanos. A cierta distancia, la figura opaca y compacta de Ezpeleta avanzaba con compás pétreo: el mismo brazo con la misma pierna. Brazo izquierdo con pierna izquierda, brazo

derecho con pierna derecha, compaginando el vaivén de una puerta. A Zorroarín no se le ocurría nada. Por primera vez en toda su vida profesional estaba en blanco. ¿Qué hubiera ocurrido si este hombre se presentaba en El Laberinto?, se preguntaba desconcertado. Siguieron varias cuadras: el hombre doblaba y el maestro doblaba. «Empezar por lo más elemental», se repitió, «para ir descartando hipótesis». Nada ocurrió como no fuera el mismo caminar tras esa espalda que no revelaba nada, salvo su propia presencia ominosa en la noche. Unas cuadras después, el maestro vio, por fin, que el hombre entraba en el Hotel Para Familias Pit. En la última cuadra había sucedido algo que lo dejó profundamente perplejo.

(Bastaba con que apareciera un gato. A esa hora era totalmente probable encontrar uno. Zorroarín se apresuró y corriendo una cuadra a toda velocidad alcanzó con tiempo la esquina por la que tenía que pasar Ezpeleta. Desde un umbral, un gato lo miraba. Lo levantó y se ocultó justo a tiempo en el vano de la puerta. Los pasos se acercaban. Sostuvo el gato contra sí y, cuando calculó que Ezpeleta estaba a unos dos metros, lo arrojó con cuidado y sin maldad pero con enviñón suficiente como para que describiera un arco aéreo delante de los ojos del desconocido. El gato maulló a lo largo de la trayectoria y cayó con el lomo erizado un poco más allá del cordón de la vereda. Ocultos en la oscuridad del portal, los ojos transilvánicos de Zorroarín estudiaron la reacción del desconocido, quien se había detenido y miraba al gato.

—Misho —dijo la voz neutra de Ezpeleta.

El gato se trepó velozmente a un árbol. Ezpeleta giró el corpachón y siguió su camino. Zorroarín, en las sombras, quedó más desconcertado que nunca).

En la clase del día siguiente, antes de la función, el maestro exigió a sus alumnos hasta el agotamiento. Era sábado y la gente se volcaba con ganas de diversión por los arcos gigantescos de las puertas del Parque. Gran cantidad de sujetos se paseaban inocentemente frente a las camufladas mirillas de la barraca. Zorroarín señalaba elementos masculinos para probar que su perspicacia, socavada la noche anterior por el extraño Ezpeleta, seguía siendo tan buena como siempre.

—¿Aquel obeso que mira La Montaña Rusa?

—El descuartizado.

—Aullido licantrópico con babas del diablo en la cara —dijo Pestalozzi.

«Éste tiene porvenir», pensó el maestro sonriendo para sí, pero con gesto impenetrable. La suya era también una escuela de la modestia.

—Empujón sobre esqueletos.

—El caníbal —dijo Marco.

«Siempre el caníbal. Se ha estupidizado. El problema de este chico es Lisa», concluyó Zorroarín.

—Carcajada sepulcral sobre la oreja —dijo el pelirrojo pequeño y avieso.

—Aullido licantrópico —admitió el maestro—. ¿No advierten que se trata de un elemento de típica debilidad auricular?

Todos volvieron a mirar por las ranuras al hombre gordo que, absorto en su

helado, observaba sin interés a los que se acomodaban en las góndolas. Una voz entre los alumnos dijo por lo bajo: «¡Cuánta razón!».

—Vamos a ver —decía ahora Zorroarín, mirando a su vez por la ranura—: aquel de barba, con un niño de la mano.

—¿No podemos probar con niños? —preguntó el adelantado Pestalozzi tratando de sobresalir.

—No —dijo con firmeza Zorroarín—, son difíciles. Hay que empezar por los adultos, después ya veremos. Aplíquense al que les indiqué.

—El yeti.

—La cabeza parlante.

—Garras en la nuca.

—Valdemar derretido.

—El guiñapo humano.

—El ahogado carcomido.

—El caníbal...

—Suficiente, por hoy es suficiente —se apresuró el maestro echando una mirada inquieta a Marco—. Vayamos a la parte práctica.

Entraron en fila en el aula posterior de la barraca con paredes revestidas de corcho. Presidía el aula un retrato de Edgar Poe; a la derecha, la fisonomía equina de Lovecraft parecía vigilar los rincones. Practicaron la parte vocal: aullidos, quejas y estertores. Después de la clase, Zorroarín, ante los atentos ojos de los discípulos, llevó a cabo su larga y delicada conversión en El Monje Sifilítico.

Detrás del pesado maquillaje, en la oscuridad del túnel final, Zorroarín acechó durante toda la noche la presencia de Ezpeleta, pero el hombre no apareció.

Cuando mucho más tarde dejaba atrás la puerta Oeste, una corazonada lo detuvo en mitad de la vereda: Ezpeleta era un hombre de hábitos y ya debía encontrarse en Pomorska y Mateyka, Despacho de Bebidas, Chacinados y Afines.

Efectivamente, la fornida nuca de Ezpeleta instalada en la misma mesa de la noche anterior, se inclinaba sobre el mismo pedido de bebida y comestibles sin ocuparse en nada más. Un escalofrío recorrió la espalda de Zorroarín. Ese hombre lo intrigaba.

## 4

### El intento

Mientras tanto, no lejos de allí, Gioconda D'Annunzio, en adelante la cantante lírica, hunde su torneado y generoso cuerpo en el agua de la bañera enlozada, hasta que su cara rozagante, feliz, queda a ras del agua. Un segundo después, emerge entre olas.

En el momento en que estira graciosamente la mano hacia la esponja en forma de corazón, en el otro extremo de la casa, un hombre, en la oscuridad del jardín, logra abrir, sin ruido, la puerta de entrada. En la vacilante luz de la esquina, mira su reloj: las doce de la noche. Se enfunda la cabeza en una media de nailon, negra. Si le preguntaran por qué ha hecho esto, no sabría explicarlo. No es un ladrón, no es un asaltante; es un hombre precavido que busca un acercamiento amoroso. Con paso firme cruza el umbral hacia el interior de la casa, cuando la voz maravillosa lo alcanza y, como un rayo, lo paraliza:

Quan... do - men - vo  
soletta per la via  
la gente sosta e mira  
a la bellezza miii... a!!!

El hombre queda expectante; escucha con concentrada atención y enseguida cierra la puerta. El chapoteo que acompaña el canto llega por cuartos y pasillos en penumbra como señal inequívoca de que la cantante está tomando un baño de inmersión. Guarda la ganzúa en el bolsillo del saco. Acentuada por el nailon negro, la oscuridad se hace densa y el intruso avanza a tientas, instintivamente agazapado. Los zapatos, de precautorias suelas de goma, producen un chirrido quejumbroso contra el piso de madera. Se detiene un momento y se los quita. Vuelve atrás. Los deja bien acomodados junto a la puerta de entrada. Avanza otra vez, ahora en completo silencio, adivinando pasillos y puertas, guiándose por la voz que, como la de una sirena, parece llamarlo con ecos irresistibles desde el cuarto de baño. Momentáneamente desorientado desemboca en un corredor que termina en una puerta abierta. Tras la media sólo percibe bultos sombríos. La cantante calla. El hombre apenas respira en el silencio espeso; acerca la cara achatada a lo que supone un mueble que le obstruye el paso y lo tantea: una forma de bocha de tamaño considerable lo desconcierta. Gira lentamente el cuerpo a fin de intentar otro camino y avanza con extrema cautela.

Mi chiamano Mimí

ma il mío nome è Lucía  
la storia mía è breve...!

El volumen impetuoso de la voz le provoca un susto mayúsculo. Reacciona con rapidez; aprovechando los sonidos conjuntos del agua y del *bel canto*, el hombre se desplaza veloz e intuitivo pero, otra vez, ella enmudece; él se detiene. Ha alcanzado la entrada del dormitorio apenas iluminado por una lámpara minúscula sobre la mesa de noche. A fin de eliminar toda posibilidad de ruido y de aquietar sus sentimientos propensos a desbocarse, el hombre permanece inmóvil aunque agitado, en un equilibrio precario que le insume un esfuerzo físico considerable. En la bañera, la cantante fricciona con energía sus brazos brillantes y rollizos. El intruso sigue quieto: pasan y no terminan de pasar segundos de redondo silencio. Así los ve deslizarse frente a sus ojos aplastados: tic-tac tic-tac, como burbujas de espuma que explotaran sin un susurro. Cree que está a punto de sufrir un serio calambre y cierta obnubilación mental; sin embargo, la mente, bajo la media, reponiéndose de su momentánea debilidad, controla cualquier desmán que la impaciencia quiera dictar al cuerpo. Sin que nada pudiera anticiparlo, la cantante ha comenzado un silbido errático. Silba y silba. Tenuemente, levemente; en sordina el silbido va y viene, como mariposa, con notas juguetonas, aéreas, subiendo y bajando. De repente, tajante, vocaliza:

¡¡Mi-mi-mi... fa-fa... LAAA!!  
¡¡lasoldosilasolfaaaa...!!  
¡ah! ¡ah!... ¡aaaahh!  
FA

Silencio total. El sudor se extiende sobre la frente del intruso; la media casi no permite el parpadeo y dificulta la respiración. Como acudiendo en su auxilio, la voz melodiosa irrumpe al fin, modulando con cadencia grave:

Casta diva, casta diva  
¡che i-nar-gen - ti... che i-nar-gen-ti...!

Amparado en la vibración sonora como un polluelo bajo el ala, el intruso se afloja y se pone en movimiento. Entra de lleno en el dormitorio. Vislumbra la línea luminosa que deja la puerta del baño entreabierta. La meta está a unos pasos. Alcanza a distinguir lo que debe ser un camisón esparcido sobre la cama. Perentoriamente asociado a ese atuendo nocturno, el cuerpo de la cantante lírica se materializa en su mente: escote generoso, pie diminuto, cuello redondo, formas voluptuosas. Sus detalles: los hoyuelos, los codos y la cara de ojos soñadores ocupan el pensamiento del hombre de la media negra en la cabeza. La puerta de su felicidad está nada más

que a un paso. La pierna, fuera de control, ha dado un enérgico envi6n y se apoya, rotunda, en el piso, instante en que un objeto se le clava en la planta del pie. El hombre abre la boca desmesuradamente en un grito sin sonido bajo la media negra. Lleva un dedo a la boca a fin de morderlo e impedir el grito delator, pero el nailon est1 extendido al m1ximo de su capacidad y el dedo rebota, quedando afuera. En un esfuerzo sobrehumano, permanece inm6vil, la boca abierta, los brazos en alto y el pie en el aire, en equilibrio inestable. «Me he clavado algo en la planta del pie pero no alcanzo a saber qu6», podemos suponer que piensa la cabeza bajo la media. La cantante lanza a toda garganta:

... soave e for-te ba-cio di mor-te,  
ba-cio d-amor  
¡Tut-to 6 fi-ni-to...!

Con gesto desarticulado, el intruso se quita de un tir6n la media de la cabeza. Conserva la precauci6n de guardarla en el bolsillo junto a la ganzúa; aprieta los dientes y se tantea el pie herido. ¡Se ha clavado una latita para sostener espirales! Por un momento la voluntad desfallece, como si se sintiera desmoralizado; se repone y, con todo cautela, extrae el adminículo y lo guarda en el bolsillo. La cantante lírica se acompa1a con palmadas rítmicas en el agua:

... il bel sem-bian-te sen-za nube  
e senza vel,  
sen - za  
¡vel... sí!  
sen - za  
¡VEL!

El hombre ha dado la vuelta y salta desma1ada y silenciosamente sobre el pie 6til hacia la claridad difusa del *living*. Constata, agradecido, que est1 empezando a orientarse. Se toma del marco de la puerta y respira hondo. Intenta caminar apoy1ndose en el tal6n del pie herido, pero no lo resiste. Aprovechando el chapoteo que acompa1a las escalas, se agacha y se pone en posici6n cuadrúpeda; eleva el pie herido y lo deja en alto. A pesar de la cadencia irregular del avance, sostenido s6lo en tres extremidades, se acerca con contoneo quebrado a la zona de salida. El canto enmudece por completo. Quieto, palmas y rodillas en el piso, apoya la frente en un sill6n amorfo colmado de almohadones y volados. Trata de sofocar en lo mullido la respiraci6n agitada.

Mi chiamano Mimí

e il perché non so...!

A duras penas, el hombre logra ponerse de pie. Ya tiene los zapatos bajo el brazo y sólo le resta salvar los dos metros hasta la puerta de calle. Jadea y traga saliva, sosteniendo el peso del cuerpo en el pie bueno; la pantorrilla del pie herido en ángulo recto.

Quan... do men - vó  
soletta per la via...!!!

Ayudado por la pared, el hombre consigue salir. Se ha ajustado los zapatos bajo el cinto. Ya en el jardín, cierra sin hacer ruido. Resopla varias veces y avanza saltando hasta el árbol de la vereda más cercano al cual se abraza para no caer. No maldice porque, como ya se verá, no es hombre de maldecir. Se estudia el pie y distingue la pequeña herida que le ha producido el artefacto. Mira hacia uno y otro lado. La calle entera duerme arrullada por los plátanos, menos en la esquina donde la luz el Despacho de Bebidas se derrama sobre la vereda; rengueando, se larga a caminar en esa dirección.

Sólo dos mesas están ocupadas. El patrón lee el diario detrás del mostrador. Los tres miran al recién llegado. Luego de unos instantes de sorpresa, Zorroarín se le acerca. Se ha dado cuenta de un vistazo de que el hombre joven y robusto que acaba de entrar es alguien sensible, vulnerable, un perseguidor nato, y que algo grave le pasa.

—Me podría dar una mano, patrón —dice el hombre—. Pisé un vidrio y tengo una herida en el pie.

Mateyka da vuelta por detrás del mostrador y se le acerca; lo mismo ha hecho Ezpeleta. Le ofrecen una silla y el patrón va a buscar alcohol y vendas.

—No es seria, no se haga problema —dice Zorroarín—. ¿Usted es del barrio?

—Más o menos, de acá unas cuadas —contesta el hombre, mirándose el pie.

Vuelve el patrón con un botiquín de primeros auxilios.

—Esto va a doler —dice—. Agárrese de la silla.

El hombre se pone pálido pero no dice ni mu. Mateyka le venda el pie.

—No es nada —dice Ezpeleta que, inclinado, ha seguido atentamente la operación—. Ni siquiera sangra. Yo me voy. Buenas noches.

Zorroarín lo mira irse, indeciso. Después se sienta al lado del hombre que se estudia el pie, pensativo.

—Mateyka, sírvale una ginebra —y volviéndose hacia el otro pregunta—: Perdón, ¿cómo es su nombre?

—Carlino.

—¿Vive cerca?

—Más o menos, acá unas diez cuadras —dice Carlino y se toma la ginebra de un trago.

—Para qué lado. Por ahí somos vecinos —dice Zorroarín mientras pensaba a toda velocidad cómo podría proponerle a Carlino la idea que se le acababa de ocurrir.

—¿Conoce el Hotel Para Familias Pit? —pregunta Carlino que iba recuperando el color.

Zorroarín entrecierra los ojos.

—No me diga —dice—. Esto facilita las cosas. Perdona lo que le voy a decir, Carlino, pero, en fin, me doy cuenta de que tal vez no anden muy bien los negocios.

El otro lo mira.

—Quiero decir, ¿tiene empleo?

—Soy fileteador, pero estoy sin trabajo.

—Ah, muy bien. Le ofrezco uno. Para empezar ya, esta misma noche. Lamentablemente no tiene que ver con su digno oficio; se trata de un seguimiento.

—Pero mi pie...

—No tiene ninguna importancia —el maestro acerca su silla a la de Carlino—. Usted vio hace un momento al señor que estaba en la mesa cercana a la mía, ¿no? Se llama Ezpeleta.

Carlino mira hacia la puerta del bar como si el fantasma de Ezpeleta rondara todavía por allí.

—¿El señor morrudo?

—Se trata de seguirlo —dice Zorroarín cada vez más entusiasmado con la idea; en realidad, casi exaltado—, quiero saber quién es, cómo vive, de dónde viene. Pero sobre todo quiero saber qué hace, a qué se dedica. Fíjese que, de una manera ambigua y coincidente, tal como opera muchas veces la realidad, también vive en el Hotel Para Familias Pit, lo que facilita enormemente las cosas. Le voy a pagar por día. ¿Qué me dice?

—Siendo así —dice Carlino a quien el trabajo le pareció bastante fácil y como caído del cielo—; y a usted, dónde lo encuentro.

—Todos los días, incluidos sábados y domingos, en el Parque, Laberinto del Terror. O aquí, por la noche, tarde. Pregunte por Zorroarín.

Carlino asintió y quedó un momento hundido en sus propias cavilaciones. Aunque acababa de conseguir empleo estaba melancólico. Profesaba un amor no correspondido por la cantante lírica y su último y desesperado intento de acercamiento físico había fracasado. Aunque no debía decir «no correspondido» —se concedió Carlino, quien era dado a los soliloquios—, ya que la cantante lírica aún no lo conocía; tal vez cuando lo conociera, cuando él lograra romper el cerco que... si él pudiera... Lo de la media había sido una precaución exagerada...

El patrón dijo que estaba por cerrar. Inquieto, con ciertos escrúpulos, mientras iba hacia la salida, Carlino se apresuró a aclarar que no tenía experiencia en seguimientos; el maestro lo tranquilizó por completo. Le había pasado un brazo por

los hombros y le aseguraba, inclinado sobre el oído de Carlino, que era el hombre ideal para el trabajo. Se despidieron en la esquina hasta la noche siguiente. Carlino se alejó caminando con dificultad.

Con las manos en los bolsillos del pantalón, la silueta de Zorroarín se perfiló contra la última luz de Pomorska y Mateyka. Un hombre previsible —Carlino—, frente a un hombre aparentemente impenetrable —Ezpeleta—, pensaba el maestro. El experimento bien valía la pena y podía resultar interesante o, por lo menos, inesperado.

Mateyka, tras la ventana del bar, con la correa de la persiana entre las manos, había quedado absorto, la mirada perdida a lo lejos, en el Parque.

Zorroarín no quiso distraerlo. Buscó, en lo alto, la ventana iluminada de Pomorska. Lo imaginó inclinado sobre su mesa, ascético como un monje tibetano, perdido en los versos del cuaderno de tapas negras. Los versos misteriosos del poeta griego. La escena imaginaria le produjo una momentánea felicidad. Dio la vuelta y empezó a caminar. Hoy, Pomorska tampoco había bajado, pero no tardaría en hacerlo. Como aguas que volvieran a su curso, se aquietaron lentamente los impulsos demiúrgicos en el espíritu del maestro. Su mente y sus pies derivaron, como la noche, hacia la Puerta Sur. Lo guiaba la claridad combada de La Rueda de la Fortuna.

## Cotillón de Medianoche

—... ¡nueve!... ¡ocho!... ¡siete!...

Las voces seguían el ritmo de las luces y de las palmadas; dentro de los relámpagos aparecían y desaparecían el salón y los bailarines. Con el antifaz subido sobre la frente, Marco buscaba a Lisa entre los que se apretaban en la pista. Distinguió el color amarillo limón cerca de la tarima de los músicos. Se abrió camino usando los codos, empujado y zarandeado por las parejas que saltaban a cada grito.

—... ¡seis!... ¡cinco!... ¡cuatro!...

Hacía calor y el salón estaba repleto.

— ...¡tres!... ¡dos!... ¡uno!... ¡Medianoche! —gritó el *speaker*, la boca pegada a la reja del micrófono. Brotaron luces de todos los rincones y la orquesta atacó frenéticamente, tocando un boogie-woogie como si fuese la última canción de un barco que se hundía. Las serpentinas zigzaguearon, trenzándose en guías que las parejas arrastraban enredadas en las cabezas y en los zapatos.

Sábado. Cotillón de Medianoche. El momento culminante del Dancing Park. La hora de los solitarios del Parque.

En el torbellino cada vez más vertiginoso de la pista, con los ojos resplandecientes y la sonrisa en los labios, los solitarios del Parque asistían a su propio florecimiento. Tímidos por naturaleza, se transformaban en hombres osados y resueltos, capaces de seducir a una mujer en la primera cita; las palabras les brotaban fáciles e ingeniosas y era cierto que las chicas como capullos —así las veían los solitarios— los miraban con ojos enamorados; había dejado de tener importancia que fueran demasiado altos o demasiado bajos. Las narices de cartón y las barbas postizas, los antifaces, los sombreros y, sobre todo, la música caudalosa y sentimental, los volvían intrépidos. Las manos se crispaban sobre las cinturas, los abrazos se hacían casi apasionados y hasta el hombre más apagado podía en esos momentos decir algunas palabras tiernas en el oído de su chica-capullo, amparado por la música y la confusión. La chica comprendía lo que pasaba, echaba la cabeza hacia atrás y reía mostrando su hermosa garganta y sus dientes brillantes detrás de unos labios satinados de rouge. Ellas también, un poco a la deriva en la marejada de la medianoche, se dejaban estrechar más de lo permitido en esos momentos en que algo semejante a la alegría, y tal vez a la felicidad, parecía corporizarse en una meta posible y alcanzable para todos, porque todos, instintivamente, se habían preparado a lo largo de la noche para ese instante en el que exponían un fragmento de su piel más sensible y oculta, como una ofrenda. Pero la felicidad, por su misma cualidad efímera, sólo se daba en los tumultuosos, apresurados minutos finales, momentos antes de que las sillas se apilaran sobre las mesas, se apagaran las luces, se corrieran las cortinas, se esfumaran las chicas-capullo como en la niebla de un sueño y

terminara la noche.

¿Qué hacían entonces los solitarios del Parque?

Los solitarios del Parque dejaban atrás la Puerta Oeste o Norte y volvían a deambular, con la solapa levantada y las manos en los bolsillos, por las calles que los alejaban del Parque y los devolvían al mundo. Con la cabeza baja y una sonrisa melancólica, con algo de papel picado sobre el hombro y un resto de serpentina adherido a la pierna del pantalón como signo irrecusable de que esas horas excitantes dentro de las paredes encantadas del Dancing Park habían existido, volvían esperanzados a sus cuartos de solitarios donde la cama estrecha y la ventana empañada o el almanaque en la pared los devolvían a su vida de solitarios en la que sólo a veces se encendía el resplandor apagado de un recuerdo, pero donde seguramente soñarían que todo era posible, hasta la magia de la chica capullo capaz de transfigurar ese cuarto alguna vez por su sola presencia, y se dormían convencidos de que la noche siguiente les depararía un encuentro con la chica del Dancing Park, una cita en la que pudieran hablar a solas, ya que cada uno de ellos recordaba muy bien cómo ella había permitido que le apretara la mano en la oscuridad o de qué modo particular había reído cuando le dijo lo hermosa que era. Razón por la cual los solitarios, a la noche siguiente, mientras descolgaban la campera o el saco de la percha o se hacían el nudo de la corbata, imaginaban que si lograban una cita con su chica le contarían de su vida, y su mente organizaba, resuelta, lo que tendrían para decirle. Porque los solitarios del Parque hablaban mucho con nadie de lo que hacían aquí o allá, ya fuera vender libros, pasar el noticiero de la radio, enseñar matemáticas en una escuela nocturna o acompañar a su madre anciana, y la sola posibilidad de contarle, de darle forma, otorgaba a sus vidas un inesperado valor como si bajo el poder de las palabras la rutina de su soledad adquiriese una importancia singular, de modo que por fin contarían lo que habían hecho la semana anterior o todos esos años ilusorios y, ante esta posibilidad, los solitarios sonreían ausentes de cuanto los rodeaba y seguían sonriendo mientras amparaban con las manos el encendido del cigarrillo, lo que les daba ese inequívoco aire de solitarios del Parque. Entonces, con el corazón palpitante, buscaban con la mirada la mesa donde sabían que la chica estaría esperando, un poco ausente, pero esperando al fin y pronunciarían su nombre.

—Lisa.

Lisa se dio vuelta para encontrarse con la cara enmascarada de Marco. El papel picado caía entre ellos como una nevada.

—Estoy bailando —dijo y sus ojos verdes señalaron al compañero ocasional.

—Tengo tres boletos.

—Después...

El señor petisito había enlazado la cintura de Lisa. Las parejas lo atropellaron y Marco salió de la pista. Las motas luminosas volaron y las serpentinas cayeron en cascada. Sus compañeros de la Hermandad giraban como trompos o subían y bajaban a las bailarinas tomándolas por la cintura. Sin querer, Marco pudo notar lo que notaba

el administrador: bailaban de una manera más bien desaforada, no iban con el ambiente del Dancing Park. Le importó un comino lo que dijera o pensara el administrador. El pelirrojo pequeño y avieso, de bonete y antifaz, pasó cantando a los gritos y se perdió en una ola que hizo volar el vestido de la chica con un fleco de serpentinas.

Marco se arrimó al bar y pidió una cerveza. Bajo una galerita negra, acodado en la barra, Pestalozzi lo miraba socarrón. Al fin, terminó la serie. Los solitarios volvían al bar a reponer fuerzas; sonrisas, el pelo desordenado debajo de los bonetes y los ranchos de cartón, acomodándose corbatas y botones. Marco leyó por décima vez el nombre de Lisa impreso en sus tres boletos. En el segundo en que la orquesta empezaba otra serie, cruzó, se inclinó sobre el pelo oscuro y brillante y el vestido amarillo limón.

—Vamos —dijo Marco.

Ella depositó el papel rojo de un caramelo en el cenicero, se levantó, echó el pelo hacia atrás y sonrió. Bailaron. Lisa era frágil y firme y su mano carecía de peso sobre su hombro; era un cuerpo tan delicado y flexible que Marco sintió el impulso de apretarla con todas sus fuerzas. Pero él había venido a decir algo y tenía que decirlo.

—Por qué con ese idiota. Es un caníbal.

—Quién —dijo Lisa.

—El fanfarrón de la musculosa. El de la cadena de almacenes.

Separándose un poco, Lisa lo miró. Había terminado el caramelo y se pasaba suavemente la lengua por los labios. Los ojos verdes parecían cargados de sueño.

—No tengo ganas de hablar.

El delgado cuáquero cruzó la pista contoneándose en su propio estilo. Le hizo un gesto obsceno por detrás de su compañera y se perdió entre los bailarines.

—Seguramente es por tu padre —dijo Marco—. Le gusta la cadena de almacenes. Pero vos, ¿por qué?

—Si ni sé cómo se llama —dijo Lisa. Con la mano ocultó a medias un bostezo.

—Es un caníbal —repitió Marco.

—Ufa. —Lisa reclinó la frente en el hombro de Marco.

En silencio, terminaron de bailar las tres piezas.

En el bar, los de la Hermandad tiraban manías al techo y los recibían con bocas de hipopótamo, les guiñaban desconsideradamente un ojo a las chicas-capullo o gesticulaban a espaldas de los solitarios. Algunos con bigotes y narices descomunales. Pestalozzi, irónico bajo la galerita.

Marco se les unió. Lo recibieron con frenéticas palmadas en la espalda, se condolían de su suerte. En ese momento, al otro lado de la pista, un robusto moreno de clavel blanco en el ojal se inclinaba sobre el oído de Lisa. No había posibilidades de más boletos. Dándole la espalda al salón, Marco vació de un golpe el vaso de cerveza.

## 6

### Vuelta al Hotel Pit

Carlino, el del pie herido, caminó arduamente en dirección al Hotel Para Familias Pit. Pensaba que su situación había experimentado un vuelco muy favorable. Un trabajo sencillo había caído en sus manos de manera inesperada, remediando largas semanas de incertidumbre y ocupaciones diversas. Sin embargo, Carlino sufría.

He aquí por qué sufría Carlino.

Su plan de lograr un acercamiento físico, de darse a conocer como fuera por la cantante lírica había fracasado. Durante semanas había acechado idas y venidas, entradas y salidas del teatro, computado horarios y verificado funciones. Sabía todo lo concerniente a la existencia de la estrella y su pasión, tal vez alimentada por lo imposible de la empresa, había ido en portentoso aumento conduciéndolo a la determinación desesperada de esta noche. ¿Quién sabe cuándo se le presentaría otra oportunidad? Dos cancerberos custodiaban a la cantante: su nodriza y apoderada, Enriqueta, y el empresario teatral *Posseidone da Costa*, personajes rapaces de quienes Carlino, psicólogo intuitivo, había desconfiado desde un principio.

Todo había empezado dos meses atrás, una noche de tormenta. Deambulaba cabizbajo maldiciendo su negra suerte de hombre desarraigado y sin trabajo (Carlino era del interior y el fileteado pasaba una mala racha), cuando, de pronto, entre las luces de las pizzerías, el rumor lejano de los truenos y las risas de las gentes despreocupadas que paseaban por el lugar (era sábado), vio por primera vez, y deslumbrado para siempre, a la cantante lírica. Ella bajó de un acharolado *Kaiser Carabela* como una aparición, atravesó la vereda sin percatarse de la mirada atónita de Carlino y entró en el Cine y Teatro La Rotonda Florida. Era una mujer muy joven de ojos azules, sonrisa cautivadora con hoyuelos y generoso escote. Llevaba el pelo rubio recogido en lo alto en una pequeña corona. La visión de la cantante fue necesariamente breve, pero luminosa e inolvidable como el paso de una estrella fugaz. El vestido de seda brilló bajo las marquesinas y arrastró irresistiblemente a Carlino quien pensó en seguirla de inmediato y sentarse a su lado en la oscuridad de la sala. Abochornado, recordaba ahora su sorpresa al darse cuenta de que esa noche La Rotonda Florida brindaba una función de canto lírico y que la mujer de la que acababa de enamorarse era la figura principal del espectáculo. Decidió entrar. No tenía un centavo, pero Carlino era un hombre resuelto. Oiría a la cantante aunque después fuera a parar a Sierra Chica. En un momento estuvo camuflado tras la pesada cortina de la sala. Esperando que apagarán las luces —seguía recordando Carlino al azar de las calles y de su marcha lenta—, buscó refugio en una puerta entreabierta a un costado de la sala. En una chapita de bronce, leyó: *Posseidone da Costa - Empresario Teatral*. Adentro, voces apagadas. El empresario, recostado en un sillón de respaldo alto detrás del enorme escritorio. Frente a él, pero fuera del campo visual

de Carlino, otra persona a la cual Posseidone hablaba con sonrisa melosa y de quien Carlino sólo alcanzaba a ver la punta de unos zapatos abotinados. Le llegaron fragmentos de frases: «todo va mejor de lo previsto» y «comercializar el fenómeno». Sin saber por qué, recordaba ahora Carlino, decidió prestar atención. Había una serie de empresarios, menores por supuesto —explicaba Posseidone da Costa—, pero decididos a invertir en el creciente negocio del espectáculo, dentro del cual la cantante lírica ofrecía posibilidades bien sustanciosas, negocio que podía diversificarse mucho más allá de lo previsto.

—Hacia el ramo gastronómico, por ejemplo —decía el empresario en tono melifluo—, hacia el ramo gastronómico, señorita Enriqueta. —En ese momento Carlino supo que los zapatos abotinados pertenecían a una mujer—. Como me ha dicho uno de ellos: quieren lanzar al mercado un alfajor con el rostro de nuestra artista en la cubierta, por lo cual estarían dispuestos a pagar dividendos in-te-re-san-tes. De allí en más, ¿quién puede saber hasta dónde se abrirá esta perspectiva? ¡Pero yo —dijo abrupta y sonoramente el empresario teatral poniéndose de pie y sobresaltando a Carlino—, yo ejerceré el contralor de ese futuro promisorio desde este mismo lugar!; ¡lo manejaré con mano de hierro! Su pupila es una mujer ingenua —el tono del empresario se hizo volandero, superfluo—, los números no son para ella, los números déjeselos a Posseidone da Costa. Este teatro y ¡cuántos más!, hechos a la sombra del cariño de mi difunta madre —miró el retrato que, con marco imponente, colgaba a sus espaldas y desde el cual un par de ojos astutos incrustados en una cara vacuna parecían vigilar hasta el último rincón del despacho—, son hoy el orgullo de la prosapia Da Costa...

Un murmullo seco como un disparo surgió de las tinieblas del otro sillón. La sonrisa del empresario se acentuó.

—*Touché!* —dijo—. Déjeme a mí los porcentajes, usted, Enriqueta, sólo téngala contenta y hacemos el más piramidal negocio combinado que se recuerde en esta ciudad.

Brilló la boquilla de nácar que el empresario puso parsimoniosamente entre sus labios coronados de un bigote sardina. En la sala, la orquesta afinaba los instrumentos. El murmullo de los espectadores se apagaba. Carlino dejó su involuntario escondite y salió a la oscuridad de la sala. Tanteando, llegó hasta una butaca en el fondo y allí se sentó. Todas las incomodidades desaparecieron como por arte de magia. Es más, Carlino sintió que el mismo teatro desaparecía y que en el universo sólo quedaban él, sentado en la última butaca y la mujer resplandeciente que apareció en el escenario en medio de los acordes de los violines y los bronces, como una reina entre su séquito. Cuando rompió a cantar, al súbitamente enamorado Carlino se le expandió el pecho. Esa voz era algo superior a su entendimiento; y su efecto, extraordinario: parecía calmar todos los sinsabores de su vida pasada. Y supo, como bajo la claridad de un relámpago, que la cantante lírica sería suya.

Éstos, más o menos, eran los recuerdos de Carlino mientras caminaba en la noche

hacia el Hotel Para Familias Pit.

Debía serenarse y meditar con mucha calma el siguiente paso. En el fondo del corazón algo le decía que el próximo movimiento sería el definitivo.

Empujó la puerta del hotel y, sin despertar al sereno, sacó la llave y se encaminó a su pieza. En la mitad del pasillo recordó a Zorroarín y retrocedió. Jesús dormía, la cabeza apoyada en el tablero de las llaves.

—Don Jesús, don Jesús —susurró Carlino, tocándole el hombro.

Jesús abrió los ojos sin reconocerlo. Se contemplaron unos segundos.

—¡Ah! Es usted. ¿Qué sucede, don Carlino?

—Necesito saber el número de habitación del señor Ezpeleta.

—El morrudo. Cómo no, cómo no. La número trece. —El sereno se inclinó hacia Carlino murmurando—: Le voy a decir una cosa, yo a ese tío lo encuentro un poco raro...

Y echó una mirada oblicua hacia la oscuridad del pasillo.

## Mañana del domingo. Coincidencias en Pomorska y Mateyka

A la mañana siguiente, sentado detrás de la caja registradora, Mateyka descubre a la cantante y su apoderada a punto de entrar en el local. Complacido, las precede hasta una mesa del Reservado y dice que será un placer para la casa invitarlas con lo que quieran tomar. Ellas piden granadina con soda. Cuando vuelve, bandeja en alto, lleno de la suave euforia del domingo a la mañana, Mateyka saluda a Ezpeleta que acaba de hacer su entrada en el Despacho de Bebidas. El recién llegado responde con una escueta inclinación de cabeza, busca su mesa habitual y se sienta. Mateyka deposita sobre el mantel blanco los dos vasos color granate y un sifón. En ese momento, la doble puerta vaivén de cristales biselados se abre de par en par. Entra Carlino.

Echando una furtiva mirada a Ezpeleta, Carlino se instala en una mesa junto a la ventana. Saca del bolsillo de la camisa la libreta y el lápiz, dispuesto a anotar lo que hace su compañero de hotel, que no es mucho. Desplaza una mirada distraída por el local para palidecer en el acto. Los ojos se le agrandan y la mandíbula realiza un leve movimiento hacia abajo. Mateyka, que lo observa desde el mostrador, comprueba que la mirada de Carlino ha quedado presa del rostro de la cantante lírica entrevisto a través de los helechos y los lazos de amor que, alineados sobre el mueble largo y antiguo, dividen el bar del Reservado. Con sonrisa comprensiva, el patrón atiende la mesa de Ezpeleta y toma el pedido —un vermut con salame y queso—. Se acerca a Carlino.

—Buenos días —saluda Mateyka—. ¿Cómo va su pie?

Carlino se aclara la garganta.

—Está bien, mucho mejor. ¿Qué le sirvió a aquella señorita?

—Granadina —dice Mateyka, mirando hacia el salón familias.

—Tráigame lo mismo —dice Carlino.

Mateyka se va y Carlino queda a solas con los desprevenidos ojos azules de la cantante que, después de unos segundos de vagar ciegos por el salón, se detienen entre los helechos y caen sobre la mirada de fuego de Carlino. Se espantan, revolotean desconcertados para volver a posarse sobre esa mirada oscura y apasionada. En ese instante, se oye una escala:

¡Dooo, míii... la sol faaa soool...!

El Despacho de Bebidas queda en suspenso. Todos, incluido Ezpeleta, levantan la cara y suspiran. Carlino siente que su silla levita.

La puerta vaivén se abre con violencia.

El joven Marco. Resuelto y sin mirar a nadie, va hasta el mostrador donde la consumición es más barata y pide un café. Saliendo del trance, el bar recobra la fisonomía anterior a la escala de la cantante lírica. Marco, acodado en la barra, cavila sobre su poca suerte. Por hacer algo mira hacia la ventana; su mirada tropieza con un hombre de perfil que levanta una copa con bebida granate y hace un gesto que, al otro lado del salón, en el Reservado, es recogido por una señorita hermosa, algo entrada en carnes. Automáticamente, Marco piensa en Lisa, pero el recuerdo es doloroso. Cambia. En su mente aparece algo que lo preocupa: a las seis de la tarde deberá estar en el Laberinto. Corre la taza de café. Abre el libro que trae bajo el brazo y se zambulle en la lectura de *El hombre que ríe...*

Por motivos en cierto modo inexplicables, ajenos a la continuidad del relato, la narración se ha acelerado y hemos dejado atrás sucesos que atañen a los personajes que se encuentran esta mañana reunidos en el Despacho de Bebidas (y aun a otros) y que es necesario conocer.

Marco cierra el libro, mira hacia Carlino y corre la taza de café que la mano expedita de Mateyka volatiliza. Baja de la banqueta, se retira del mostrador, retrocede precipitadamente hasta la puerta y desaparece. Todos los presentes levantan de inmediato las caras:

¡Sool faaa sol la..., míii, dooo...!

Entre los helechos, Carlino y la cantante se miran apasionadamente. Mateyka sale de atrás del mostrador y de una enérgica regulada alcanza la mesa de Carlino. Hablan. Mateyka despilfarra convulsas cabezaditas sonrientes, deja la mesa y retrocede hasta la de Ezpeleta, rápida inclinación, vuelve vivaz de talones detrás del mostrador. Carlino abre y cierra la boca, se le agrandan los ojos, empalidece. Mira en derredor y tantea agitado el bolsillo de la camisa donde guarda un lápiz y una libretita, se levanta, corre la silla y, electrizado, retrograda hasta la puerta vaivén. Carlino desaparece. Mateyka deja el mostrador, va hacia el reservado aceleradamente de espaldas. Levanta los vasos y los pone sobre la bandeja. Refluye vertiginoso a la barra; en el trayecto alza la cabeza y ve que Ezpeleta corre, resuelto, su silla, se levanta y retrocede pivoteando veloz hasta la puerta. Ezpeleta desaparece. Con movimientos vivaces, Mateyka saca los vasos de la bandeja, oculta la botella de granadina en un estante. Sale sonriendo de atrás del mostrador: súbita reverencia ante la cantante y la apoderada. Se sitúa presuroso a un costado. Las damas retiran precipitadamente las sillas vienasas. Entre contorsiones de simpatía los tres refluyen y en asincrónicos vaivenes alcanzan la puerta. La cantante y Enriqueta de espaldas a la puerta, salen. Mateyka corre de talones hasta el mostrador y se retrepa, ágil, a su silla tras la máquina registradora. La apoderada y la cantante retroceden por la vereda. Desaparecen.

## Mateyka

Esa mañana, Mateyka había desayunado su habitual café con estrudel de manzana compartido con Pomorska en el pequeño comedor que separaba sus cuartos en la planta alta del local. Sobre la mesa había quedado el cuaderno de tapas negras con los versos del poeta griego. Casi sin querer lo había abierto y había leído los poemas que aludían a las luces y laberintos de un parque sin nombre. Después bajó y levantó las persianas. Mientras lo hacía, pensó intensamente en su amigo a quien su incapacidad de comunicación verbal mantenía arriba, en esa especie de bohardilla tan parecida a la que habitara años atrás en Berlín. Los recuerdos lo llevaron a su país, que habían debido abandonar a causa de la guerra y a aquella noche en que Pomorska se había quedado en suspenso, la palabra bloqueada por el desorden polígloto, ante sus ojos atónitos y los de Francine. Recordó a Francine y se detuvo en ella. Cuántas cosas habían pasado desde entonces. Pero Mateyka no era un hombre nostálgico y continuó atendiendo las cosas prácticas. Como todos los domingos, cambió los manteles lisos del reservado por los de cuadros blancos y rojos, inspeccionó los baños, lustró la caja registradora, ordenó ceniceros y floreros y una vez hecho esto, fue a su baño particular. Allí se puso la camisa inmaculada de los domingos y anudó el moño negro a pintas blancas. Recién entonces se sentó en el banco alto detrás de la caja y abrió el diario de la mañana.

## La cantante lírica

La ballena realizaba maravillosas piruetas en un océano de esmeralda recortado contra un horizonte de nubes con rosicler cuando unos golpes en la puerta despertaron a la cantante. Enriqueta, en severo traje sastre, entra con el desayuno. Pasa, deja la bandeja sobre la mesa de luz y va a abrir la ventana.

—No quiero despertarme —balbucea con mohínes de *primadonna*, la cantante lírica.

—Vamos —dice la apoderada con tono imperioso—. Hoy es tu día libre. —Apela a lo que, sabe, dará un resultado inmediato—. Tal vez te lleve a almorzar al centro.

Un remolino de puntillas emerge de entre las sábanas.

—¿Qué hay para desayunar? —pregunta la cantante de los hoyuelos, dominada aún por las imágenes del sueño. Le hubiera gustado poseer una diminuta ballena azul en una pecera sobre su mesa de noche. Al despertarse, giraría la cabeza y lo primero que sus ojos verían sería la ballenita nadando en suaves círculos, entonces podría cantarle algún fragmento y hasta, tal vez, la ballena aprendiera a reconocer su voz.

Momentos después, salen de la casa, caminan hasta la esquina y entran en Pomorska y Mateyka.

A la cantante le gusta ese bar, el mueble antiguo con los maceteros. Una mirada

fija la deja sin aliento. Aparta la vista con gran turbación pero, al segundo, no tiene más remedio que volver a mirar esos ojos cuya intensidad parece traspasarla, querer decirle algo con urgencia. Extrañamente conmovida, casi sin querer, como le ocurre siempre que algo extraordinario le pasa, la cantante emite a todo pecho una escala que, por espontánea, le sale maravillosa.

La apoderada, sorprendida, mira alrededor buscando la causa de ese fenómeno que conoce muy bien, pero no encuentra nada que le llame la atención.

—¿Qué pasa, niña?

Por primera vez en años, la cantante miente.

—Nada.

### *Ezpeleta*

Ezpeleta, levantado desde temprano, sale de su cuarto con una toalla colgada del antebrazo: ante él se explaya el soleado patio del hotel. Fugazmente percibe una cara que se oculta tras la cortina de macramé en la habitación de enfrente. Cruza el patio y se para frente a la puerta del baño. Con voz aflautada dice:

—¿Se puede?

Vuelve. Se acerca a la mesa y observa el artefacto cuyo mecanismo estudia por un momento. Con movimientos precisos, expertos, ensambla dos partes desunidas. Luego ajusta un tornillo flojo y dispone una parte de manera oblicua sobre la mesa; finalmente, cubre todo con un lienzo. Se pone el saco y sale. Camina despacio varias cuabras. Se detiene frente a las carteleras del teatro La Rotonda Florida y permanece mirando las fotos de la cantante lírica. En ese momento, Ezpeleta ve a Carlino que cruza la calle corriendo semiagachado y se incrusta en un portal. Identifica al hombre que la noche anterior entró en el bar con un problema en el pie. Sigue su camino y, pocas cuabras después, entra en el Despacho de Bebidas de Pomorska y Mateyka, lugar que ha decidido adoptar. Se sienta, ordena su vermut con salame y queso, y se enfrasca en la lectura de un libro que ha dispuesto sobre la mesa. El trino fulgurante de un pájaro lo deja atónito y le hace levantar la cabeza. No es un pájaro; es la hermosa joven del Reservado, en quien Ezpeleta reconoce a la artista de la cartelera de La Rotonda Florida.

### *Marco*

Todos eran moderadamente felices esa mañana de domingo, o se dedicaban a sus ocupaciones habituales. Menos el joven Marco. En el último cuarto de su casa de familia numerosa, con el fraternal calor de Elvis enroscado sobre su estómago, intenta leer pero no puede: Marco cavila sobre su situación en *El Laberinto del Terror*. En el Wincofón suena el *Rock de la cárcel* y así es como se siente Marco, preso de una encrucijada. ¿Cómo congraciarse nuevamente con el maestro Zorroarín?

Era más que evidente que las ideas habían huido de su cerebro y que no se le ocurría nada cuando veía a los posibles compradores de boletos. Mecánicamente, la mano de Marco acaricia el lomo sedoso de su gato. Hubo una época no demasiado lejana en que era el indiscutido adelantado de la clase. En la Hermandad se lo respetaba. Ahora se ve obligado a reconocer que su legendaria sagacidad es cosa del pasado. Pese a que se devanaba los sesos, nada acudía a su mente cuando el maestro señalaba algún paseante en el Parque, salvo las mismas palabras. El caníbal, siempre el caníbal, como una trampa perversa que le tendiera su propia mente, ésa era la única imagen que el cacharro vacío de su cabeza podía producir. Era necesario hacer algo, inventar algo, de lo contrario su porvenir en El Laberinto estaba sellado. El maestro no condescendía. Había desoído el principal consejo de Zorroarín: No se enamoren, decía el maestro, no al menos en el período de entrenamiento. Se les confiscan la inteligencia y la libido, decía el maestro. Se idiotizan. Se emboludecen, decía.

Y aunque al principio no había querido admitirlo, ahora sabía que era verdad. Desde que se enamoró de Lisa, Marco había perdido la perspicacia y el golpe de vista; Pestalozzi le había sacado ventaja y reinaba como el más capaz mientras que Zorroarín parecía a punto de perder la paciencia con su torpeza. ¿Acaso no se daba cuenta el maestro de que él sufría, de que no se le ocurría nada, de que sólo veía gente sin atributos? Algo tenía que hacer y con urgencia. Sus pensamientos los tenía capturados Lisa y sólo en ella Marco percibía los innumerables matices de la perfección.

Mira la cara de su hermana menor como el que no quiere entender. Lo único que hace es confirmarle lo que ya sabía.

—Sí —está diciendo—, con el hijo del dueño de la cadena de almacenes. El padre quiere casarla pero dicen que Lisa no quiere casarse, quiere quedarse para siempre en el Dancing Park y que el padre la encierra y que Lisa se escapa.

Apaga el Winco que produce un terrible ruido a púa y sale de su casa dando un portazo. En la esquina, el ostentoso cartel del almacén número uno hace renacer su incontrolable furor. Entra en el odioso lugar, que después de todo no ve tan grande ni tan importante. Con maligno placer, piensa que la cadena de almacenes son al fin y al cabo sólo tres almacenes. Sus pómulos enrojecen de rabia cuando ve venir desde el fondo al fanfarrón, en camisa hawaiana y mostrando una sonrisa torcida. En el mismo momento, se abre la puerta y entra Lisa. Marco no puede quitar los ojos del pelo castaño, de los brazos dorados, de los ojos verdes. «La mandan a comprar algo a propósito», se dice Marco, «aunque no necesiten nada». El primero en reaccionar es el hijo del dueño de la cadena de almacenes.

—¿A qué hora te paso a buscar? —dice sin ningún preámbulo.

Lisa no contesta, les da la espalda mientras espía por los redondeles transparentes de las latas de galletitas. Marco piensa que la noche anterior la había abrazado mientras bailaban; ahora le parecía imposible, una especie de sueño que rápidamente se deshacía en el aire.

—No sé —dijo al fin. Había quitado la tapa de un gran recipiente con dulce de leche, había metido el índice y ahora se lo estaba chupando. Los dos jóvenes la miraban hipnotizados—. No sé —repitió cuando terminó la operación—. Tengo que pedir permiso en mi casa.

—A las seis —oyó Marco la voz del fanfarrón caníbal.

Les había dado la espalda. Era evidente que descontaba el permiso de la casa y quería dejar clara una respuesta positiva antes de que él se fuera. Para colmo (los miraba con el rabillo del ojo) le estaba ofreciendo a Lisa un paquete de caramelos de coco. El tipo era repugnante.

—No sé —volvió a decir Lisa, frunciendo las cejas. Por lo menos no había aceptado el paquete.

Con amargura creciente, Marco sale a ciegas a la calle. Se come las cuadras sin darse cuenta. Tenía que detenerse a pensar. O al menos a leer unas páginas para tranquilizarse. Desembocó en la esquina del Despacho de Bebidas y, como en un repentino desquite, empujó la puerta y entró.

### *Zorroarín*

El maestro había pasado la mitad de la noche en la Taberna de la Puerta Sur y ahora dormía profundamente. Al despertar, recordará imágenes nítidas: ha soñado con el poeta griego. En el sueño, el poeta, de barba y pelo hirsuto, con un gastado chaleco de cuero de cabra, lo llama desde un acantilado donde suena el mar. Es el atardecer. El gesto es lento y profundamente tranquilizador.

Ya totalmente despierto, mientras se preparaba un café, Zorroarín tuvo la certeza de que vería muy pronto a Pomorska, a quien superpuso, como en un relámpago, la cara de Marco.

### *Carlino*

Al despertar esa mañana, Carlino había dedicado los primeros minutos de ensoñación a la cantante lírica mientras dejaba vagar su mirada por las paredes y el techo. Coincidentes con una rosa de los vientos que, en brillantes colores, irradia ángulos y flechas bajo el redondel del que pende la araña, las imágenes de las cataratas del Iguazú, la Tierra del Fuego, los Andes, y el Río de la Plata, orfebrerísticamente fileteadas sobre planchas de chapa, son el único adorno de las cuatro paredes; las volutas y arabescos interpretan los puntos cardinales, ya que Carlino, dondequiera que estuviese, dormía con la cabeza hacia el Norte. Sin embargo, lo que suspende el aliento y borra todo lo demás se muestra sobre la cabecera de la cama. Esta vez es una gran chapa apaisada, intrincada de cabos de enredadera, volutas, espirales, rosetas y bocas aullantes de quimeras entrelazándose sobre el color lacre del fondo; en espléndidas letras curvas lilas y amarillas, se lee:

«El Diablo entra en lucha con Dios y el campo de batalla es el corazón del hombre». Debajo y en una sola línea, de punta a punta: Feodor Mijailovich Dostoievsky. Esta plancha extraordinaria, compendio de todos los secretos del fileteado, es la herencia que Carlino ha recibido de su padre y su abuelo anarquista.

Por el momento en otro mundo, Carlino comprueba con satisfacción que su pie está prácticamente curado. Su frustrado asalto amoroso de la noche anterior —cuya prueba, el soporte de espirales, hace juego sobre la cómoda con otros *souvenirs* de su amada— lo induce a reflexionar.

Poco a poco, la mirada perdida en el rincón suroeste va cobrando brillo; algo comienza a insinuarse en el fondo de su enamorado cerebro hasta alcanzar una forma brillante y audaz. Una idea que, en principio, parecía negarse a ser formulada, pero que, unos segundos después, queda dibujada por la osada resolución de Carlino: raptar a la cantante.

Se viste a toda velocidad, se peina y sale. Antes, por entre la cortina de macramé, ha visto a Ezpeleta ir al baño. En el quiosco de la esquina compra una libreta que le quepa en el bolsillo de la camisa y un lápiz. Cuando está en esto, Ezpeleta deja el Hotel Para Familias Pit. Carlino mira la hora, anota y lo sigue.

Ezpeleta entra en Pomorska y Mateyka. Segundos después, Carlino empuja la puerta de cristales biselados y se sienta junto a una ventana. Lo que ve tras los helechos lo deja sin aliento.

¡Dooo, míii... la sol faaa soool...!

Carlino toma este encuentro como un signo inequívoco de que la idea del rapto no sólo es perfecta y acorde a las circunstancias, sino que es necesaria y completamente legítima.

### *Pomorska*

Esa mañana, en la bohardilla sobre el Despacho de Bebidas, Pomorska había empezado a hacer su valija. Mira ahora, sobre la cama, la tapa marrón llena de rótulos —los países por los que había pasado antes de llegar a éste— y reflexiona que tiene todavía unos días, tal vez dos o tres. Después habría que irse y llevarse a todos aquellos que ya estuvieran dispuestos. *Natura abhorret vacuum*, piensa. *Hay ente en vez de nada*, piensa, *actuemos en consecuencia*. *Hay que irse con la música a otro Parque*.

Dispuso sobre la valija los tres elementos sin los cuales él no existía, o sin los cuales se sentía no existir: el sobretodo oscuro, el sombrero y el cuaderno con la traducción de los poemas de Dimitri Voyanis, el poeta griego.

## El empresario teatral

Impecable traje oscuro, bigote fino, boquilla de nácar y galochas negras, el empresario Posseidone da Costa es un hombre malo cuya mayor tribulación es aparentar ser bueno. En esta contradicción vivía, oscilando su ánimo entre los extremos a los que están expuestos los seres de tal naturaleza. Así era cómo, luego de alguna acción que perjudicaba a terceros, el empresario se sumía en arrebatados delirios que mezclaban la culpa y la mística —resabios de una severa educación entre tías fanáticamente devotas—, en el transcurso de los cuales prometía enmendarse de sus malas acciones ante los santos de su altar doméstico. Con el rostro bañado en lágrimas y el Ave María en versión teutona de fondo, Posseidone sentía que su alma (luego de más o menos dos horas) se elevaba liberada al fin de las pesadas cadenas de espurios propósitos materiales que la ceñían al suelo vil. En esos momentos, que el Empresario computaba como los de mayor sinceridad de su vida, durante esas crisis que Posseidone veía venir como el aura de los epilépticos, tal vez desencadenadas por alguna escena dramática vista en el teatro, las promesas de una vida mejor y más elevada lo exoneraban del mal y le bañaban la cara en un mar de lágrimas. Hasta había ocurrido alguna noche que, transportado por los violines (llevaba la fibra teatral en el alma) se había revuelto los cabellos, los había aprisionado en puñados y había recorrido su despacho frente al retrato de su madre, repitiéndose una y otra vez «¡Quiero ser bueno! ¡Quiero ser bueno!». Pasada la crisis, Posseidone da Costa sentía, como en un nuevo amanecer, que su vida aún tenía redención, que todavía existía para él un lugar en el mundo, que se le otorgaba una nueva oportunidad. Reconfortado por este acto de purificación, del cual lamentaba no tener testigos, volvía a asumir sus funciones dispuesto a llevar adelante su tarea como un mecenas, un paladín del arte, un hombre en alguna forma incomprendido, un empresario teatral que guardaba en secreto esa delicada zona de su espíritu que consideraba superior en desmedro de todos, pero, en especial, de ellos, de los artistas porque, rencorosamente, Posseidone no dejaba de notar el hecho significativo de que fuera justamente esa gentuza que alardeaba de sensibilidad la que no se daba cuenta de su fineza de espíritu, de esa oculta veta de su personalidad. Pero esto el empresario, siempre afecto a las metáforas mercantiles, lo cargaba a cuenta de la falta de talento verdadero en muchos de los que se llamaban a sí mismos artistas.

¡Ah! Posseidone recordaba con fruición su aprendizaje en el duro oficio del empresariado hacia el cual cómicos y cantantes conservaban siempre un dejo de subestimación. ¿Y quiénes serían ellos sin alguien que pusiese su dinero en la empresa? ¿A dónde irían a parar con su criterio completamente infantil e inoperante de las finanzas? ¡Y éstos se llamaban a sí mismos sensibles y artistas! Un negro furor envenenaba el espíritu del Empresario. ¡Qué sabían ellos! ¡Qué sabían quién era

Posseidone da Costa! ¿No recordaba y repetía frases edificantes? ¿No regalaba una función una vez al año para los que quisieran cultivarse y no les alcanzaran los medios?

En realidad, Posseidone no creía en lo que hacía, lo hacía porque una zona de su carácter estaba dominada por el sentimentalismo. Así lo llamaba el mismo empresario cuando se recriminaba su liberalidad: absurdo sentimentalismo. Faceta que sus allegados no comprendían y que, según su propio parecer, constituía la perla de su carácter. Le gustaban los gestos sentimentales y románticos con las damas, los paseos a la luz de la luna, los tés en el jardín, enviar una orquídea en celofán previamente conservada en la heladera (¡lo había hecho tres veces con la cantante lírica!, a quien le decía cuando la notaba callada: «Una moneda por tus pensamientos»). El sentimentalismo luchaba a brazo partido con la otra veta indomable y feroz: su apego al dinero. Era un alma dividida que, como una hoja en la tormenta, era arrastrada ora por un aspecto, ora por otro.

En este momento recorta su figura alta, de pecho abombado, bajo el cenital: el bigote fino es una línea sobre el labio superior, la boquilla de nácar se confunde con las volutas de humo, las galochas levantan un suave quejido de las tablas. El empresario retira la boquilla y se tapa la boca con el pañuelo. Usa un pañuelo blanco con monograma, el cual gusta apoyar suavemente sobre las fosas nasales como para aseptizar el aire; para el conocedor, el pañuelo deja un rastro de *Avant la Fête*.

La cantante lírica y su apoderada, luego del aperitivo en Pomorska y Mateyka, han decidido almorzar en el centro. Antes, requeridas por Posseidone para hablar de un asunto importante, pasan por el teatro y están ahora junto a él en el escenario. La cantante, ausente, no puede dejar de pensar en el hombre que la miraba detrás de los helechos. Es casi mediodía.

—Conviene aclarar todo lo referente al dinero para evitar cualquier malentendido —está diciendo Posseidone da Costa, con voz melosa—. No quiero importunarla con detalles tan pedestres y ajenos a su arte sublime pero necesito la firma del contrato hoy mismo, antes de salir de gira. Aquí pueden leer los detalles.

La apoderada lee las hojas que le presenta el atildado Posseidone. La cantante lírica se distrae por el escenario en evoluciones lentas. De pronto, Enriqueta dice:

—Pero esto no es lo acordado, Posseidone.

—Permítame explicarle que debí aumentar en un treinta por ciento el porcentaje que me corresponde, ya que estaba estipulado en el anterior contrato, el cual y de conformidad de ambas partes fue firmado en mi despacho bajo fecha que aquí se indica y en presencia de sendos y ambos testigos, como asimismo, a pie de página, se señala lo que estipula el artículo 21 del extracto del Estatuto de Artistas de Varieté. Por lo tanto, señorita...

—Momentito. Permítame a mí ver los papeles —replica la apoderada tajante.

—Cómo no. Aquí tiene. El porcentaje es correcto. Y ahora, si me permite, vayamos a mi despacho así la señorita puede firmar con mi pluma fuente. Es una

cábala que observo.

Posseidone da Costa cerró los talones de forma tal que rechinaron las galochas, se inclinó y extendió el brazo hacia la escalerilla del escenario dando a entender que la entrevista había terminado. Dejó pasar a las damas y luego bajó él, clausurando el cortejo. Delante de Posseidone, la cara de la apoderada mostraba altivez y disgusto; el empresario se inclinó y rápidamente le susurró algo al oído. La apoderada le clavó una mirada recelosa. Fue un segundo. La cantante, ajena por completo a la componenda, abrió la marcha con pasos de paloma. Su voz clara y alta resonó en la sala vacía:

—Yo no pertenezco a Artistas de Varieté; yo pertenezco a Cantantes Líricos.

Solemnes por diferentes motivos, entraron en el despacho. La cantante, herida; la apoderada, desconfiada; Posseidone da Costa, impaciente. Fotos de artistas y programas pegados en las paredes. El Libro de los Famosos abierto sobre un atril, el retrato de la madre del empresario, en marco barroco, presidiendo el estudio. Con gesto pomposo, Posseidone extendió su pluma fuente.

## Aparición del caballero Beauconseil, contador de historias

Con los labios llenos de pelusa, semiasfixiado por los telones de las bambalinas y la indignación, Carlino, perseguidor nato, bajó del escenario a un corredor lateral. Había estado oculto en ese lugar casi una hora. Más tarde le explicaría a Zorroarín las razones de su deserción en la persecución del misterioso Ezpeleta. Posseidone no había hecho más que confirmar sus sospechas de maniobras fraudulentas que especulaban con el arte de la cantante. Tampoco parecía ajena a estos manejos la apoderada. Salió por una puerta pequeña al costado de los camarines que daba a un angosto callejón, paralelo al teatro. Carlino estuvo a punto de caer sobre una camioneta blanca que ocupaba todo el fondo. De inmediato, volvió a la idea de esa mañana: le pareció el vehículo ideal para sus propósitos de rapto. Pero ahora debía ocuparse de otra cosa. Junto a la camioneta había un triciclo, un sólido triciclo de reparto, tal vez no ideal, pero único a mano para su propósito de seguimiento inmediato.

En la puerta del teatro, las dos mujeres ya suben a un remise. En una página arrancada de su libreta de detective, Carlino garrapatea una nota para el propietario del triciclo donde escribe que lo devolverá por la tarde. Cuando comienza a pedalear, el remise dobla en la esquina hacia el norte. El pelo de Carlino ondea en el viento. Ve con claridad casi una cuadra más adelante las cabezas de la cantante y su apoderada. «La cosa brava va a ser en el centro», piensa Carlino. Paran en el cruce de cinco esquinas que convergen en una plazoleta. La plazoleta tiene una estatua. Es *El beso*, de Rodin (lo dice una placa grande en la base). Transportado, Carlino advierte la dirección de la mirada de la cantante. Sus ojos se encuentran en ese beso inmortal. La estatua adquiere magnitud de monumento; es un símbolo, una señal enorme, inesperada, de que está en el camino correcto, haciendo aquello hacia lo cual una serie azarosa de circunstancias ajenas por completo a su voluntad —y a las que podría llamar provisoriamente Destino— lo había arrastrado una noche lejana de lluvia a La Rotonda Florida primero, y posteriormente, a esta tarde, a esta calle, a este providencial triciclo. «Misteriosos caminos del corazón cuyas razones el raciocinio no comprende», se dice Carlino, inventando un ese momento una de las frases más conocidas de los últimos siglos. «¡Cuando lo sepan en Baigorrita!», pensó con una sonrisa y se puede decir que éste era el único punto de su persona donde afloraba un atisbo de vanidad. Si alguna vez, el sencillo ánimo de Carlino se había visto perturbado por las ideas de éxito o notoriedad había sido con la fantasía de un regreso triunfal a su pueblo, regreso que su propia modestia le impedía ver claro, ya sea sobre cuáles fueran las condiciones de esa vuelta notoria, ya sea triunfador ¿en qué rubro?

Súbitamente vuelve en sí a punto de ser atropellado por un furibundo taxista que lo esquiva luego de insultarlo. Nada puede oscurecer, sin embargo, los sentimientos de Carlino.

El triciclo zigzaguea como encabritado entre los coches. Un vendedor de diarios con la mano tiesa a un costado de la boca, grita hacia la calle o hacia los conductores de automóviles: ¡Escándalo, amante de ministro se escapa con inmensa fortuna de ahorristas incautos! ¡Profanan tumba del Zorzal Criollo! ¡La Argentina tendrá su bomba atómica! Carlino piensa que son cosas del centro. Bruscamente pedalea con ímpetu y el triciclo sale disparado justo antes de que un tranvía se le tire encima. Carlino maniobra con audacia y logra pasar por el hueco entre la parrilla en punta y el baúl de un Buick color patito. Ya está sobre el remise otra vez. Después de otras peligrosas maniobras, llegan al tradicional restaurante El Globito del Norte. Carlino deja el triciclo de reparto en la vereda, junto a la entrada. Es un hombre responsable y el triciclo es ajeno.

Ni bien traspasa el umbral de El Globito comprende, algo agitado pero con un sobresalto de gratitud, que la cantante espera comunicarse con él. No hay duda: ella lo ha visto pedalear, sabe que la ha seguido. Está sentada del mismo modo que en Pomorska y Mateyka, es decir: de frente a él mientras que la apoderada le da la espalda. Susurros y choque de cubiertos en la semipenumbra opulenta. Cuadros en las paredes. Mozos solícitos. Carlino recuerda que, felizmente, ha traído dinero. Mejor dicho, desde que ha decidido el rapto de la cantante circula con todos sus ahorros encima por si se presenta algo inesperado. «Nunca se sabe dónde puede saltar la liebre», piensa el precavido Carlino. Mira intensamente a su amada. Ella le dedica una sonrisa leve. ¿Cuál será su nombre? De los que imagina, ninguno le parece adecuado a la belleza y ternura que se desprende de esa mujer. Ella abre el menú y él hace lo mismo. Una corriente magnética dirige los movimientos especulares de los enamorados.

En ese momento hace su entrada en el restaurante un hombre alto, de rostro pálido, muy rubio y con un piloto gris. Se trata de un caballero, pero, por el momento, parece alguien que vende rifas o lápices. A los ojos de Carlino todos los seres son hermosos ese domingo y el recién llegado le cae simpático. Es simpático el mozo (viejo y decrépito), simpático el cajero (avinagrado y calvo), simpático el *maître* (altanero y fracasado), son simpáticos las mesas, los manteles, las luces, los platos y cubiertos que tintinean y brillan y parecen orquestarse en la atmósfera succulenta de El Globito del Norte. Atrás, muy atrás ha quedado la figura ominosa del empresario. El caballero pálido recorre las mesas deteniéndose nada más que en la de hombres solos. Ahora está junto a Carlino y deposita sobre el mantel, sin decir una palabra, un rectángulo blanco repleto de una escritura manuscrita muy prolija:

*¿Le gustaría escuchar una historia mientras se alimenta opíparamente?  
Eróticas, de aventuras, históricas, sombrías, inmorales, alegres, románticas,*

*morales, intrascendentes, trascendentes, experimentales, de amor, de locura, de muerte, fantásticas y de ciencia ficción; donde el personaje es una mujer, un hombre, un animal, donde el protagonista es el lenguaje, donde el protagonista no existe (cantadas o escandidas con acotaciones eruditas y notas al pie). En caso de no decidirse, el azar lo hace por usted eligiendo un cartón del mazo. ¡Sea un verdadero hombre antiguo: cene o almuerce acompañado por un aeda!*

*(El emolumento queda a criterio del comensal).*

El caballero de piloto clava una mirada pálida en los ojos de Carlino. Ha llegado a buen puerto. Una historia de amor es hoy para Carlino lo más grande del mundo. Así lo dice mientras distingue por el lado de la caja un conciliábulo adverso. Pone en la mano del aeda una dádiva tan generosa que pinta asombro en la cara delgada. Pero ya el *maître* acude y saca a la calle al contador de historias. La cantante ha seguido con ojos preocupados la escena; baja los párpados y prosigue con la elección del menú.

Cuando el mozo vuelve, Carlino dice:

—Sírvame lo mismo que a la señorita.

Cuatro platos y el postre. Carlino, que es más bien frugal en su comer, se siente levemente mareado. Pero su constancia ha merecido un premio. Ella le ha sonreído tímida pero inequívocamente entre el *vitel tonné* y el pollo con champignons. Al final de las pastas lo ha vuelto a mirar llevándose una mano al pecho. Señal de tan buen augurio para Carlino que casi salta de la silla de ansiedad.

Cuando dejan la mesa y pasan a su lado, ya ha escrito en una hoja de su libreta de detective: *La amo. Mañana a las cinco de la mañana en su casa. Quiero que venga conmigo.* Sin firma. Por suerte, la apoderada abre camino; ya está la cantante a su lado. Con un movimiento preciso y veloz, Carlino deposita el papel en la mano regordeta. La mano expresa, al sensitivo tacto de Carlino, los siguientes sentimientos: sorpresa, comprensión, curiosidad, avidez. Inspirado y como en trance, Carlino abre nuevamente su libreta e improvisa unos versos que han brotado súbitos de su corazón. Cuando sale del restaurante, las mujeres ya han desaparecido.

En la vereda de enfrente, sobre un parapeto, está sentado el caballero del piloto gris. Come un sándwich en medio de las palomas. Ve salir a Carlino y, con la mano en alto, le muestra un paquete de cigarrillos, acto seguido levanta una botella de cerveza y le hace la misma seña. Carlino da unas cabezaditas de comprensión; de golpe, el aeda junta todo y se larga a cruzar la calle. Carlino se inquieta pero la inquietud no alcanza a ser un sentimiento profundo; el sopor provocado por el terrible almuerzo que acaba de tener lo separa del mundo.

El desgarbado lo está mirando desde arriba.

—Usted es un buen tipo, no es como la mayoría.

—¿Qué quiere decir?

—Usted no es esa clase de tipo que se las tira de sabelotodo, un consumista que

vive en un gran departamento y que todo el tiempo hace *como que*.

—No vivo en un departamento. Ni siquiera vivo por acá.

Quedaron en silencio. Una nube tapó el sol.

—Mire, si me puede tirar algo, alguna cosita, tíremela. No tengo preferencias y soy un tipo inteligente, ¿qué me dice?

Carlino se queda mirándolo. El sopor va cediendo. Una paloma se ha posado sobre la cabeza del rubio que parece no darse cuenta. Carlino no puede reprimir el gesto de espantar, la paloma huye y el contador de historias lo mira con curiosidad. El pelo le ha quedado revuelto, lo que lo hace parecer todavía más alto.

Carlino fijó los ojos en la cara delgada pero, muy perceptivo, supo que no podía hacerle notar lo ocurrido con la paloma justamente porque el otro no se había dado cuenta. Como un rayo, lo iluminó un pensamiento: ¿El rubio tendría pasta como para tomar su lugar y seguir por unos días a Ezpeleta mientras él raptaba a la cantante? Su plan era volver casado y establecerse (tal vez abrir una barraca de canto lírico en el Parque aunque esto quizás ya era demasiado pedir) sin permitir jamás que Posseidone da Costa y la apoderada la volvieran a explotar. Pero hasta que eso ocurriera no podía desairar a Zorroarín que le había dado trabajo.

—¿Le puedo hacer una pregunta?

—Ya me la está haciendo.

Tenía pasta.

—¿Cómo se llama?

—Beauconseil.

—¿A qué se dedica, señor Beauconseil?

—Invento historias para comensales. Tengo formación clásica. —Metió la mano en el bolsillo del piloto casi hasta el codo y sacó lo que parecía un mazo de naipes. Se lo pasó a Carlino que leyó la lista exhaustiva y detallada del reclame que le había mostrado en la mesa.

—O sea que tiene mucho tiempo libre.

—Puede formularse de esa manera —admitió Beauconseil.

—Venga esta noche a esta dirección. —Carlino anotó en una hoja de su libreta la dirección del Hotel para Familias Pit—. Tal vez tenga algo para usted, no le prometo nada, pero dese una vuelta.

Beauconseil miraba la hojita.

—Esta dirección no existe.

Carlino lo miró. Pensó que no podía haberse equivocado tanto con este hombre.

—Mírela bien —dijo—. Léala otra vez.

Hubo un destello en los ojos de Beauconseil.

—A unas cuadras del Parque —dijo por fin—. Por ahí andaba yo de chico.

**PARTE II**  
***CONFABULADORES NOCTURNI***

## 10

### El examen

El Parque lucía ese aire festivo característico de un atardecer de domingo a principios de verano. «El día ideal para llevar a cabo un examen», pensó Zorroarín mientras cruzaba el arco imponente de la Puerta Oeste, momento en que siempre despuntaba en el fondo de su corazón la emoción familiar del que vuelve a una vieja y querida comarca. Tomó por la diagonal sur que, naciendo en el lejano centro del Parque donde giraba La Rueda de la Fortuna, seguía su caudaloso curso bordeado de diversidad de barracas para desembocar en el espacio que, al fondo, clausuraba panorámicamente El Laberinto del Terror. En el centro de la explanada, la pagoda del pochoclo y las manzanas acarameladas, y dentro de ella, bajo los farolitos chinos, haciendo equilibrio en el altísimo taburete, el enano en traje de luces. El maestro experimentó una punzada de fraternal envidia ante la perfección del atuendo. Lo saludó y, como todas las noches, se preguntó qué llevaba a un ser tan pequeño a emperifollarse tanto.

Las manos en los bolsillos, el maestro se detuvo frente a la fachada, enorme y barroca, de El Laberinto. Lo hacía a menudo, en los últimos tiempos. Su mirada recorrió con orgullo la boletería disimulada tras los barrotes, copia de la puerta de la cárcel de Cayena en la Isla del Diablo; las pinturas murales que cubrían el largo sector del frente con escenas de la antigüedad y del medioevo, entre las cuales se disimulaban las ranuras de la Escuela del Miedo; la pequeña puerta maciza, en arco, en que desembocaba el túnel final y de donde la gente emergía modificada o, simplemente, espantada. Por un minuto, cedió al placer de la muda contemplación de su barraca, perfeccionada por el tiempo y la nobleza de la materia; después, entró por la puerta lateral y encendió las luces.

Confirmó la resolución de tomar un examen. Se sentía emotivo y lúcido, dispuesto a estimular esas mentes todavía amorfas y perezosas, aunque cuidadosamente seleccionadas. Ninguno de sus alumnos podría defraudarlo. Había quien era más talentoso y dotado que los demás, pero ése era un detalle sin importancia: cada uno se destacaba a su manera. Zorroarín estaba listo para la epifanía de *el* discípulo, y esto ya había sucedido. O estaba a punto de suceder.

Cruzó el salón y fue a su camarín-estudio. Encendió las luces. El espejo brilló orlado de bombitas. Zorroarín se acercó y se miró críticamente, de arriba abajo. Suspiró.

—La paciencia es una larga costumbre —monologó desde una actitud vagamente shakesperiana—. Hace tiempo que pienso en Marco, no puedo negarlo. Es brillante, rápido, agudo. Y algo más, y algo más —repitió Zorroarín acercándose a su propia cara; sus ojos oscuros de cejas un tanto mefistofélicas quedaron extrañamente fijos—. Es profundo. Quiero decir: piensa, o llegará a pensar. Increíble en estos tiempos. El

único detalle fuera de lugar —siguió la voz versátil, repentinamente grave del maestro—, el único elemento extraño y desordenante, es su ingobernable inclinación por el Dancing Park. —Cruzó los dedos sobre una imaginaria barriga de fraile; hacía bailar los pulgares—. Sí señor, se ha enamorado. Como un imberbe novato, como un tonto de capirote. Como un perfecto cretino. Ha perdido (seamos justos: está perdiendo) de manera lamentable, toda perspicacia, toda lucidez, toda sagacidad investigativa. Ya lo alcanza Pestalozzi. ¡Qué imprevista torpeza, qué incalificable desatino! Qué pelotudez... En fin, habrá que hacer algo. ¿Habrá que hacer algo? El Destino tiene la última palabra. El maestro dejó caer los brazos.

Necesitaba hablar con Pomorska, eternamente instalado en su cuarto inabordable, pero, ¿cuándo bajaría Pomorska al local? Una prohibición tácita, sentía Zorroarín, mezcla de veneración y respeto, impedía cualquier iniciativa de su parte; sería algo parecido a una blasfemia. Cuando fuera el tiempo, Pomorska bajaría. Mientras tanto, Mateyka era el puente, el único que comprendía al traductor políglota. En pocos días más, pensó el maestro, debería ocurrir lo que se venía anunciando con signos inequívocos: la partida, la fundación de otro Parque. Paradójicamente, la última palabra no la tenía el Destino, sino Pomorska, el impedido verbal: el único capaz de guiar a los demás en esta etapa. El discípulo estaba casi listo; sería necesario corregir ese sector del dibujo, Lisa, que, caprichosamente, había producido una línea fuera del plan.

Encendió un cigarrillo y se quedó en el centro de la escena absolutamente quieto, el cuello de la camisa desabrochado, la corbata floja, como acumulando energía, hasta que oyó, del otro lado del tabique, el impaciente cloquear de la Hermandad.

Cuando los alumnos vieron al maestro salir de su estudio, algo en el aire les hizo presentir que esa clase no iba a ser como las otras y quedaron expectantes.

—Mis queridos discípulos —comenzó Zorroarín con voz grave, ocultando el regocijo que le producían esas caras un tanto desorbitadas: la cara de pichón del pelirrojo pequeño y avieso, la nariz sin fraguar del delgado cuáquero, los cachetes arrebolados de Boris, los ojos alarmados de Marco—, mis queridos discípulos, considero el día de hoy ideal para llevar a cabo un examen.

Un murmullo de inquietud se esparció sobre las cabezas hirsutas, enruladas o lacias, como un golpe de viento sobre las aguas de un estanque. Marco se agachó a atarse el cordón de un zapato; zapato que, por otra parte, estaba perfectamente atado.

El maestro esperó que lo hiciera y después continuó:

—La ocasión se presta. Domingo, cantidad de gente de todo tipo. Tendrán muchas oportunidades de ver y clasificar. La primera parte será, naturalmente, vocalización. Y ahora, sin más trámites, pasemos al aula, caballeros.

Tras el último discípulo, se cerraron las puertas herméticas del aula de corcho. Un apretado silencio reinó después del sentarse y del acomodarse de los cuerpos juveniles y tensos, sólo interrumpido por los pasos del maestro quien, viniendo del fondo, apagaba la luz central e iba al escritorio del frente donde encendió la lámpara

de lectura. Los alumnos, entre carraspeos, no dejaban de observarlo. Zorroarín, de pie, con las palmas sobre el escritorio y la cabeza gacha, se tomaba en estos casos dos o tres minutos para concentrarse. Levantó la cara y los miró uno por uno. Después habló:

—Cierren los ojos. —Por el aula de corcho se expandió, persuasivo, el tono monocorde de hipnotizador—. Dejen la mente en blanco, alejen todo pensamiento, uno..., dos..., tres... diez segundos, absolutamente en blanco. Concéntrense. Dejen respirar la imaginación, que se expanda sin ataduras, que se eleve, que vuele hacia las zonas más recónditas del pensamiento donde tienen, sin saberlo, un caudal casi infinito de posibilidades. Vamos a imaginar una escena. Ahora. En el negror de la mente, tras los párpados cerrados: una mancha blanca se extiende y se ensancha en todas direcciones hasta ocupar la totalidad del espacio visible. Es la estepa sin fin, nevada, impoluta, sin huella humana visible. Es el crudo invierno de la estepa, precisamente el desierto blanco siberiano. El viento sopla y arrastra una niebla de nieve, produciendo un ulular lúgubre en los cañadones sin alma viviente. —La voz del maestro era un susurro monótono—. Acaba de salir la luna y una luz espectral se difunde por el páramo descubriendo una manada de lobos, negros y hambrientos, que rodea un peñasco. Uno de ellos, el jefe, sube al peñasco, estira el hocico a lo alto... —Aquí el maestro hizo una pausa. Después largó como un disparo:

—¡Pestalozzi, aúlle!

Pestalozzi aulló y a Zorroarín se le erizó el pelo en la nuca. Algunos compañeros dijeron: «¡A la mierda!», por lo bajo. Estaban francamente impresionados.

—Bien, muy bien —concedió el maestro—. Ahora, aflójense, desconcéntrense; salgan de la estepa y vuelvan aquí.

—Chasqueó los dedos. —Respiren hondo—. El maestro cerró la boca. Durante unos larguísima segundos el silencio bajó y se depositó sobre bancos y cabezas, adueñándose del cuarto de corcho. Como si flotaran en una cápsula en el espacio infinito, no llegaba hasta allí ni el más mínimo murmullo del mundo exterior.

—Cierren otra vez los ojos. Suavemente. La mente vacía, los glúteos en reposo. Vamos a otra escena: empieza con un sonido de pasos monótonos sobre la grava, entre el ulular del viento. Un cortejo fúnebre, empinado en sus negras levitas, balanceándose en el silencio del camposanto. El cielo, entre los cipreses, tiene el color morado de la desgracia. Caminan inclinados sobre el ataúd. Rostros cerúleos, fantasmales; manos huesudas depositan el supuesto cadáver en la tumba definitiva, para toda la eternidad. Imaginen el atardecer más lúgubre de invierno. El lodo de los senderos es negro como el alma de los condenados. El cortejo se ha ido; se hace la noche en el cementerio. Los cipreses ondean en la furia del viento; no llueve. Un torbellino de hojas secas barre las lápidas y cae sobre los ángeles descabezados. Oigan. Escuchen. Presten atención: ahogado por el viento, se oye un sonido extraño, débil al principio, inequívoco y desesperado después: la queja del que vuelve a la vida, del enterrado prematuro, del cadáver que no es tal y que se despierta encerrado

en su ataúd... Marco: ¡estertor!

Desde el fondo del aula se elevó un sonido gutural y terrible. Un gorgoteo creciente, infrahumano. Los ojos de los alumnos se desorbitaron; los cuerpos se revolviéron inquietos. «Caray, caray..., ¡carajo!» dejó escapar el pelirrojo pequeño y avieso.

—Muy bien —dijo Zorroarín—. Suficiente.

Como solía sucederle en ciertos momentos de implacable concentración, el maestro adquiría, recortado contra la pared del aula, un sublime aspecto de clisé de película de espionaje, el único papel que se le imponía espontáneamente. Los alumnos lo observaban deslizarse torvo, recortado en blanco y negro como en una vista húngara de los años 30, hacia la llave de la luz. Con el aula iluminada la ilusión quedó atrás. Recuperados los colores, Zorroarín ocupó tranquilo su lugar tras el escritorio cubierto de libros. La clase volvía a la normalidad, la crispación desaparecía y los carraspeos, las sonrisas y los codazos furtivos indicaban que los educandos estaban listos otra vez. Con los ojos brillantes, el maestro los miró agitarse como cachorros frente a un hueso en alto. Se abrochó ceremoniosamente el botón de la camisa, ajustó la corbata y carraspeó.

—Por larga y curiosa experiencia de vida —enunció con voz vibrante—, he llegado a conocer que cada uno de los paseantes ocasionales y de tan diversa condición de este Parque, así como cualquier persona que camine por las calles de esta ciudad o de cualquier otra ciudad de cualquier parte del mundo, posee ciertas características esenciales de su única y propia personalidad. Por medio de la observación, método excelente y encomiable que practicamos aquí todas las tardes, ustedes lograrán descubrir el flanco débil por donde penetrar hasta los confines ignotos, desalambrados, de esas almas anónimas, y dar con el meollo, con la quintaesencia, con lo oculto que niega mostrarse; el núcleo existencial, el epicentro de lo que cada uno es y, una vez allí, develar aquello que cifra y resume nuestro principal interés: el punto por donde pasa la fina aguja... ¿de qué?

—¡Del miedo! —gritaron al unísono los discípulos.

El maestro hizo una pausa y encendió un cigarrillo.

—¿Y para qué?, se preguntarán los ignaros. Y nosotros les respondemos: para alcanzar ese fin último del animal dotado de razón y de espíritu resuelto, que es perseguir... ¿qué cosa?

—¡La verdad! —gritaron triunfalmente los discípulos. Algunos zapatearon contra el piso.

—Pero, la verdad (¡la Verdad!, con mayúscula) ¿qué es?, ¿de qué se trata tamaña desmesura? —Zorroarín hizo una pausa—. La verdad no es nada.

Los discípulos lo miraban alelados. Esa parte era una innovación.

—Por eso he dicho —continuó impertérrito Zorroarín—: perseguir. La verdad es lo que cada uno pueda llegar a descubrir de ciertas mínimas verdades particulares, que se probarán sólo en relación con las que haya descubierto el otro; es decir, los

otros. Uno de los principios de esta escuela, caballeros, es perseguir lo que está tras la apariencia; zambullirse, bucear más allá de la superficie, pero ¡ojo!, que la empresa es un cazabobos, encierra una crucial paradoja: en la apariencia está todo, los indicios y las claves; las maneras y los amaneramientos. Sólo hay que saber mirar, porque como dijo el gran humanista francés:

encontraréis, si miráis con precaución,  
al gran malvado bajo su muceta

»Pueden ver ustedes a un individuo que disimula; podrán verlo adoptar falsas actitudes, podrán verlo fingir entusiasmos, petulancias, elocuencias; podrán verlo manotear, saltar y danzar, como podrán ver al astuto escondedor ocultarse. Pero también podrán comprobar, cuando en el momento oportuno reúnan conocimiento y experiencia, que a la hora del miedo todas las máscaras caen, caen, caen, porque como ya lo sabía el bardo el miedo nos vuelve niños, nos regresa a la prístina manifestación de estados elementales donde la mentira y el disimulo aún no han echado sus reales, no tienen aún establecido su reino. Hay que tirar de la máscara y entonces se desplegará ante ustedes el inefable placer, el terrible placer de conocer las almas; terrible, porque es el conocimiento de la propia debilidad. —Zorroarín se paseaba entre los bancos, las manos tomadas de las solapas del saco, el tono había cambiado y ahora era dramático y cejijunto—. ¿Están preparados para saber que son débiles, mejor dicho, cuán débiles son? ¡Nadie me conteste! No sean atolondrados: no es una pregunta para contestar. Digo y repito que de eso se trata, de conocer la debilidad humana, la ajena y la propia. Porque conocer la debilidad humana es también conocer la grandeza humana. Dime a qué le temes y te diré quién eres. Lo sabrán, no ahora ni quizá en dos ni en tres ni en diez años, pero lo sabrán. Y serán más sabios, y también, no puedo ocultárselo —aquí el maestro hizo un gesto de resignación a medias teatral, pero miró fugazmente a Marco—, estarán mucho más solos.

Nadie dijo esta boca es mía. El tono dramático del maestro podía ser una broma y ninguno quería comprometerse. Carraspeó Zorroarín y, con cara inescrutable, dijo:

—¿Alguna pregunta?

Ni el vuelo de una mosca.

El pelirrojo pequeño y avieso levantó tímidamente una mano:

—Maestro...

—Sí —dijo Zorroarín.

—¿Qué es la muceta?

Zorroarín se acercó a los bancos.

—De todo lo expuesto, ¡bastardos!, ¿lo único que los preocupa es la muceta?

Silencio desafiante. Pestalozzi, finalmente, dijo:

—Lo único que no entendimos, maestro.

Zorroarín pensó que ésa era la respuesta justa, sólo que debió habersele ocurrido a Marco.

—De acuerdo —dijo el maestro—. Muceta: capa corta generalmente usada por monjes medievales. Pasemos al examen escrito.

Media hora más tarde, el maestro recogía las hojas donde los alumnos habían desarrollado el tema del examen: Tríada Sintética de Diferentes Personalidades. Cada uno debía dar cuenta de tres tipos; cada tipo descrito, por lo menos, con tres palabras. El último en entregar fue Marco que, sentado en la fila del fondo, mordía con ferocidad el extremo del lápiz. Una vez que tuvo las hojas, leyó para sí Zorroarín:

- Paparulo, ganapán, mentecato.
- Timorato, badulaque, pelafustán.
- Patán, facineroso, chichipío.
- Casquivana, empingorotada, pichona.
- Alborotador, zagatero, buscarruidos.
- Necio, desconfiado, montaraz.
- Estirada, fina, pelele.
- Obsecuente, pusilánime, mierdoso.
- Fachenda, pretencioso, postinero.
- Rústico, cimarrón, zafio.
- Egregio, ínclito, celebérrimo.
- Mentecato, zote, modorro.
- Abatida, desgalichada, irrisoria.
- Patoso, cargante, chinchorrero.
- Fachendoso, farolón, vendehumos.
- Botarate, contribulado, zolocho.
- Gachona, hechicera, vistosa.
- Temblón, trémulo, tembleque.

Imperturbable, guardó las hojas en una carpeta. Más distendidos, los alumnos dejaron el aula de corcho y pasaron a la parte del frente de la barraca, donde cada uno fue ocupando su puesto. Cuando se disponía a ordenar el Reconocimiento Ocular, Zorroarín, con electrizante sorpresa, descubrió a través de la mirilla a Carlino que caminaba desconcertado alrededor del quiosco chino seguido por la mirada curiosa del enano en lo alto. Veía la entrada del Laberinto cerrada y no atinaba a buscar la puerta lateral. Antes de que pudiera posponer el examen por unos minutos, ya se elevaban rápidas como saetas las voces de sus alumnos:

- El atacado por las palometas.
- El descuartizador.
- El gaucho en el cepo.
- El sobreviviente radiactivo.
- El indio malonero.
- El torturador de la Gestapo.

—El enterrado vivo.

—Frankenstein.

Se hizo un silencio de plomo. En el ámbito de El Laberinto estaba prohibida la pronunciación de ese nombre. Todos los ojos quedaron fijos en la cara del maestro. Zorroarín, se controló y, por esta vez, lo dejó pasar. Era Marco el que había hablado, y sin saberlo tuvo razón, pensó el maestro tratando de serenarse. De la rapidez y variedad de posibilidades surgía el concepto erróneo de que a Carlino podía asustarlo casi cualquier cosa. Hasta la trivialidad del muñeco de Mary Shelley. No era así y era su deber advertirles.

—No, caballeros —dijo el maestro—. Se han apresurado y, en consecuencia, se han equivocado. —Volvió por un segundo a la mirilla—. La aparente simplicidad del sujeto no está reñida con una moral fuerte que puede aparecer en los momentos críticos, sorprendiendo a más de uno. Afinen la puntería, sean más sagaces... —Se interrumpió de golpe. Recordó la noche anterior y cayó en cuenta de que Carlino debía traerle noticias de Ezpeleta.

Impaciente, despidió a los alumnos dando por terminado el examen. Antes de que se fuera, palmeó distraído la espalda de Marco dándole a entender que todavía podía aspirar a una chance reivindicatoria.

Cerró la puerta lateral y se apresuró a encontrarse en el frente con Carlino, quien, no sin devolver antes el triciclo de reparto, se había dirigido al Parque para reportarse con Zorroarín. Tenía, más que nunca, una expresión de desconcierto y ansiedad pintada en la cara.

—Mi buen amigo Carlino, ¿me trae alguna novedad?

—Mire, profesor —sin saber bien por qué Carlino comenzó en ese instante a llamar así a Zorroarín a quien, por otra parte, le pareció perfectamente natural—, tengo algunas cosas que decirle.

Se acentuaba el tono misterioso de Carlino que miró furtivamente a su alrededor. El Parque había encendido sus gloriosas luces y La Rueda de la Fortuna resplandecía contra el crepúsculo lila. Como quien sopla un fueguito, el maestro reavivó el rescoldo de entusiasmo de la noche anterior; interpretó que Carlino debía revelar algo de suma importancia y que esa revelación necesitaba un marco adecuado.

—Venga —dijo, tomándolo por el brazo.

Zorroarín pasó como si nada por la caseta de boletos y se sumergió con su azorado acompañante en una de las góndolas de Por los Canales de Venecia. Inmediatamente comenzó a sonar una canzoneta veneciana.

Apretujados en el estrecho asiento con baldaquino de seda lleno de borlas y drapeados, alumbrados por una mortecina y romántica luz rosada, comenzaron a navegar.

—Usted tiene algo que revelarme, amigo Carlino —dijo el maestro clavándole la mirada mientras hacía un gesto de comprensión—. Desde ya le digo que se ha ganado el día y que en cuanto salgamos de aquí procederé a pagarle con mucho gusto.

—Mire, profesor —Carlino deseaba confesarse; debía contar con alguien para la fuga que preparaba para esa misma noche, sin embargo no se animaba a pronunciar una palabra en esa dirección. Transpiraba. Iban muy ajustados con poca posibilidad de acomodarse; en ese momento, la góndola terminaba el recorrido del primer canal. Emergió del túnel y pasó bajo un pequeño puente arqueado, como de juguete, con barandas para enanos y farolitos. El cartón pintado de las paredes del túnel creaba la ilusión veneciana de edificios palaciegos. Una mujer que esperaba para sacar boleto los miró atónita.

Carlino recordó con alivio la libreta. Retiró un brazo que el profesor le incrustaba contra el respaldo y logró sacarla del bolsillo de la camisa.

—Mire, profesor, aquí tengo anotado todo lo de Ezpeleta.

—¡Maravilloso! —exclamó Zorroarín que no había esperado este tipo de argucia en Carlino; más bien tendía a considerarlo un muchacho simple. Nunca se termina de aprender, pensó—. A ver, a ver —dijo.

Carlino no alcanzó a abrir la libreta cuando ya el maestro tenía la nariz prácticamente sobre las hojas:

... hermosa muchacha  
de ojos azules  
tu voz melodiosa  
me lleva a las nubes

—No, no —arrebolado, Carlino se apuró a ocultar la libreta—, espere. —Leyó en la página uno—: 09:35 sale del baño y vuelve a su pieza; 10.30 sale de su pieza, deja la llave y sale a la calle. —Entre paréntesis, Carlino había anotado: (Lo sigo)—; 10:50 se detiene frente a las carteleras de La Rotonda Florida... este... mira las fotos de La Cantante Lírica; 11:20 entra en el despacho de bebidas de Pomorska y Mateyka. Se sienta en la misma mesa. Saca un pequeño libro del bolsillo y lee. Pide un vermut con salame y queso.

—¡Lee! —exclamó Zorroarín azorado—. ¿Qué lee?

—No sé, profesor, yo estaba en la mesa de la ventana.

—¡Está bien, prosiga! —gritó el maestro porque sonaba una tarantela furiosa.

—11:00 horas, guarda el libro en el bolsillo.

—¡¿Qué?! —se inclinó Zorroarín.

—¡Que guarda el libro!

Carlino cerró abruptamente la libreta. El maestro lo miraba, escrutador.

—¿No averiguó si hoy piensa venir por el Parque?

Carlino negó con la cabeza. Una pareja de enamorados avanzaba en sentido contrario en una góndola azul Francia; los jóvenes pasaron besándose. Carlino y Zorroarín salieron al aire libre del puente; por unos segundos el rock pesado de El Pulpo luchó contra la metálica tarantela *a tutti*. Carlino tomó aire. Se sumergieron

otra vez en la oscuridad con la lucecita rosa sobre sus cabezas, las borlas bailoteando entre los drapeados. Semejaban una delicada ilustración de biombo chino.

—Profesor, esta noche dejo momentáneamente el trabajo pero usted no se queda sin empleado, conseguí un buen reemplazante, Beauconseil, que hoy mismo se hace cargo de mi relevo. Es una obra de bien ya que se trata de una persona desocupada. Yo tengo que ausentarme por unos días. —Aquí Carlino bajó la cabeza—. No puedo decirle más.

Impávido, Zorroarín miraba la proa elevada de la góndola, un adorno tubular y rayado en blanco y rojo como los anuncios de las peluquerías. Una especie de chupetín gigante. En el cubículo los ojos del maestro habían adquirido un brillo extraño con un punto remoto de profundo regocijo. Zorroarín era un hombre con una virtud extraordinaria: se hacía cargo de inmediato de cualquier tipo de situación. Asimiló las novedades. Dio vuelta la cara. Carlino presentaba un curioso aspecto bajo la luz rosada, con el cuello enterrado entre los hombros robustos subidos y encogidos hacia adelante.

—A usted le pasa algo.

Carlino trató de desencajonarse y la góndola escoró en peligrosos balanceos. De todas formas, el canal era de una profundidad ridícula.

—No me diga nada —siguió diciendo el maestro ante el silencio medroso de Carlino. Se acentuaba el brillo de la mirada—. Usted es chancho. Me refiero al horóscopo chino. No necesito que me dé ninguna fecha, ninguna hora: lo supe desde que lo vi, por eso le encomendé el trabajo. Sepa que usted es un hombre bueno y que en cualquier momento puede contar con el apoyo de un servidor. —El maestro extendió la mano abierta. Carlino miró unos instantes la mano rosada sin comprender. Después la estrechó con tanto ímpetu que la góndola encalló en un costado del túnel donde se representaba una escena del carnaval de Venecia.

Terminó la recorrida y salieron a las luces del Parque. Volvieron a estrecharse las manos. Entre protestas efusivas de Carlino, el maestro le entregó la paga por un día de trabajo y algo más por si se presentaba una emergencia.

Zorroarín volvió al Laberinto y Carlino emprendió el regreso al Hotel Para Familias Pit donde, en cualquier momento, podía presentarse Beauconseil creando ansiedad y tal vez aprensión en el buen Jesús.

## Hotel para familias Pit, esa noche

—Jesús —dijo Carlino a la cara torcida del sereno—, éste es un amigo.

Beauconseil extendió la mano. Jesús, después de pensarlo un momento, la sostuvo de manera fofa y desconfiada.

Desembocaron en el patio colmado de estrellas que Carlino se detuvo a mirar. Beauconseil también miró hacia arriba, atento a todo lo que pudiera significar una manifestación de gentileza hacia quien, hasta ahora, y según lo que Beauconseil imaginaba, era su nuevo patrón. De pronto, Carlino se llevó el dedo a los labios pidiendo innecesariamente silencio, ya que Beauconseil no había pronunciado una sola palabra desde el momento en que, apostado tras un árbol de la vereda del Hotel Para Familias Pit lo vio llegar cabizbajo y, según le pareció, hablando solo. La claraboya de la habitación número trece estaba iluminada. Si Ezpeleta lo había visto a la mañana, pensó Carlino, mejor que no conociera a su próximo seguidor.

Entraron en la pieza de Carlino. Cuando el dueño de casa encendió la luz, Beauconseil emitió un silbido de admiración. Estudió detalladamente el fileteado multicolor de los puntos cardinales que adornaban cada pared. Se alejó unos pasos del de la Tierra del Fuego como para apreciarlo mejor desde allí y lo señaló moviendo el dedo índice como si no encontrara la palabra justa.

—¡Extraordinario! —dijo por fin—. ¡Qué filetes! Blanco hielo y turquesa...

Sinceramente modesto, Carlino apenas hizo un gesto de asentimiento, más bien por cortesía.

—Siéntese —dijo para sacarlo de la contemplación, señalándole una silla; pero Beauconseil ahora había quedado atónito ante la chapa de Dostoievsky y estaba como paralizado.

Impaciente, Carlino sólo esperó unos segundos. Le tiró de la manga y volvió a decir:

—Siéntese que no tenemos toda la noche, caramba.

Suspirando, Beauconseil ocupó su silla. Carlino arrimó la suya. Era una silla petiza, aparentemente demasiado débil para soportar el contundente cuerpo de Carlino; sin embargo, la silla se comportó como siempre. Era una silla de su pueblo, recuerdo de familia, donde se fabricaban especialmente para que la gente conversara en voz baja en las cocinas.

Lo mismo que cuando estaban de pie, sus estaturas, una vez sentados, quedaron desiguales. Ninguno de los dos pareció notarlos. Cortésmente, Beauconseil inclinaba el cuerpo flaco hacia su anfitrión. Carlino procedió a ponerlo al tanto de las obligaciones de su nuevo empleo.

—Y por qué no le pregunta directamente —dijo Beauconseil después de la minuciosa explicación.

—Las instrucciones son éstas —dijo escuetamente Carlino—. Lo toma o lo deja. Si lo acepta, puede vivir aquí mientras yo esté afuera. Tengo un asunto de gran importancia que resolver y me voy de viaje por unos días. Ah, le recomiendo que use, como yo, una libreta.

—Está bien, lo tomo, lo tomo, era nada más que una pregunta... —Beauconseil dejó vagar otra vez la mirada por los cuadros fileteados. Sus ojos se posaron después sobre la fotografía de cartelera de la cantante:

—Su novia.

Emocionado ante esa palabra que él mismo no se atrevía a pronunciar, Carlino asintió:

—Mi prometida —dijo, y, sin poder contenerse, como el que abre la compuerta de un dique, le contó todo.

—Lo felicito, es muy buena idea —opinó tranquilamente Beauconseil.

Carlino apoyó en silencio una mano sobre el hombro de Beauconseil. «Donde menos se lo espera se encuentra una persona comprensiva», pensó y sintió que no se había equivocado. Lleno de energía se levantó y fue a corroborar que la luz de la habitación de Ezpeleta siguiera encendida. Beauconseil miró por arriba de su cabeza.

—¿No tiene algo de música? —preguntó el contador de historias mientras Carlino buscaba en los cajones ropa y efectos personales y los guardaba cuidadosamente en un bolso de mano.

Carlino tenía una radio pero consideraba que era un elemento de distracción.

—De acuerdo —dijo Beauconseil.

Eran casi las nueve cuando oyeron la puerta al otro lado del patio. Efectivamente, Beauconseil debía entrar en acción.

Se despidieron con un apretón de manos deseándose buena suerte.

## Lisa en la rueda de la fortuna

Lisa rompió con los dientes la esquina de celofán y hurgó en el paquete hasta encontrar el rollo diminuto, sujeto con un aro de metal, como los mensajes de las palomas. Decía: *¡Oh, hija! ¿Qué dios te ha arrebatado? E.* Guardó el papelito en el bolso y caminó tranquilamente entre la gente, comiendo pochoclo. Se preguntó qué le quería decir esta vez el mensaje de la suerte. ¿Qué querría decir E.? También otras veces le habían salido palabras extrañas. Aunque se esforzaba, Lisa reconocía que no era rápida para asociar esas frases misteriosas con los incidentes de su vida. Lo único que le gustaba era el Parque, caminar sin rumbo entre la gente hasta la hora del Dancing Park.

Algo más urgente la reclamó. ¿Y si hoy no pasaba? Lisa se hacía esa pregunta todas las tardes. El mundo se desplomaría y caería en la oscuridad total, dominaría el caos y nadie podría reconocerse entre sí. Miró a su alrededor alarmada. La gente parecía espolvoreada de ceniza, los cuerpos se movían con lentitud, los gestos entristecían. Era el momento en que las barracas, las maquinarias, las poleas ocultas y las armazones de hierro, las tracciones mecánicas, los asientos suspendidos en el aire y las fachadas tristemente pintadas adquirirían el vago aire marchito de ilusión a punto de desaparecer, como fantasmas inanimados de un sueño que declina lentamente hacia la pesadilla. Los gestos y las voces de la gente y de los solitarios del parque que Lisa detectaba de inmediato, se llenaban de oscuros designios, no terminaban de esbozarse o abortaban en trunca aquiescencia y Lisa sabía que cada uno, en el fondo de su corazón, sentía como ella que había vivido para nada, que su vida era un hilo negro en medio de la oscuridad. Hasta los chicos percibían ese desasimiento, corrían unos pasos y se detenían, desorientados, y los que estaban besándose experimentaban como algo maligno la incomodidad de sus cuerpos y la inexperiencia de sus manos. La tensión creció todavía unos segundos más. La congoja le apretó a Lisa el pecho. ¡Pero ocurrió! Volvió a ocurrir y el fuego de las luces la empujó hacia adelante. Millones de luces, blancas, rojas, azules, esmeraldas crecieron y se lanzaron como rayos cruzados, como espirales, como collares, hacia cada rincón del Parque y mucha gente aplaudió. La Rueda de la Fortuna, más gloriosa que nunca cada noche, comenzó su iluminada vuelta para ella sola, llamándola. No existía otra felicidad como aquella, solitaria y a la vez compartida con todos, pensaba vagamente Lisa sin saber que pensaba porque estas sensaciones no se formulaban de manera clara y distinta en su mente sino que permanecían en estado de latencia, bullendo despacio, sin violencia pero con fuerza, debajo de sus ojos tranquilos y del pochoclo que regularmente se llevaba a la boca con cierta actitud mecánica o ausente de muñeca. Pasó sonriente, ahora todos sonreían, junto a la Barraca de Tiro. Las uñas granate de Miss Lizzie tamborilearon en el aire saludándola y sus pestañas indolentes abanicaron

a un joven de camisa a cuadros y sombrero tejano que se llevaba la carabina al hombro. Dos solitarios la saludaron con una inclinación de cabeza. Bajo la Rueda gigantesca, extendió el pase y ocupó, sola, su banco para dos. Colocó la traba y esperó. El asiento subió, se meció y volvió a quedar quieto. Cabezas y pies se movían abajo; una cara vuelta hacia arriba. La Rueda volvió a girar y su asiento quedó en la cúspide, suspendido sobre el Parque, acunado por el viento del crepúsculo. Lisa se aferró a la traba de hierro, el vestido lila azotaba la madera del asiento. Desde allí se intuía la inmensidad del Parque, pero eso no lo pensó Lisa, era parte de un conocimiento nebuloso que no necesitaba expresarse. La lejana, casi indiscernible, Puerta Oeste retenía los últimos resplandores del sol que ya se había ido; las avenidas diagonales convergían en el centro como ríos repletos de peces fosforescentes. Miró, más allá del límite, la brumosa Puerta Sur; distinguió el contorno oscuro de los techos de la taberna y la parte alta de la torre donde, en ese preciso momento, se iluminó la diminuta ventana. Por un segundo, como imantadas, todas las luces irradiaron en la dirección del mirador. «La taberna y, en el mirador, el maestro Zorroarín», recordó Lisa que había dicho Marco. Se quedó absorta, el paquete de celofán abandonado sobre la falda. El borde sur era una raya de oscuridad que se ensanchaba o se adelgazaba como una grieta a lo largo del enorme, inmemorial muro junto al cual se perdían las barracas más misteriosas. El asiento se balanceó bruscamente, despertándola. Un día lo conocería todo, pensó Lisa, mientras sus dientes jóvenes volvían a triturar pochoclo con determinación, sabría cómo era cada una de ellas, entraría sin temor en las tiendas de los gitanos, en los juegos de azar, en las barracas sombrías adheridas a las últimas piedras del muro donde extrañas criaturas de los confines realizaban juegos secretos que cambiaban la mente. Falta mucho tiempo para eso, pensó Lisa, pero antes puede pasar algo, debe pasar algo... y se despreocupó de inmediato porque la Rueda comenzó a girar y su grito se sumó al de los que en cada asiento experimentaban el mismo vértigo. El pelo oscuro levantó vuelo y la pollera le subió por los muslos. La Rueda la mandaba hacia adelante y la sostenía engarzada en la comba de hierro como la perla de un anillo. Inclined sobre el vacío, descubría recovecos del Parque que le parecía que jamás había visto: las diagonales, el Laberinto, el cartel brillante del Dancing Park, las góndolas venecianas y abajo, con la cabeza torcida hacia ella, al hijo del dueño de la cadena de almacenes, el cargoso, que había aparecido junto a la caseta de boletos y le hacía señas de que la esperaba abajo abriendo y cerrando los brazos. Miró para otro lado, dispuesta a que nada le arruinara la diversión. Apretó el paquete y se dejó llevar. Cuando la Rueda cumplió el tercer giro y la depositó en tierra, Lisa supo que esa noche, a la salida del Dancing Park, debía ir a la Taberna de la Puerta Sur.

Mientras tanto, Marco, lejos de pensar en volver a su casa donde se sentía incomprendido, deambulaba cabizbajo por las calles del Parque. Se apostó en el Tiro al Blanco. Algunos interesados miraban de reojo a Miss Lizzie. Otros la miraban descaradamente, haciéndole visajes y señas.

—¡Siete tiros por boleto para hombres de puntería! ¡Siete tiros por boleto para los buenos mozos!

La voz ronca y burlona trajo a la mente de Marco escenas pasadas en la trastienda del tiro al blanco.

Ella le entregó la carabina. La mirada densa de Miss Lizzie lo acariciaba detrás de la sombra de las pestañas postizas. Patos de lata temblequeantes cruzaron de izquierda a derecha, recortándose contra el paisaje lacustre donde aves diversas volaban y flotaban. Se llevó la carabina al hombro sin prestar atención a la mano de Miss Lizzie que le acomodó el pelo detrás de la oreja. Pasó un pato robusto que Marco vio bajo la detestada forma de su rival; disparó una y otra vez. Acertó todo. El escote hondo de Miss Lizzie ceñido por una tela color leopardo, desapareció tras el mostrador y volvió a aparecer, mórbido entre collares, arrullando un pato de peluche.

—¿Qué pasa, cariño? —La larga uña granate recorrió la barbilla de Marco; las pulseras tintinearón. Marco besó levemente la uña y retiró la cara con una sonrisa. Tomó el pato que le correspondía y se alejó caminando despacio.

Mirándole la espalda, Miss Lizzie recordó siestas tórridas, no tan lejanas, tras el telón pintado. Parpadeó varias veces. Enfrentó a un hombre de guayabera y barba que sostenía el boleto a la altura de los ojos mirándola fijo. Miss Lizzie arqueó una ceja.

—¡Siete tiros por boleto para los buenos mozos con puntería!

La multitud arrastra a Marco que se deja llevar como un sonámbulo. Ni siquiera aliviaba su inquietud pensar que el maestro le había dado otra oportunidad. Todavía tenía esperanzas a pesar del deterioro de sus facultades. La certeza de su indisimulable declinación lo llevó al único pensamiento que lo absorbía. ¿Dónde estaría Lisa? ¿Había hecho bien la noche anterior al decirle que sabía que su padre miserable la empujaba al mejor postor? A Marco se le estrujó la garganta. Apretó los puños en los bolsillos; había algo más, sin embargo, que no alcanzaba a descifrar. Algo que estaba por encima de él, incluso por encima del padre vulgar y del detestado fanfarrón y que no terminaba de entender; era como si Lisa viera a través de ellos, un poco más lejos. Lisa era misteriosa. Parecía que no había nada a lo que ella pudiera tenerle miedo, sólo la mirada verde y enigmática indicaba algo más, algo siempre por descubrir, aunque Marco no alcanzaba a saber qué era. Con el pato bajo el brazo caminó sin rumbo, sofocándose en la impotencia. Escenas inconexas asaltaban su memoria. Lisa secándose el pelo al sol en el jardín de su casa; sentada en el pasto, comía maníes. Le había sonreído mientras el bretel de la blusa se deslizaba por el brazo sin que ella se molestara en subirlo. Lo miró a través del pelo que le caía sobre la cara. Cómo olvidar esa mirada, recordó Marco con un estremecimiento. Incapaz de una palabra, había levantado la mano en un saludo que ahora le parecía ridículo, tonto. Ella extendió la palma ofreciéndole maníes. Marco sintió el roce de la piel suave y caliente en sus dedos. Otra tarde, en La Rotonda Florida, Lisa y una amiga se habían sentado junto a él tomándolo por sorpresa. Con el gesto tranquilo que le conocía tan bien, ella se echó el largo pelo a la espalda, se inclinó sobre su

cuello y le dijo en un susurro:

—Cuando veas al caramelero por favor llámalo.

Marco alcanzó a tartamudear que sí y vio toda la película respirando apenas, con el cuerpo próximo de Lisa no ya en el cine, ni siquiera en la butaca: en su costado izquierdo, desde el pie hasta la cabeza, algo como una marca encendida e invisible que seguía sintiendo afuera, en la noche, cuando la función había terminado, Lisa había desaparecido y él caminaba solitario por las calles cercanas al Parque, incapaz de volver a su casa. Desde aquel día llevaba a Lisa consigo adondequiera que fuese y la chica del Dancing Park había terminado invadiendo el último reducto, el más inviolable lugar de Marco, donde, hasta hacía muy poco, había sido el indiscutido primer discípulo.

El rock ácido de El Pulpo lo devolvió a donde estaba. Brazos mecánicos subían al cielo y bajaban rasantes entre los chillidos de las quinceañeras que habían juntado coraje para subir y a las que Marco miró con indiferencia. La música de otros juegos y de las barracas vecinas palidecían bajo el estrépito del monstruo, entre los fuelles de los pistones y el traqueteo de los engranajes. Respiró hondo el ambiente enrarecido de vibraciones en el que flotaban el humo de los carritos de panchos y el olor dulzón de la nieve de azúcar. Los nervios le sacudieron el cuerpo, en un impulso estrujó el pato hasta hacerlo un bollo. Todo era feo esa noche. Los mirones, apiñados alrededor de la valla metálica esperando que la furia del Pulpo les levantara las polleras a las quinceañeras papanatas que cambiaban de color según el capricho de la consola. Con un sobresalto de ansiedad, Marco descubrió en la fila a Lisa junto al hijo del dueño de la cadena de almacenes. El idiota le decía algo al oído; ella se apartaba y llamaba al vendedor de helados. Marco se acercó despacio, sin que lo vieran. Lisa pidió uno de chocolate. Lo demás pasó vertiginosamente. Frente a los ojos atónitos de Marco, el fanfarrón caníbal tomó a Lisa por la muñeca y la arrastró fuera de la fila, hacia atrás de la empalizada. Lo último que Marco vio fue la mano de Lisa con el bombón helado y el vuelo del vestido. Corrió desbocado empujando a la gente; detrás de la empalizada, ráfagas de luz cortaban la oscuridad. Miró hacia arriba: a quince metros sobre su cabeza, la silueta negra del que manejaba la consola en la torre de hierro permanecía ciega y sorda a lo que ocurría abajo. El fanfarrón caníbal arrinconaba a Lisa contra la empalizada y le besaba babosamente el cuello. Lisa se defendía con el helado en alto. Marco tiró el pato a un costado, pasó como una exhalación bajo las armazones de hierro desparramando pedregullo y arremetió con furia ciega. Su rival asombrado se había dado vuelta. La mano abierta de Marco cortó el aire hasta estrujarle la camisa al caníbal y una vez que lo tuvo pegó un tirón tan violento que los pies del otro se despegaron del piso.

—¡No ves que está comiendo un helado, bestia!

Lisa, con la boca abierta, asimilaba la inesperada aparición de Marco. El ruido irregular de los motores era ensordecedor.

—¡Pobretón imbécil! —gritó el caníbal—. Nos estás espiando o qué. —

Retrocedió unos pasos.

—¡Dejala en paz!

Marco tomó carrera y se lanzó al ataque con la cabeza baja. La embestida produjo un sonido de fuelle.

—¡Pobretón! ¡No tenés dónde caerte muerto!

—¡Dejala en paz, mercachifle, no te le acerques!

—¡Vendediarios, tu casa es una pocilga, yo vivo en un chalé!

—¡Te rompo el hocico, caníbal!

Marco golpeaba sin retroceder. Lisa, como en trance, terminó de chupar el palito del helado mirando la confusa sombra de los que rodaban por el piso. Los dos rivales rodaron enardecidos hasta debajo de la plataforma. De lo alto de la consola goteaba aceite negro. Más arriba, el conductor de El Pulpo con los auriculares puestos, era una silueta poderosa e indiferente, manipulando palancas. La música rugía iracunda.

—¡Temblón, trémulo, tembleque! —gritó Marco.

—¡Te reviento la jeta, rebuscado! —gritó el caníbal.

Continuaban la lucha de pie. La cabeza del hijo del dueño de la cadena de almacenes retumbó contra el latón de la barraca. Tiró un manotazo de ahogado; el grueso anillo de sello se estrelló en la nariz de Marco que empezó a sangrar. Rodaron salvajemente por debajo de la empalizada seguidos por Lisa que sólo atinaba a decir: «¡Marco!». Los encegueció la luz. Los compradores de boletos, alarmados, se abrieron en círculo. Bajó un tentáculo y estuvo a punto de arrancarles la cabeza.

—¡Marco! —repetía maquinalmente Lisa, blanca como un papel, mientras la aglomeración la iba dejando atrás.

Algunos de los que miraban los arrastraron fuera del alcance de los tentáculos, seguidos por gran cantidad de curiosos. De golpe, una voz imponente sojuzgó todo lo demás:

—¡Circulando, circulando! —Era el encargado de seguridad y un ayudante. Levantaron a los contendientes como si fueran cáscaras de banana. Los rivales se miraron furiosos, el pelo revuelto y la ropa sucia. Las manazas del vigilante de El Pulpo los empujaron hacia lados opuestos.

Sacudiéndose la ropa, Marco volvió tras la empalizada a buscar el pato. Tenía la camisa rota y manchada de grasa y la nariz dolorida. No le importaba nada. Cuando volvió, Lisa había desaparecido.

## Aullidos y fuga

La perspectiva tortuosa del muro descubría, al fondo, la enorme y herrumbrosa doble hoja de la Puerta Sur, cerrada desde tiempo inmemorial. Remaches grandes como ciruelas asomaban oxidados, parcialmente cubiertos de musgo fino. Como un desprendimiento del muro del Parque, hecha de su misma materia, la silueta maciza de la taberna empinaba hacia la luna sus techos oscuros. El mirador, que repetía el grosor exagerado de las paredes, no resultaba ni gracioso ni grácil, pero la ventana en la cúspide, siempre cerrada, derramaba sobre el lugar un indudable misterio. Sobre la puerta de la taberna, el cartel, blanco en certámenes de puntería de la Hermandad, replicaba el diseño medieval de las fondas de los caminos: una barra de hierro de la cual pendía una plancha de metal que, en noches de tormenta, se mecía en el viento con inquietante chirrido: Taberna de la Puerta Sur. Algo en el aire presagiaba la cercanía del mar como si ondulasen por las paredes reflejos marinos, pero como otras fantasmagorías del Parque estaba destinada a confundir a los neófitos.

La Hermandad del Laberinto se reunía esa noche a tomar cerveza.

No es el mismo alumnado que ha podido verse en clase atisbando por las ranuras. Su aspecto sumiso ha cambiado y aquí y allá afloran ramalazos de individualidad y ambición. La Taberna está atestada de bebedores. En un rincón, la mesa de los del Laberinto se distingue por el alboroto. En este momento, Pestalozzi, extrovertido y audaz, pone una moneda en la máquina de música y se contonea sobre sus botas con los pulgares al cinto. Los ojos acerados brillan bajo el jopo rubio, engominado; el meñique luce un anillo de piedra negra. Los de la mesa brindan con vasos chorreantes de espuma que les alcanza Zhiago, el tabernero. Algunos tiran maníes al techo acertando en sus propias bocas abiertas como embudos. Cuando la algarabía empieza a levantar presión como un motor en precalentamiento, entra Marco. Sienta al pato en una silla, no saluda.

Se ha arreglado la manga de la camisa y tiene la nariz algo hinchada. Los suspicaces ojos de la Hermandad no dejan de percibir que ha tenido una gresca. Haciendo gala de una actitud de especialista, el adelantado interrumpe la danza leñadora para gritar:

—¡El guiñapo humano!

Risas exageradas acompañan la sentencia y se pide otra vuelta de maníes y papas fritas para recibir al rezagado.

Uno de ellos, de pelo crespo, cuyo padre era contador público y cuya madre calzaba el número cuarenta y cuatro, motivo por el cual, siempre inquieta y descontenta, hostigaba sin descanso a su hijo con la ansiosa esperanza de que se recibiera de una buena vez, abrió el fuego:

—Apuesto lo que quieran a que sé por quién fue.

—No fue por Miss Lizzie —se oyó en falsete.

—Fue por alguna quisquillosa de grupa esquivada —dijo el pelirrojo pequeño y avieso, dejando fluir de su boca anillos de humo, ofensivos y perfectos.

Sin contestar, Marco clavó los ojos en el vaso, con gesto adusto. El pato permanecía en su silla, un poco apartado de la mesa. Desde el otro extremo, el adelantado lo miró socarrón.

—Déjenlo, odia hablar de su vida privada. Pero puedo adivinar que se trata de una emergencia, no me engaño: Marco, el inteligente, se ha enamorado y sufre las consecuencias: embotamiento, estupidez general y creciente quebranto de sus facultades. Tiene miedo. Su miedo es un animal con cuernos.

Era muy difícil que algo pasara desapercibido a los ojos ejercitados de los alumnos de Zorroarín, y todos, sin excepción, lo sabían. No fue eso lo que los excitó, sin embargo. Había otra cosa. El adelantado acaba de violar la regla número uno de la Hermandad: no emplear nunca el entrenamiento con un miembro del grupo. Cierran la boca y miran a Marco que se levanta despacio de la silla. Con gesto preciso, arroja a la cara de Pestalozzi la cerveza que queda en su vaso. Pestalozzi, a su vez, se pone de pie y, maldiciendo, le arroja a Marco la que queda en el suyo. Marco lo agarra por el pescuezo; sin acobardarse, Pestalozzi hace lo propio. Las caras rojas chorreantes de cerveza y los ojos encapotados quedan a escasos centímetros.

—No te metas conmigo —gruñe Marco con los dientes apretados.

—¿Y la Hermandad? —dice Pestalozzi, los ojos furiosos clavados en los de Marco—. ¿No hubo un acuerdo hasta el fin?

Los demás se interponen. Se aflojan las manos, Pestalozzi vuelve a su actitud displicente.

—De todos modos, a mí me conviene. —El adelantado se encogió de hombros y enarcó las cejas—. El maestro me observa. Es más, en el examen de hoy tuve un lugar, digamos, aventajado... mientras que otros...

Marco permaneció taciturno ante los ojos expectantes de sus camaradas. Hasta Pestalozzi lo miraba con curiosidad.

—Pestalozzi ha violado la regla número uno y eso merece un castigo —dijo solemnemente uno alto y delgado cuyos padres se dedicaban a la cría de aves de corral y observaban la religión cuáquera.

La tensión creció como un globo llevado al límite de su capacidad. El aire enrarecido por el humo y la súbita expectación podía cortarse con una navaja. El ofendido tenía derecho a elegir el castigo, cualquiera que éste fuese.

—No importa —dijo Marco, al cabo de una tirante espera—. Déjenlo.

Se restituyó una calma torva y pidieron otra vuelta.

—Seguramente hay un rival, algún comerciante brutalmente enriquecido —volvió a hablar el adelantado; parecía no abandonar su ánimo de provocación o su interés por sacar a Marco de la apatía. Extendió el torso sobre la mesa—. No tenés más que decirlo —con un gesto indicó a la Hermandad, pero sus ojos estaban fijos en los de

Marco.

—Puedo arreglarme solo —Marco empujó el jarro.

Pestalozzi les dio la espalda y fue a poner otra moneda en la máquina. Desde allí giró como un rayo, desenfundó y los acribilló, gesto a todas luces conciliador que desencadenó una batahola infernal.

—¡La Hermandad ante todo y sobre todo! —gritó el pelirrojo pequeño y avieso.

Las manos tabletearon un compás atronador sobre la mesa. Boris, cuyo padre era un emigrante ruso de la primera posguerra y su madre un ama de casa con desórdenes psicológicos, voló al claro y ejecutó entre gritos animalescos una danza cosaca punteada por frenéticos saltos y el empujamiento de un balón de cerveza. Varios se sumaron a la pista improvisada mediante arrastre de mesas y sillas de parroquianos desbancados.

—Si este efecto les causa rebajada... —escandió Zhiago, detrás del mostrador; la música ahogó sus palabras.

También Marco, que poco a poco conseguía pasar al trasfondo de sus pensamientos la escena vivida en El Pulpo —no así una sensación persistente de amenaza, de que algo irremediable ocurriría con Lisa, sensación que no podía asociar con nada específico—, se sumó al escándalo general.

—¡Duelo a muerte! —gritó el delgado cuáquero.

Pestalozzi y Marco sostuvieron entonces un duelo de saltos a ras de piso. Por dos saltos, ganó Marco: humillante derrumbe del adelantado, quien, tirado en el suelo, exhausto, escondía la cara en el brazo. Marco se tomó el balón sin respirar. Pestalozzi admitió con decencia moral pero a regañadientes la indudable superioridad de su discípulo, aún en pie a pesar de su absurda pasión por la chica del Dancing Park.

Volvieron a la mesa y pidieron otra vuelta. El pato permanecía en su silla.

—Salgamos a practicar —propuso, apenas recuperado el aliento, el pelirrojo pequeño y avieso cuyo padre se desempeñaba como oficial de sastre y cuya madre era instructora de yoga pasando, en el momento de este relato, por su octava reencarnación.

—¡Aprobado! —gritó Pestalozzi entre manotazos que corrieron mesas y sillas.

Salieron a la comba de la noche y quedaron un momento en silencio congregados bajo el cartel de la Taberna de la Puerta Sur, mecido apenas por la benigna brisa nocturna. Unos se desperezaron, otros fueron a hacer aguas bajo los árboles centenarios que alzaban la corpulencia de sus copas a lo largo del muro del Parque. Todo era quietud en aquella alejada zona.

Marco, con el pato bajo el brazo, miró las estrellas y recayó en la melancolía. Sus ojos chocaron con la silueta muda del mirador, la ventana cerrada, en lo alto. Como una flecha, el recuerdo de Lisa se clavó a esa ventana, inexplicablemente. Fue un segundo. Boris le pasaba ya el brazo sobre los hombros y lo empujaba a seguir a los otros.

—Debes venir, oh Marco amigo. Déjate guiar por tus jodidos camaradas.

Subieron la vereda alta del paredón. Los plátanos describían una curva hacia el cielo dándole a la calle la apariencia de un túnel. Con un salto acrobático, Pestalozzi se pegó al muro; junto a las piedras inmemoriales, su estatura parecía insignificante. Destellos lunares traspasaban las ramas, iluminando la cara del adelantado, quien se puso un índice sobre los labios.

—Hay que encontrar el sitio —susurró y apoyó la oreja contra el paredón, como si lo auscultara—. Sólo eso, dar con el lugar adecuado y el Parque revela su secreto.

—No lo revela —dijo cautelosamente el delgado cuáquero desde la sombra—. Si nos revelara el secreto no sabríamos qué hacer.

—¡Sabríamos! —dijo Pestalozzi intentando soterradamente ganar puntos después de los saltos fallidos—. Lo peor sería que no nos revelara nada, lo cual, en definitiva, es lo mejor.

Atropellándose en la oscuridad, el resto de la Hermandad pegó la oreja al paredón. Por unos segundos, el chirriar leve del cartel de la Taberna de la Puerta Sur y el murmullo del viento en la copa de los plátanos fueron los únicos sonidos en el silencio pacífico de la noche.

—Se oye el mar —murmuró con los ojos cerrados el delgado cuáquero.

—Yo distingo caravanas en marcha —el pelirrojo pequeño y avieso parecía hundir su cabeza entre los enormes bloques.

—Es un tren —murmuró el de los rulos—. Un tren de montaña.

—Me suenan sirenas de barcos y el inquieto movimiento de la gente en el muelle —dijo Boris.

Marco no se animaba escuchar. Le pesaba la advertencia del maestro. ¿Y si el Parque no le decía nada? Temblando se alejó hacia una zona de oscuridad más densa. Acercó la cabeza temerosa y la apoyó suavemente en el muro. Lo estremeció el frío de la piedra. Una música remota se hizo cada vez más próxima, más reconocible. Música de jazz: un clarinete, un saxo. Una voz nasal de micrófono lejano y helado, gritó con falso entusiasmo: ¡Cotillón de Medianoche! Marco se apartó de un salto. Quedó absorto, el corazón latiéndole desaforado. Entonces era cierto: solamente registraba aquello que tenía que ver con Lisa. Apretó el pato bajo el brazo con desesperación. Boris y Pestalozzi se acercaban intercambiando emociones. Lo arrastraron tras ellos.

La Hermandad se alejó de la Puerta Sur hacia otros bares y otras calles; apenas empezaba la madrugada y, si bien el Parque no había revelado ningún secreto, era posible que la noche deparara todavía algo de interés. Entre las sombras, se perfiló una silueta vacilante.

—¡Un beodo! —exclamó el de pelo enrulado.

—Muy fácil —susurró el pelirrojo pequeño y avieso.

—Demasiado —bostezó el delgado cuáquero.

—Indigno —opinó Boris.

—Boris, muchacho —insistió el enrulado—. ¿Es posible que no aprecies esta

elemental ocasión de práctica? No desdeñar lo elemental, ha dicho el maestro Zorroarín.

A pesar de las protestas desganadas, apostados tras la ochava, esperaron. Un aullido de lobo taladró la noche infinita. Como alcanzado por un rayo, el hombre cayó sentado. Al reanudar la marcha, despejado y con los ojos muy abiertos, un tic nervioso le impulsaba la mejilla hacia la oreja.

Satisfecha, la Hermandad se escabulló en la sombra, sin apuro.

Carlino, a medio camino entre el Hotel Para Familias Pit y La Rotonda Florida, oyó, lejano, el siniestro aullido y quedó en suspenso. Prestó atención unos segundos, pero el silencio reinó sobre la oscuridad. Deslizándose como sombra furtiva llegó hasta el callejón aledaño al Teatro. La oscuridad lo tragó. Cuando sus ojos se acostumbraron a la negrura comprobó que allí estaba la camioneta que serviría a sus propósitos. Sin ningún ruido que lo delatara (Carlino llevaba zapatillas) se acercó y abrió con presteza y habilidad (manejaba bien la ganzúa) la puerta delantera. Dejó el bolso sobre el asiento y se dedicó a inspeccionar la parte trasera carrozada: un baúl considerable ocupaba un costado; estaba abierto y contenía vestuario teatral. Había también unos rollos de lona apilados a lo largo del otro lateral. Cerró la puerta, pasó por encima de los asientos y tiró del gancho del capó. Bajó con una linterna e inspeccionó el motor: todo parecía en orden. Volvió al asiento del conductor y buscó bajo la consola los cables para hacer contacto. Los encontró. Después cerró todo y se dedicó a dar una vuelta por el lugar, precaviéndose de cualquier posible sorpresa. En la puerta de emergencia del teatro volvió a dejar una esquela: *La camioneta será devuelta sin daño, a la brevedad*. Todo permanecía en perfecta calma. Carlino volvió a la camioneta. Con las manos tras la nuca, se acostó confortablemente en los asientos delanteros. Esperaría hasta el alba.

Difícilmente pudiera encontrarse un hombre más satisfecho que Carlino. Consideraba que su intento frustrado de asalto y aproximación física a la cantante lírica no había sido totalmente en vano. Le había dado la oportunidad de conocer la disposición de la casa, el pasillo, el dormitorio... Volvía, como en un sueño, al rumor de los chapoteos, a esa voz maravillosa, filtrándose por debajo de la puerta del baño como una hebra de oro... Lo sobresaltó un nuevo aullido, lejano pero nítido, que se multiplicó en ecos siniestros. Desconcertado se incorporó y miró alrededor: todo seguía igual y tranquilo. Quedó alerta unos momentos. Volvió a dormir.

Casi en el alba, unos gruñidos salvajes lo despabilaron por completo y lo dejaron tieso en el asiento. Carlino no era hombre de asustarse fácilmente, sin embargo la sorpresa le había erizado la piel. Con la linterna de bolsillo enfocó el callejón. Nada. Enfocó su muñeca y de inmediato recuperó la lucidez. Fuera lo que fuese el monstruo que estuviera merodeando, él ya no tenía tiempo que perder. De espaldas contra la doble puerta trasera, empezó a empujar la camioneta hacia la calle.

—¡Eh! ¡Le damos una mano!

Un grupo de jóvenes trasnochados se acercaba por la vereda del teatro. Carlino

los enfrentó realizando enérgicos gestos con las palmas hacia adelante, como para aplacar cualquier posible tumulto de consecuencias desastrosas para su propósito.

El grupo queda inmóvil un momento. De inmediato la percepción general se agudiza, y la Hermandad (el lector ya ha adivinado que de ellos se trata) se reordena gestálticamente. Las intuiciones individuales se potencian entre sí y confluyen en una sola decisión no pronunciada: hacer alguna cosa con cualquier cosa que ocurra. Todos, al unísono, emiten chistidos y, en puntas de pie, van a colocarse en posición de empujar. Marco introduce el pato en su espalda, por debajo de la camisa, lo que le otorga un abrupto perfil de jorobado. El pelirrojo pequeño y avieso hace enérgicas señas al boquiabierto Carlino para que se haga cargo del volante. Carlino, desconfiado, permanece indeciso repitiendo el gesto de «calma» para ganar tiempo y pensar; pero el coro silencioso lo induce imperiosamente a subir a la camioneta. Boris, de perfil, gesticula frente a las narices del raptor, haciendo girar un volante imaginario. Resignado, Carlino sube al asiento del conductor; los jóvenes le han impedido hacer contacto con los cables, lo que es mejor, pero ¿adónde llevará todo esto?, se pregunta, temeroso de algún escándalo que eche por tierra su plan. No tiene más tiempo para reflexionar. Ya ruedan, están rodando, silenciosos. En la calle, la velocidad aumenta gracias a una inesperada pendiente. Carlino maniobra. No tiene más remedio que enfilar hacia la casa de la cantante lírica.

Las cinco de la madrugada, según Carlino ve en su reloj. A los costados de la ventanilla, los árboles se deslizan como sombras de árboles, apenas tocados por la luz del alba. La camioneta rueda, aunque ya no con el impulso inicial. A media cuadra de la casa de la cantante, Carlino hace señas desesperadas para que se detenga la marcha. Jadeantes, los de la Hermandad obedecen. Algunos se sientan en el cordón de la vereda, otros se apoyan sin resuello en la camioneta y se desabrochan los botones de las camisas. Carlino baja, y ellos, jadeantes, lo rodean: evidentemente necesitan una explicación. Y el raptor nocturno, ya más confiado, va a empezar a dársela, cuando, sin previo aviso, la ventana de la casa se entreabre y una mano regordeta asoma. Para estupefacción de los presentes, que ignoran haberse detenido en un lugar particular, Carlino corre, cruza el jardín y se cuelga del marco de la ventana. Los cruzados quedan atónitos; son sólo unos segundos de reacomodamiento veloz.

—Es de presumir que esta escena asombrosa se fundamente en alguna razón, oculta aún a nuestros perspicaces ojos.

Pestalozzi ha hablado con acento claro y concepto preciso, sintetizando el pensar general. Recuperada la palabra, la Hermandad comienza sus apuestas y profecías.

—Es un prófugo.

—Asalto con escalamiento.

—Entrega de vehículo robado.

—Una serenata.

—Enloqueció.

—Se olvidó las llaves.

—Va a fugarse.

La Hermandad asiste a la trabajosa conversación de Carlino con alguien invisible. La conferencia dura algunos minutos. Los del Laberinto elevan los ojos al cielo, se sientan en el cordón de la vereda, Marco inspecciona el pato, otros embocan maníes. De pronto, un movimiento diferente: algo singular está pasando por el lado de la ventana. Todos miran, asomándose discretamente por detrás de la camioneta.

—Le alcanzan una sombrerera.

—Bultos de viaje.

—Le pasan una valija.

Carlino acomoda estos elementos en el suelo y mira furtivamente a derecha e izquierda. En ese preciso momento, la ventana se abre de par en par y la Cantante proyecta fuera su voluminoso cuerpo, para maravilla de quienes, allá abajó, estiran sus cuellos a más no poder y casi no respiran. La operación es riesgosa, la ventana está como a dos metros. Carlino tiende audazmente sus brazos mientras la cantante realiza, con los suyos movimientos de molinete.

Crece la ansiedad en el grupo que sigue, una a una, las peripecias de la ventana.

—No va a poder.

—Doble contra sencillo que hay derrumbe.

—Va a poder. La levanta en vilo.

—Sucumbe en el intento.

—Sale triunfante. Es fuerte.

—Parece que no puede.

—Ha llegado el momento de intervenir.

El delgado cuáquero abre veloz la puerta trasera de la camioneta y busca febrilmente algún elemento que pueda ser de ayuda; los demás, adivinando la intención, lo apuran palmeándole con nerviosidad la espalda y el culo. El delgado cuáquero saca por fin uno de los rollos; con ayuda de Boris, lo despliega sobre la calle. Se trata de un telón de fondo, parte de un decorado teatral de tema bucólico. Todos miran la lona con aprobación: representa un lago de montaña bordeado de pinos; a lo lejos, en medio del lago, una isla brumosa se eriza en las almenas de un castillo normando; al frente, un chinchorro varado en la playa pedregosa. La estatua de una robusta joven de túnica, a la izquierda, parece arrojar al viento semillas que lleva en una bolsa; a la derecha, se ve una glorieta con un banco de piedra donde alguien ha olvidado un violín de Cremona. El cielo muestra las características nubes rosadas del crepúsculo. Un sendero de margaritas silvestres se abre hacia el espectador.

—Resistirá —comprueba Marco, mientras Pestalozzi toma la lona por el otro extremo.

Corren junto a la ventana y llegan cuando Carlino ya desesperaba de su empresa. Los mira hacer con alegría en el corazón. Se intercambian imperativos gestos de

silencio y, en un esfuerzo conjunto, la Hermandad en pleno despliega el telón de fondo. La cantante lírica cae sobre el lago. Las mandíbulas y los bíceps de los jóvenes se tensan como si fueran de acero. El delgado cuáquero rueda por el jardín: es la única baja. Ella se pone de pie, socorrida por la mano atenta del enamorado Carlino que, sin poderse contener, la besa. El grupo de los raptos da silenciosas y elocuentes patadas en el suelo. Giran sobre sí mismos, se palmean las nalgas y embocan maníes. Rápida y eficazmente, unos vuelven a enrollar el telón de lona pintada que no ha sufrido daños aparentes y lo cargan al hombro; otros acarrear el equipaje de la cantante. El pelirrojo pequeño y avieso corre con la caja de los sombreros. Los enamorados han quedado mirándose; pero una lluvia de chistidos los hace volver abruptamente a la realidad.

Carlino es ahora todo eficiencia: abre la puerta delantera de la camioneta, acomoda a la cantante en el asiento y cierra; se zambulle bajo el volante y busca los cables. Los parabrisas giran enloquecidos. Vuelve a intentar: la bocina estridente los deja a todos paralizados. Finalmente lo consigue. La camioneta bulle con un decidido Carlino al volante. Asomado a la ventanilla se despide de sus inesperados secuaces, estrechando manos y palmeando hombros. Hace lo que puede para demostrar su gratitud. Por último, ante un posible desmán de la Hermandad, cada vez más entusiasta, cierra la escena con un gesto tajante que exige silencio y pone primera.

—Yo lo conozco, de dónde lo conozco —murmura el pelirrojo pequeño y avieso.

Otros bostezan. Otros embocan maníes.

La camioneta desaparece a lo lejos y la calle queda silenciosa y desierta. Sólo los pájaros tejen sus gorjeos en las copas de los árboles, anunciando la actividad del día. De un momento a otro, va a amanecer. Los demás personajes de esta historia duermen, menos Ezpeleta.

Somnolientos, arrebujados, cabizbajos, los de la Hermandad regresan lentamente a sus casas. El rapto les ha dejado un sabor extraño en el corazón y unas efímeras ansias de aventura que ninguno confiesa. Se van alejando, despidiéndose silenciosos en las esquinas, mientras en otro capítulo, en otro lugar y a otra hora, la noche recién empieza.

## Ajenjo y Noches de Budapest

—Mire. Es prodigioso. —La voluminosa espalda de Mateyka se recortó en la ventana contra el cielo crepuscular. Tras la línea cenital de los hombros, tímidas estrellas desaparecieron en cuanto el cuerpo se movió. La Rueda de la Fortuna acababa de encender las luces y desde allí podían verse los asientos meciéndose suavemente, subiendo hacia la noche. Vertiginosa como un relámpago, La Montaña Rusa se desplegó al borde del horizonte. De perfil, la cara del patrón devolvió el lejano resplandor—. Jamás podría dejar de contemplar este espectáculo, sería como si la vida se apagase.

—Las vidas se apagan —opinó Zorroarín— pero el Parque sigue.

—Es intrincado, incomprensible.

—Incomprensible no. Lo he visto desde arriba, se arma perfectamente.

—La primera vez que entramos con Pomorska, era así, exactamente, como una estrella que llama a su centro. —Apuró la copita—. Pomorska ya lo sabía en Europa, antes de la guerra, me lo contó aquella noche. Sabía que se iba a encontrar con otro Parque. —Quedó un momento en silencio—. Dicen que hay una taberna antigua, cerca de la Puerta Sur. —Mateyka miró a Zorroarín que miraba a lo lejos La Rueda de la Fortuna—. Allí, como en Delfos, está el enigma. No creo que haya efigie pero dicen que alguien lo develó. —Volvió a clavar la mirada en el maestro.

Zorroarín se había vuelto abstracto, meditaba vaya a saber en qué con la mirada perdida en la Rueda. Cuando después de un rato Mateyka, sumergido en su propio mundo, se había olvidado de su interlocutor, cosa que les ocurría con frecuencia durante sus conversaciones, el maestro pudo quitar los ojos del Parque que ahora, a lo lejos, era una total revolución de luces. Dijo:

—Hay un mundo visible y otro invisible, y eso es todo.

Entró Ezpeleta y tras él Beauconseil.

Beauconseil detectó un ambiente ligeramente sombrío a su llegada a Pomorska y Mateyka. El bar le causó, sin embargo, una excelente impresión con los veladores íntimos del reservado, la madera oscura de las mesas y la boiserie, los bronceos y los espejos biselados. Se quedó unos momentos deleitándose en todo aquello mientras daba tiempo a Ezpeleta a que se sentara. En una mesa junto a la ventana, el patrón —lo identificó por el moño a pintas y el modo de sentarse—, y un hombre de apariencia taciturna conversaban en voz baja. En ese momento, el patrón se levantó, cruzó el local y, por detrás del mostrador, accionó la palanca general: para gusto del contador de historias, el despacho de bebidas brilló por los cuatro costados. Beauconseil se acercó a Mateyka.

—Buenas noches, ¿me podría decir si ya estuvo o si vendrá el señor Zorroarín?

Mateyka lo estudió unos segundos. Rodeaba a Beauconseil un aire ligeramente

familiar que evaporaba todo tipo de sospechas. No creía que fuera el mejor momento para entablar una conversación con el maestro, pero igual le indicó con la cabeza la silueta contra la ventana.

Beauconseil fue hacia la mesa. Aprovechó el trayecto para observar a Zorroarín: de unos cincuenta años, delgado, pelo oscuro y ojos tormentosos. Tenía el aspecto de un hombre que ha recorrido un largo camino a pie y ahora se encuentra frente a un vaso de vino con la cabeza vacía. Cuando Beauconseil estuvo a su lado, Zorroarín levantó la cara.

—Buenas noches. Me manda Carlino. Mi nombre es Beauconseil.

Zorroarín lo miró fijo, como si no comprendiera lo que acababa de oír.

—Tuvo que ausentarse y me dejó el trabajo que usted le encomendó.

Zorroarín echó una rápida mirada a Ezpeleta.

—¿Alguna novedad? —preguntó de golpe; en sus ojos volvía a brotar un apagado regocijo, reflejo retrospectivo del viaje en góndola.

—Ninguna. Espero que en las próximas horas se produzcan novedades interesantes.

—¿Le parece? —dijo el maestro alzando las cejas.

—Me manejo con la intuición —respondió con tranquilidad Beauconseil. Descubrió el Parque a lo lejos y se quedó absorto—. Una vez quise irme y acá estoy de vuelta —murmuró como para sí.

—Me parece bien —dijo Zorroarín que no lo había escuchado—; prosiga con sus ocupaciones.

La desgarrada silueta del contador de historias le dio la espalda y se alejó hacia la mesa de Ezpeleta.

«Este cruce es casi tan interesante como el anterior; mucho más interesante», pensó Zorroarín, «casi infinitamente más interesante». ¿Qué podría surgir entre Ezpeleta, opaco y terrestre, y este personaje de cabeza aérea y pies a una cuarta del piso? «Esperar y ver», se dijo el maestro, mientras soplaba el rescoldo de un principio de entusiasmo. La realidad devolvía con olas fatigadas algo curioso a la extensa playa de su apatía, y lo encontraba siempre dispuesto. Ahora lo intrigaba más ese encuentro estrafalario que el supuesto misterio que ocultaba Ezpeleta. «Las relaciones entre los seres», se dijo Zorroarín, «sobre todo entre los antagónicos, ¿no eran acaso un misterio?». Vio cómo el patrón depositaba los platitos de salame y queso en la mesa de Ezpeleta. El gesto sosegado y familiar de Mateyka terminó de espantarle tristes pensamientos. ¿En qué andaría el bueno de Carlino?

Desechó lo superfluo y volvió a la noche tras la ventana y al Parque a lo lejos. Se abocó al único pensamiento que lo absorbía por completo. Según Mateyka, esa noche tal vez se produciría lo imposible: la bajada de Pomorska al local.

Durante años Pomorska había permanecido recluido en el piso superior del Despacho de Bebidas. Diversas y heterogéneas excusas lo retenían indefinidamente en aquel reducto privado, accesible sólo a su inseparable amigo Mateyka, compañero

de penurias en la trágica huida de Berlín, en 1940. El maestro se recostó en la silla como para recordar mejor. Había visto a Pomorska sólo dos veces: la primera, quince años atrás, cuando el local era un salón desierto, sucio y abandonado, de ventanas condenadas. La segunda, dos años después de aquella noche. Los dos encuentros habían bastado para que Zorroarín supiera que Pomorska y Mateyka conocían la milenaria tradición del Parque. En Pomorska no había hecho estragos todavía el desorden polígloto y podía comunicarse. Vino a su mente embebida en nostálgico placer y como envuelta en bruma, aquella noche lejana a la que el tiempo había otorgado un curioso halo de ceremonia inicial. Pomorska, de mediana estatura, delgado, de sobretodo largo y oscuro y sombrero gris, hablaba repantigándose en la silla, cruzando un brazo por sobre el respaldo y mirando oblicuamente al interlocutor. El repantigarse en la silla había sido la segunda noche, se corrigió Zorroarín, ya que aquella primera vez no había sillas donde sentarse en el futuro despacho de bebidas, apenas unos escuálidos cajones de fruta alrededor de una mesa destartada, sobre la cual las copas verdes de ajeno competían en equilibrio con las velas. El local, antiguo y lleno de dignidad pero abandonado a la humedad y a los diarios viejos, que los dos compatriotas acababan de comprar por intermedio de Zorroarín para establecerse, fue el lugar secreto de ese encuentro donde los tres hablaron como conjurados a la luz de las velas renovadas una y otra vez por Mateyka sobre montículos de cera que el transcurrir de las horas iba convirtiendo en extravagantes candelabros.

—*Natura abhorret vacuum* —decía Pomorska girando por el salón en penumbra, con los brazos abiertos y la copita de ajeno en la mano—. La naturaleza aborrece el vacío; esto hay que llenarlo con algo, pronto —señalaba las paredes, el largo y silencioso mostrador de caoba—. Es un principio de la física antigua pero todavía vale, especialmente para la naturaleza humana. Horror al vacío. Hay que poner gente en este bar, gente con historias. ¡Horror al vacío! —graznó desde un rincón al que había llegado dando pasitos de baile. Mateyka y Zorroarín rieron.

—Guerras, tragedias, lo que sea con tal de que no haya vacío. Ni vacío afuera ni vacío adentro. Usted lo sabe bien —había dicho Pomorska dirigiéndose a Zorroarín, Mateyka asentía, sonriente—. Usted sabe descubrir esos meandros. La gente, como la vida, es misteriosa, pocas veces se muestra. O se muestra todo el tiempo y nosotros no lo vemos. Estamos llenos de niebla.

—El miedo es como una lupa —sentenció Zorroarín desde el cajón de manzanas donde se leía en un trozo de papel adherido a la madera: *Manzanas coloradas del Valle del Río Negro*. El ajeno producía la placentera combinación de letargo e inteligencia despierta. Podía decirlo todo ante aquellos europeos amigos, eslavos políglotas—. Hace años que intento descifrar su mecanismo, que trato de enseñar su detectación. —La palabra le hizo gracia, levantó la copa—. Pero más que nada —dijo poniéndose serio— intento descifrar el Parque. Brindo por el Parque.

—¡Y por el Laberinto del Terror! —dijo Mateyka, levantando su copita.

—Mi brinda por el poeta griego —agregó solemnemente Pomorska. Cerró los ojos y dijo como si empezara una oración—: Dimitri Voyanis...

En un ángulo de la ventana se veía el lejano fulgor de La Rueda de la Fortuna girando como un manso animal redondo. Zorroarín recordó la imagen con nitidez porque había sido en aquel momento preciso en el que había escuchado la melodía de *Noches de Budapest*, que de una manera casi palpable, milagros del ajeno, se expandía por el salón rodeando a Pomorska que empezaba a girar lentamente siguiendo el ritmo, la mano del vaso contra el corazón, el otro brazo extendido.

Casi al amanecer, Pomorska y Mateyka, inclinados hacia él sobre la mesa, confesaron que el Parque se manifestaba en los lugares más inesperados y que donde no estuviera había que llevarlo. Algún día, habían dicho, él tendría que dar algo de lo que el Parque le había enseñado y no se hable más.

En los años siguientes, según las noticias transmitidas por Mateyka, el desorden polígloto había ido en aumento. Antes de que fuera irremediable, dos años después de aquella primera noche, Pomorska y su largo sobretodo habían aparecido por el despacho de bebidas por última vez. Zorroarín fue testigo, entonces, de su asombrosa capacidad lingüística; durante horas desplegó como un abanico su ingenio políglota: podía pasar del alemán al japonés y de éste al griego con menos dificultad que el que está cantando y cambia de canción. Mateyka lo seguía en una carrera desbocada. Pero la noche reservaba todavía algo infinitamente mejor que esos juegos deslumbrantes, su perla más valiosa: al filo de la madrugada, Pomorska extrajo del hondo bolsillo del sobretodo, como quien exhuma un tesoro y lo muestra al mundo, el cuaderno de tapas negras. Recorrió las páginas con fervor religioso y leyó parte de la obra de Dimitri Voyanis: poemas copiados en tinta negra, en la letra menuda y filológica de Pomorska, con cantidad de apretadas notas al pie.

Retazos, a veces brumosos a veces precisos, de algo que parecía una leyenda, demasiado escuálidos para la ansiedad de Zorroarín, demasiado entrecortados por la poliglosia intempestiva de Pomorska que irrumpía incontrolable en su discurso, fueron llenando aquella lejana segunda noche en la que un griego de otro siglo se inscribió en el principio del Parque y estableció el primer eslabón conocido de su historia.

Después de esa noche, enclaustrado en su cuarto de los altos del local, Pomorska no había bajado más. Se le habían mezclado las lenguas y no lograba comunicarse con nadie, salvo con Mateyka, tal vez el único hombre que entendió siempre lo que decía. El deseo de Zorroarín por la historia inconclusa del poeta griego, su deseo de ver a Pomorska, su decisión de abordarlo habían sido siempre sofocados por no sabía bien qué oscuro reparo o pudor.

Medianoche en el reloj de pared. Mateyka se afanaba entre las mesas ocupadas por parroquianos conversadores que Zorroarín no había visto, ni siquiera oído, entrar. Con la certeza de un golpe, el maestro supo que Pomorska tampoco bajaría esta noche y que él debía ir a la Taberna de la Puerta Sur. Dejó el importe sobre la mesa y

sin mirar a nadie salió.

Bajo, compacto, impasible, Ezpeleta había sacado una libreta enigmática y parecía hacer cuentas entre salame y salame.

Beauconseil depositó delante de esos ojos indescifrables su tarjeta de presentación, antes había dicho «Buenas noches». Ezpeleta se tomó su tiempo para leer. Parsimoniosamente, metió la mano en el bolsillo interior del saco y extrajo, a su vez, una tarjeta que le pasó a Beauconseil:

EGISTO EZPELETA

INVENTOR

Hecho esto, le pidió a Beauconseil que se sentara y que desplegara el mazo. Atónito ante su buena suerte —muy de vez en cuando Beauconseil podía desplegar el mazo, lo que hizo que el sencillo interés demostrado por su interlocutor se transformara, en el espíritu del contador de historias, en cálida simpatía por aquella cara cuadrada—, se apresuró a cumplir lo que se le solicitaba.

—Espere —dijo con súbita desconfianza Ezpeleta—. ¿Tiene por allí alguna...?

—¿Atrevida? ¿Pornográfica? ¿Obscena? Mi formación es clásica, caballero... una pizca de Aretino, de Petronio...

—No, no —se apresuró a disculparse Ezpeleta—. Le pregunto si tiene... —Buscaba las palabras—. Alguna que ocurra en tierras, como le diré... demasiado salvajes.

—Tengo. Una espantosa. Ocurre entre ciertos naturales de las islas del Pacífico.

Ezpeleta no lo dejó continuar.

—Ésa no me la cuenta nunca —dijo con un estremecimiento.

Beauconseil separó una tarjeta y la guardó en su bolsillo.

—Empecemos —dijo. La maciza mano del Ezpeleta tomó con inusitada delicadeza uno de los cartoncitos. Decía: Histórico-fantástica. Sin inmutarse, Beauconseil se acomodó en la silla y, como en los remotos tiempos, pidió a su huésped algo de vino para mojar la garganta y entonarse. Ezpeleta llamó al patrón.

Mateyka depositó una jarra de vino tinto, más salamines y más queso cortado. Pacíficamente el escucha cruzó las manos sobre el abdomen y se reclinó hacia atrás en inequívoca actitud de quien espera. Beauconseil se concentraba. Finalmente pronunció clara y en voz alta una palabra:

—*Décadas*.

—¿Cómo? —interrogó Ezpeleta sin moverse.

—*Décadas*. Donde se cuenta cómo un hombre deseoso de saber el destino de su pueblito natal, viaja al futuro y allí encuentra que los hombres viven en un continuo espacio-temporal completamente plano, sin marcas. En cada país, aunque ya no hay países, eligen democráticamente por votación una década de su historia en la cual vivir durante un período determinado, lo cual desata una pugna electoral de décadas

de entre cuyas facciones se destacan, por virulentos, los mazorqueros, los infames y los comprometidos. Con humillación y terror, descubre que su pueblo natal está complicado con los mazorqueros. Título completo: *Pugna de décadas*.

Pasó otro momento de silencio.

—Comience —dijo beatíficamente Ezpeleta.

—Ya terminé —dijo Beauconseil.

## El artefacto

Una hora más tarde Ezpeleta y Beauconseil entraban juntos en el Hotel Para Familias Pit. Antes habían recorrido en pacífica charla las cuadras nocturnas, ensombrecidas de plátanos, que separaban el Despacho de Bebidas del hotel. En un momento de la caminata, durante la cual descubrieron profundas afinidades, un aullido elemental e infrahumano los dejó clavados en mitad de la calle, perplejos. Ezpeleta no se inmutó, pero para la oreja sensible del caballero Beauconseil este aullar de algún ser lejano y amenazante fue como una descarga eléctrica que lo llenó de una zozobra primitiva provocándole un estremecimiento general involuntario y un movimiento desordenado de pies y manos. Ezpeleta lo tomó del brazo y lo impulsó a seguir caminando. El contacto con la mano protectora y maciza de su compañero, tranquilizó al contador de historias. La luz de la esquina destacó sus siluetas como un cenital: Ezpeleta bajo, fornido, macizo; Beauconseil alto, delgado, aéreo. Pero la inarmonía aparente daba lugar, en un sector menos visible, a secretas e inesperadas correspondencias que hubieran asombrado hasta al mismo maestro Zorroarín.

Pasaron frente al adormilado Jesús, que los saludó sin verlos. Ezpeleta, con su parsimonia habitual, retiró la llave. Beauconseil admitía que entre él y el inventor se había establecido desde el comienzo una corriente de confianza, consecuencia de uno de esos raros encuentros entre personas que establecen una química particular. De modo que cuando Ezpeleta dijo que quería mostrarle algo que podía interesarle, Beauconseil se sintió curioso y agradecido.

—Además, yo también vivo ahora en el Hotel para Familias Pit —informó contento.

Ezpeleta maniobró con la llave. Beauconseil permaneció bajo el dintel mientras su anfitrión, a la luz de la puerta entornada, se quitaba el saco y lo colgaba en una percha del escueto ropero. Hecho esto, encendió la luz. Ante los ojos de Beauconseil se mostró un cuarto en nada diferente al de Carlino, sólo diverso en la decoración. A la exuberancia paisajística de Carlino correspondía aquí una austeridad franciscana: una silla, una cama, una mesita de noche y una mesa un poco más grande contra la pared, sobre la cual, con un sobresalto, Beauconseil distinguió algo, sin duda un aparato, como de un metro de alto, cubierto por un lienzo. Ezpeleta, en mangas de camisa, lo observaba sin pestañear. Encendió el velador cuya pantalla inclinada permitió que una ráfaga de luz más intensa diera justo sobre la mesa. Con gesto sencillo, ante los agrandados ojos de su huésped, Ezpeleta tiró del lienzo. En un primer momento Beauconseil no entendió. El dispositivo o aparato no alcanzaba a integrarse en algo conocido en su asombrado cerebro. Dándole una palmadita en el hombro, con su voz disfónica, Ezpeleta anunció:

—El librorrollo.

—¿El librorrollo? —repitió Beauconseil, dándose tiempo a asimilar aquello, sintiendo que lo invadía una ansiedad desacostumbrada—. ¿De qué se trata? —Lo estudió desde distintos lados bajo la mirada atenta de Ezpeleta—. ¿Cómo funciona? ¿Es de su autoría?

Por primera vez, en la cara de Ezpeleta se dibujó un gesto: era de satisfacción; duró un segundo, rápidamente su cara volvió a la inexpresividad habitual. El gesto dejó flotando sobre las facciones un aire de atención profesional. Beauconseil se movía inquieto, tocando aquí y allá alguna parte, volviendo sus ojos una y otra vez sobre el inventor.

—De mi invención —dijo Ezpeleta y tomó aire—. El librorrollo consta, como usted puede ver, de dos carreteles de veinticinco centímetros de largo cada uno, uno que enrosca y el otro que desenrosca, sosteniendo entre ambos un rollo de papel del ancho aproximado de una página de libro. Tienen como soporte un bastidor de metal que apoya en el piso pudiéndosele dar la altura más conveniente. El accionar de los carreteles al unísono se logra mediante un delicado juego de poleas que los conecta a un pedal. El impulso del pie sobre este pequeño pedal, va imprimiendo a los carreteles y, por lo tanto, al deslizamiento del papel, la velocidad deseada por el lector.

—¡Extraordinario! —lo interrumpió Beauconseil, atosigado por la cantidad imparable de asociaciones que le producía el aparato en relación con su mazo de historias.

—Por favor, no me interrumpa —pidió la voz disfónica de Ezpeleta—. A esta parte básica del artefacto pueden conectarse dos dispositivos: uno eléctrico para impulsar automáticamente el desenrollarse del rollo o libro, eliminándose, si así se desea, la tracción a sangre, aunque muchos no desdeñarán practicar un ejercicio físico beneficioso junto a la actividad intelectual; el otro, meramente mecánico, es un dispositivo de tipo «mariposa», adaptado al eje que sostiene los carreteles, para quien quiera leer recostado en la cama o contra una ventana. La mariposa fijará el librorrollo al barrote, al respaldo de la cama, al marco de una ventana, etcétera. Complicados cálculos y estadísticas que, si desea, después puedo desarrollar más en detalle —Beauconseil asintió categóricamente— han arrojado una velocidad promedio de lectura, que he bautizado velocidad crucero. Puede sorprenderlo este término tomado en préstamo de la náutica —Beauconseil negó rápidamente—, pero ya paso a explicarle los motivos de esta apropiación.

Halagado por la atención absorta e incondicional de Beauconseil, Ezpeleta, mostró en un derroche inusual, otro gesto: una sonrisa sesgada de pastor protestante, que era, por otra parte, su única sonrisa.

—El primer motivo atañe a su propia definición: *la más rápida velocidad de un buque consumiendo el mínimo de carburante*, es decir, trasladado a nuestro campo: la velocidad máxima de lectura con el menor esfuerzo. El segundo motivo, porque cruza o hace ecuación entre la velocidad promedio de lectura y la velocidad de

desenrollarse del librorrollo. Cosa que permite al lector, cómodamente instalado, el mínimo y elemental esfuerzo de mover los ojos de izquierda a derecha, siempre que no se trate de libros en hebreo o árabe en cuyo caso deberá moverlos a la inversa. Con el chino y el japonés, ningún problema. Como usted podrá comprobar, y en un momento pasaré e demostrárselo prácticamente, todo lo demás lo hace el librorrollo. Sin contar la PLR, así he simplificado la función polilibrorrollo, de nombre muy extenso e incómodo para el usuario, que brinda otras posibilidades que a usted le van a resultar interesantes.

Se abrieron más los ojos de Beauconseil, conmovido por esta admisión de su interés que ya de por sí iba en aumento vertiginoso.

—Carreteles menores sincronizados —continuaba Ezpeleta señalando en el artefacto—, permiten leer dos o más historias simultáneamente e ir alternando fragmentos o capítulos de diferentes libros, de diferentes géneros, de diferentes épocas por el mínimo esfuerzo de extender la mirada. O pueden leerse a la vez dos o tres libros del mismo autor, lo que permite la mirada conjunta sobre sus temas favoritos, su estilo, etcétera.

Beauconseil más que maravillado estaba atónito y palpaba el mecanismo. Las historias del mazo en totalidad podían caber en el artefacto; es más, en caso de que dispusiera de dos o más juegos de carreteles, mediante un acompasado impulso del pie, le sería posible ver diferentes versiones, ejercer interpolaciones, cruzar porciones. ¡Una verdadera usina de trabajo! Dispuesto ante el librorrollo, el pie en el pedal, ¿quién podría detenerlo? Ordenar y después mezclar: carretel Policiales, carretel Amorasas, carretel Fantásticas, y así siguiendo. Después, la mezclanza. ¡Las posibilidades eran infinitas!

—¡La combinatoria simultánea! —dijo, anonadado, el huésped.

Se sentaron. Beauconseil en la única silla y Ezpeleta en la cama. Se miraron en silencio. El dueño de casa sacó de abajo de la cama una pequeña maleta de cartón, la abrió y extrajo una botella de Hesperidina, un sifón y dos vasos chicos de vidrio grueso. Sirvió cuidadosamente y le alcanzó uno a su invitado. Levantaron al unísono los vasitos.

—Tenemos que hacer algo con esto —la voz clara de Beauconseil rompió el hechizo y resumió el pensamiento de los dos.

—Así lo pienso —dijo Ezpeleta.

—Fomentaríamos la lectura —Beauconseil soñaba y se incluía.

—Eso digo yo.

—Varios librorrollos simultáneos, gratis; la gente querría leer, primero por la novedad y después quedaría prendada, pediría más rollos.

—Podríamos habilitar un rollo en blanco donde se inscribieran las peripecias del usuario... perdón, del lector, si él así lo desea. Necesitaríamos un lugar —dijo el inventor y vació su vasito—. Por eso he venido.

Volvieron a mirarse en silencio.

—Una barraca en el Parque —concluyó Beauconseil.

## 16

### En el Mirador

Cuando empujó la puerta, Zorroarín notó de inmediato la ausencia reciente de la Hermandad. Era una ley no enunciada pero igualmente acatada que el maestro y los discípulos no debían encontrarse en la Taberna de la Puerta Sur. Escudriñó el aire tranquilo. La taberna estaba casi desierta; unos pocos bebedores solitarios preferían las mesas de los rincones. El grifo de bronce con boca de quimera cabrilleó para el maestro una muda bienvenida. Cruzó hacia el fondo donde la máquina de música alumbraba el rincón como el fuego pálido de un hogar e hizo un gesto hacia el imperturbable Zhiago que, de brazos cruzados, dormitaba tras el mostrador.

Pasó las cortinas y atravesó el patio solitario; a la derecha la galería terminaba en la boca negra de la escalera. Subió, sacó la llave en la oscuridad, abrió y empujó la puerta de tablero macizo. En la semipenumbra se recortaron las siluetas de la botella y el vaso sobre la mesa. Poco a poco se fueron revelando los objetos naturales de ese cuarto secreto; los contornos latían a contraluz de la ventana entornada. La abrió del todo, apoyó las manos en el marco y contempló las luces del Parque: la vieja conmoción lo vació por entero. Una sola noche en su vida había alcanzado el dibujo completo. Las diagonales convergían como los rayos de una rueda. *Mirando el centro sin parpadear*, recitó en un murmullo el maestro, *desaparecen los muros y la oscuridad de los confines, y por unos segundos —o como se cuente la duración de ese tiempo— se tiene la impresión de que, lenta, imperceptiblemente, la rueda y su estrella se desprenden del suelo, se elevan y giran en el espacio negro, todo ruido cesa y sólo acude a los oídos un lejano rumor, como si la noche del universo alcanzara la remota orilla del Parque*. Era lo que Zorroarín había visto una vez. Cerró la ventana con la difusa sensación de que esta noche había venido para algo. Se rió de su ingenuidad: también horas atrás había creído que Pomorska bajaría de su cuarto solitario al local.

Tomó la botella y se sirvió. El ajenjo irradió suaves destellos verdes. Muy lejano, le llegó un aullido que se prolongó en la noche; una semisonrisa le estiró la boca hacia el costado. Golpecitos en la puerta. Zorroarín esperó. Volvieron a repetirse los golpes, discretos, casi apagados. Cruzó y entreabrió. Los ojos de Zhiago brillaron como los de un gato.

—¿Qué pasa?

—Una mujer lo busca.

Se miraron en silencio.

Zhiago extendió un papel. Zorroarín retrocedió y encendió la lamparita sobre la mesa. La claridad amarilla no terminó de borrar las sombras de los rincones. El papel decía: Lisa. El maestro quedó en silencio. Por la puerta entreabierta, la silueta enjuta de Zhiago se recortaba contra un cielo silencioso y estrellado, extendido sobre la

balaustrada dormida de la terraza. Mirando el Parque las estrellas desaparecían, pensó Zorroarín; en la terraza, en cambio, podía distinguirse con extrema claridad la geometría de las constelaciones. Proyectaban un frío hipnótico que alguna noche, años atrás, el maestro había buscado para equilibrar el fuego luminoso del Parque.

—Acompáñela.

Unos minutos después, dos siluetas se recortaron en la puerta. La silueta más grande se desprendió y desapareció. Zorroarín extendió la mano y apretó la delicada piel del brazo de Lisa. Ella se adelantó, miró brevemente al maestro y después echó una ojeada circular que no demostró especial interés.

—¿Cómo supiste que yo estaba aquí...? —Zorroarín se interrumpió. Había sido una torpeza; por supuesto que ella sabía. Todo se sabía en el Parque. Marco ya estaba preparado y Zorroarín debía intervenir —la presencia de Lisa era la confirmación— para darle la última ayuda, el empujón final. Lisa dejó la carterita sobre la mesa. Llevaba el vestido lila de los sábados, un vestido de tela liviana, completamente simple, que le ajustaba la cintura y caía dócil alrededor de sus piernas. Unas sandalias de tiras blancas, finas, le cruzaban los dedos y se anudaban en los tobillos hundiendo apenas la piel dorada. El maestro, sentado, no podía quitar los ojos de esos pies tan perfectos. Sólo faltaba la túnica blanca y el mar. La pequeña Ifigenia, llamada a Aulide por su poderoso padre a fin de conseguir vientos propicios. La pequeña Ifigenia, confiada en que venía a su boda, lo que encontró fue la piedra del sacrificio; se perdía Zorroarín en estos pensamientos, cuando reaccionó y miró a Lisa como enfocándola por primera vez.

Le pidió que se sentara. La chica parecía tímida pero no incómoda. No había demasiado que decir. Ifigenia con el misterio vacuo de su mirada increíblemente límpida. Ella pertenecía como él al Parque y su lugar en el Parque requería de esa pequeña inmolación. Aunque la palabra justa sería ofrenda, y, dentro de lo posible, debía transformarse para ella en placer. ¡Qué noche extraña!, se dijo Zorroarín. La confirmación de las cosas venía a él de manera inesperada. Visto de otro modo, era un requisito. De allí en más, Lisa no pertenecería ni a él ni a nadie. El maestro volvía perderse en vagas reflexiones sin saber a ciencia cierta en qué se motivaban. Era sin duda la presencia irrefutable de la chica, su estar ahí, frente a él, lo que desataba sus pensamientos impulsándolos como barcos de velas hinchadas hacia zonas oscuras que no tenía interés en indagar. O el ajenjo, tal vez. Alzó la copa y la miró al trasluz. Pomorska no había bajado, por lo menos no esta noche. En su lugar tenía otro visitante. El maestro sonrió, algo ausente; ella devolvió la sonrisa, después abrió la cartera y sacó un paquete de caramelos de coco. Le extendió el paquete a Zorroarín. Él terminó de un trago lo que se había servido. Recibió un considerable golpe de calor a la altura del plexo.

—Una noche con tantas estrellas. Los siete cabritos ya casi bajan.

Lisa quería conversar, pensó Zorroarín parpadeando por efecto del ajenjo, o tal vez era una velada alusión a que el tiempo corría y que en algún momento la noche,

como todas las noches, iba a terminar. Quién conocía a las mujeres. Por la puerta entreabierta, el cuarto proyectaba una débil luz sobre el piso pulido de la terraza. Zorroarín se puso de pie. Percibió de inmediato la atracción del Parque sobre su espalda y oyó con nitidez su rumor. Un segundo de imantación poderosa. Impulsó a Lisa hacia la terraza tomándola por la cintura, una cintura sosegada y dócil.

—Como la noche, así es —dijo en voz alta Zorroarín, le pareció que a un tercer interlocutor, pero no estaba seguro.

Se inclinaron sobre la balaustrada. Por la espiral de la escalera, el viento de la noche trajo el vaivén del cartel de la taberna y el zumbido de la máquina de música. En medio de los rumores apagados, una melodía pareció desencadenarse y trepar hasta ellos. Zorroarín miró el perfil de la chica que se alzaba buscando alguna otra constelación reconocible. El maestro no encontró casi nada en ese rostro. No era opacidad como la de Ezpeleta. Era transparencia. Esperaba y confiaba. Lisa se sintió mirada y giró la cabeza. Zorroarín oyó el crujir del caramelo entre los dientes jóvenes. La chica dijo:

—¿Quiere un boleto para bailar?

El maestro ocultó su asombro. Lisa había dicho una trivialidad, una tontería, es cierto, pero había sido lo mejor que encontró para decir, considerando que apenas se conocían: lo más cercano a sí misma que pudo encontrar, una especie de mínima expresión de su identidad y desde allí había tendido un puente. Advirtió que a ella le había parecido ingenioso y esperaba, satisfecha. A veces, meditó Zorroarín, la gente dice lo único que encuentra para decir, ni bueno ni malo, sólo lo que tiene a mano. Dejó la copita de ajeno sobre la balaustrada, La melodía corría el riesgo de terminar, como las horas de esa noche.

—No sé bailar. —El maestro sintió que se invertían los papeles—. Nunca supe bailar.

—No hay que saber bailar. Basta con bailar.

Zorroarín enlazó a Lisa por la cintura. Bailaron hasta que la música se escurrió como agua rápida por la escalera. En su lugar quedó el silencio.

El maestro llevó a Lisa al cuarto y cerró la puerta. Lisa buscó otro caramelo. Zorroarín extendió la mano y le quitó el paquete. En manos de Zorroarín la carterita se volvió un objeto incongruente; tiró el paquete adentro y la cerró. Lisa esperaba. Zorroarín le echó el pelo a la espalda; como si hiciera un experimento, abrió los dedos dentro del pelo y los cerró apretando y aflojando el manajo, después bajó el escote del vestido. Los hombros proyectaron el brillo tangencial de la lamparita. Ella levantó las manos y las descansó sobre los hombros del maestro con el gesto aéreo del Dancing Park. Él la miró a los ojos y Lisa bajó los brazos. Resultó un gesto eficaz a pesar de ella, un gesto propicio: el vestido se deslizó hasta el suelo. Cuando quedó desnuda, Lisa se redujo a una mirada de concentración casi dolorosa, instintivamente se inclinó hacia adelante buscando el cuerpo de Zorroarín para ocultar su desnudez. Él la dejó. Acaso la chica estaba enamorada de Marco, pero se entregaba

mansamente, sin saber muy bien por qué. Al fin, resultaba todo claro: si ella tenía un destino, Marco tenía otro, lamentablemente divergentes. No era él quien tiraba las cartas en ese juego; también él era un instrumento. La besó.

—Ningún hombre es dichoso hasta el fin —murmuró después, y se dio cuenta de que había hablado en voz alta. Deslizó los dedos por la piel asombrosamente suave, buscando un comienzo.

—Piense sólo en mí y olvídense de lo demás.

No supo realmente si Lisa había dicho eso. Había en los ojos de la chica fijos en los suyos un misterio sin enigma; todo su secreto se cifraba en lo que alcanzaba a ser en ese momento: un cuerpo dócil, cierta expectativa, signos leves de pájaro dormido: la mujer que se descubría ante él se agotaba en su apariencia, en su tacto, en su piel. Los ojos, sin embargo, —Zorroarín casi susurraba estos pensamientos— los ojos prometían algo intangible, algo que estaba más allá de su desnudez y que provocó en él un estremecimiento como de lluvia en su piel y en su sexo. Esos ojos indicaban algo que desmentían las puerilidades de la chica. El cuerpo de Zorroarín adquirió la disponibilidad que sólo el enigma humano le producía: la chica poseía un secreto antiquísimo del que ni ella misma era consciente. Los hombres se acercaban fascinados al borde de ese pozo y ella, o lo que ella representaba, era capaz de hacer feliz a cualquiera, y acaso, alguna vez, algún hombre ingenuo quisiera romperla en pedazos, desarticularla, para darse cuenta desconcertado de que el apagado canto de sirena perduraba inmutable, fuera de todo alcance, más allá de las exasperaciones y muy lejos de cualquier develación. Zorroarín cayó en la trampa y tuvo deseos de poseerla, y en un instante el mundo se redujo a ese deseo. Él también era dominado, a pesar de todo, por un designio ajeno. Más tarde, la chica no incumbiría a nadie, y él habría cumplido su misión. Lisa pertenecería para siempre a los Solitarios del Parque, a todos por igual y con igual dedicación y atención solícita, pero a ninguno en particular. Insinuación de dolor que quemó a Zorroarín por dentro. Dolor que no tenía lugar, no estaba previsto, era nada más que la demostración del poder momentáneo del secreto de Lisa, esa esperanza loca que él creía ver en sus ojos pero que no pertenecía a ella sino a lo que él o cualquier otro quisieran poner en ese hueco.

Lisa había recogido el vestido y se tapaba, más como un gesto de espera que de pudor. La atrajo hacia sí y volvió a besarla. La besó largamente, le enseñó a besar, le besó el pelo, el cuello y los párpados, y, cuando volvió a la boca, ella ya había aprendido y sus brazos se cruzaron tras la espalda de Zorroarín. La tendió sobre la cama y le separó las manos del pecho; Lisa quedó extendida y quieta, dibujada por la luz de la lámpara que hacía brillar el contorno de las caderas y los pechos como si su cuerpo irradiara. Zorroarín apagó la luz, se desnudó y abrió la ventana. Las voces lejanas y la música del Parque llenaron el cuarto y se diseminaron por los rincones, el cuerpo de la chica se recortó en un azul tenue y sobrenatural. Zorroarín cubrió ese cuerpo con el suyo. Cuando ella lo abrazó, el maestro le separó suavemente las manos y le apresó las muñecas contra la almohada, como a un ser del que no se

espera rebelión. Lentamente, bajó hasta los pechos; la lengua describió círculos húmedos alrededor de los pezones que despertaron de golpe. El cuerpo de Lisa se arqueó y el cuello se extendió hacia atrás; la boca abierta, los párpados cerrados. Levantó la cara; un anhelo desconocido le estremeció las piernas. Él la miraba. Los ojos de la chica estaban ligeramente empañados.

Lisa liberó las muñecas y se abrazó al cuerpo de Zorroarín. Murmuró a la oscuridad:

—Te deseo.

Antes del amanecer, Lisa se despertó y fue, desnuda, hasta la ventana. Zorroarín ya no estaba en el cuarto.

Siguió las líneas de cientos de miles de luces cruzándose en collares de neón. Vio diagonales como ríos dorados confluyendo en el centro capital del dibujo que, desprendiéndose de la tierra, mostró su irrepetible magnificencia. Descubrió, diminuto y místico, el titilar preciso del Dancing Park.

# **PARTE III**

## **EL POETA GRIEGO**

## El poeta griego

*El secreto de Pomorska*

—Pero, ¿por qué ahora?

—Conozco parte de la historia y usted es el único que puede completarla.

—Hace años, Pomorska le contó lo esencial.

—*Parte* de lo esencial. Prometió volver a bajar y nunca lo hizo.

—El desorden polígloto se lo impidió. Se fue agravando con el tiempo.

—Usted es mi puente con él, su amigo desde la juventud, además es el único que entiende lo que dice.

—Su amigo, sí; entender lo que dice ya es otra cosa. En parte, intuyo lo que quiere decir.

—Usted leyó la libreta número cuatro.

—Infinidad de veces. He leído todo. Desde la primera versión del primer verso a la última línea de la última nota. Pero esto ya se lo conté cincuenta veces.

—Permítame que le diga, Mateyka, que usted actúa como si me ocultara algo, como si quisiera preservar algo que nos pertenece a todos.

—¿Y si fuera así? No veo los motivos de su inquietud.

—Simplemente, que llegó el momento de saberlo. No me pregunte cómo lo sé pero es así, lo sé. Un imán me lleva a cierta escena, como si corriéramos un telón. Pomorska sentado a una mesa, en otra bohardilla, traduciendo los versos griegos.

—Entonces realmente *siente* que esta vez es necesario.

—Tan necesario como que, si no, todo esto desaparece. El Parque, el Laberinto. Nosotros mismos. Volvamos a nuestra primera conversación. Habíamos dicho que fueron años difíciles.

—¿Habíamos dicho? ¿Cuándo habíamos dicho? Usted retoma una conversación de hace doce años como si hubiera sucedido ayer. Yo sé lo que intenta, esto es un conjuro, una especie de llamado a Pomorska. Pero debo advertirle que soy escéptico, no creo que Pomorska se decida a bajar. Claro que si bajara, todo sería más fácil: hay cosas que sólo él sabe. El cuaderno, por ejemplo, jamás se desprende de él. Entre paréntesis, qué pálido y ojeroso lo veo. ¿De dónde viene?

—No dé más rodeos, Mateyka.

—Muy bien, muy bien. Sí señor: fueron años difíciles. Para Europa empezaban los peores años de su historia. Corramos el telón, como usted tan gráficamente dijo. Iluminemos la escena. La casa de Pomorska: los altos de un edificio viejo de un barrio alejado de Berlín, una bohardilla en realidad: techo inclinado, cama estrecha, una única ventana, siempre empañada y los libros cubriendo la mesa. Quién hubiera

dicho entonces que lo que iba a quedar de ese lugar sería un agujero negro. ¡Boom!

—Eso pasó mucho después. Empiece por la traducción.

—¡Qué imperativo! ¿Usted cree que está en la barraca, con sus alumnos? Me niego al orden. Siempre quise empezar por Francine y por la huida en el ómnibus de la Filarmónica. Míreme con atención, soy más bien gordilíneo, ¿nos imagina a Pomorska y a mí ocultos bajo los instrumentos en el fondo de un ómnibus destartado, huyendo de Alemania, con Wagner de fondo? Grotesco, si no fuera porque queríamos salvar la vida. ¡Qué baches!

—Eso pasó muchos años después, Mateyka.

—¿No me diga? Le recuerdo que soy yo el que posee la historia, maestro Zorroarín.

—Y yo intento darle un orden, una lógica. Estoy perdiendo las esperanzas de que Pomorska aparezca algún día.

—Aunque apareciera, usted no le entendería nada.

—Más a mi favor. Empiece por la traducción, ése es el centro de todo.

—En esos años, él trabajaba en una traducción que lo absorbía por completo, al punto de no comer ni dormir: la obra de un poeta griego del siglo XIX. Usted ya lo sabe. Un poeta pastor de cabras prácticamente desconocido, cuya poesía había llegado hasta él de manera enigmática.

—Dimitri Voyanis.

—Exacto. Eso es todo. ¡Salud!

—Eso no es ni remotamente todo.

—Usted me desconcierta, maestro, ahora parece uno de sus alhelados alumnos y yo, un humilde patrón de bar...

—No haga bromas, Mateyka.

—Está bien. Le concedo, si usted quiere, que con cierto pasado filológico, soy el que puede develarle el secreto. Es gracioso, en todos estos años no sospeché poseer semejante poder sobre usted.

—Esta noche me siento joven. Le hago una confesión: siempre me he sentido un extraño entre extraños, pero hoy, de manera misteriosa, se ha abolido esa sensación y puedo preguntar con la inocencia con que lo haría cualquiera de mis alumnos. Es un gran descanso. Por supuesto que usted tiene poder sobre mí, Mateyka. El que conoce tiene siempre el poder, y esta noche estoy a oscuras y únicamente usted puede iluminarme.

—Pregunte.

—¿Qué fue lo que llevó a Pomorska hasta Voyanis? ¿Qué fue lo que lo obsesionó hasta el punto de confundir los límites de una traducción con los de su propia vida?

—La luz.

—¿La luz?

—La luz y el Parque. Permítame tomar un trago de vino. Debo ser paciente y didáctico. Nadie supo nunca quién era Voyanis, salvo sus vecinos de la aldea para

quienes Voyanis, un simple pastor de cabras igual que ellos, no tenía nada de particular. En la aldea fue uno más, menos que uno más, mientras que su poesía es, sin exagerar, prodigiosa. Tan prodigiosa como su vida fue enigmática. Una vida agreste como las laderas de esas montañas que habían visto las mil naves cruzar el mar color de vino, impulsadas por el viento propicio que las llevaría a Troya. Esto no lo digo yo, lo decía Pomorska. Lo declamaba de pie, sobre las mismas rocas que había pisado el poeta, mirando el mismo mar.

—Pero el viaje de Pomorska a Grecia fue más tarde.

—Como la huida con la Filarmónica... Tuvimos que esperar en el foso de la Ópera hasta que la orquesta terminó de tocar. Una performance horrible, con semejantes nervios. ¿Se da cuenta de cómo la realidad o los hados mezclan todo en la vida? Tanta traducción, tanta lengua clásica y exámetros, y ahí estábamos agazapados, escondidos como ladrones en el foso, a la espera de un momento de confusión que vino en el entreacto. Esa noche tocaban Wagner. ¡Qué batahola!

—Siga con Voyanis.

—Si usted insiste. No se sabe casi nada de él; no sabemos tampoco qué aspecto tenía. Ni siquiera sabemos si ése fue su nombre verdadero. Voyanis tenía alma de griego antiguo. Vivió y escribió ante el mar y bajo los olivos contemporáneos de Platón, en una bahía escondida del Golfo de Salónica. Exceptuando los días misteriosos de su desaparición, la vida del poeta fue ejemplarmente monótona. Escribía en unas libretas de almacén que conseguía de un vendedor ambulante. Cada tantos meses aparecía por la aldea algún vendedor ambulante, como seguía ocurriendo cuando estábamos allá, como seguramente sigue ocurriendo hoy. Yo le compré a un vendedor ambulante una navaja de afeitar. Todavía la conservo. Cuatro libretas en total, su obra completa; ése es su legado. El legado de un lugar nebuloso, periférico, sin interés para la historia oficial. Siglo XIX en Grecia. Imagínese, casi el medioevo. Repito a Pomorska, ya que usted quiere precisión. Casi el medioevo, pero sin la niebla y la opacidad y la mugre europeas. El sol y el mar lavan todo, lo purifican. Grecia perdura gracias a su incomparable rusticidad. Casas elementales engarzadas en las laderas de los montes y en los acantilados, un laberinto blanco por donde camina el aire; las mañanas y las tardes como si se presentaran por primera vez en el mundo; las sombras delgadas en las noches aplastantes de estrellas. Tal vez ése fuera el secreto de Voyanis. Allí no tenía lugar lo superfluo: una mesa de madera, una pared encalada, un cuenco para el agua. Si uno vive así tal vez termine por experimentar intuiciones, ideas redondas, simples, universales... Aunque lo más probable es que esto sea también una idea heredada, cultural, transmitida; otra forma del *beatus ille*. Lo más probable es que viviendo de esa manera uno termine con la cabeza llena de aire, idiotizado por completo. El secreto de Grecia sigue siendo impenetrable aunque nos haga creer que lo develamos. No sé por qué estoy hablando de este modo. Yo quería contarle de la huida con la Filarmónica.

—No se distraiga. Continúe. ¿Cómo conoció Pomorska la poesía de Voyanis?

—Ésa, para mí, es casi otra historia. La tradición sobre Voyanis era y sigue siendo oral. Su poesía sobrevivió milagrosamente, copiada a mano. Casi inconcebible en este siglo. Todo lo que se podía saber sobre Voyanis cabía en una hoja de cuaderno. Sólo que ¿quiénes lo sabían? Un grupo de iniciados que, en principio, dominaban el griego. Gente como Pomorska.

—Y como usted.

—Como Pomorska. Pomorska manejaba desde su adolescencia muchas lenguas; en especial las lenguas clásicas y sus variedades históricas y dialectales. Voyanis circulaba en copias manuscritas, su nombre se pronunciaba bajo un aura de leyenda. Cada uno transcribía su copia. Una especie de cadena de fanáticos. Lo que a Pomorska le llamaba la atención, al principio, era la fecha de las libretas, ese salto entre las tres primeras y la cuarta que tiene el título El Parque; hasta que lo entendió. Se dice que existió una edición, la única, que se perdió o quemó en mil novecientos doce o trece, durante las Guerras Balcánicas.

—¿Cómo sobrevivieron las libretas?

—A la muerte de Voyanis, las libretas quedaron no se sabe por cuánto tiempo, en su cabaña, envueltas en un cuero de cabra. ¿Oyó hablar de los monasterios del monte Athos, ahí donde no dejan entrar mujeres? De una manera que ahora sólo podemos imaginar, las libretas fueron dejadas en la puerta de un monasterio por un campesino que llegó en una mula. No tiene nada de extraño: cuando se presentaba algo que rompía esa rutina de siglos, los campesinos recurrían instintivamente al juicio de los padres de los monasterios, que en aquella región se tienen por santos. De este modo, gracias a un campesino, a una mula y a un atadito de cuero de cabra, las libretas de Voyanis fueron a dar a manos de los monjes. En uno de los monasterios, algún inspirado las copió a mano. Quizás alentado por la pequeñez de la obra, este monje quiso volver al pasado, a la época de los copistas. No sabemos nada de esa primera copia, salvo que existió. Pero más extraño todavía es el camino de los poemas fuera del monasterio. Una versión dice que los monjes editaron los poemas. Esa edición abandona el monasterio pero se pierde o se quema durante un confuso episodio de la Guerra de los Balcanes, en Atenas; Grecia era un caos en esos años. Sin embargo, en alguna parte debió quedar por lo menos un ejemplar. Lo demás es su difusión posterior, casi secreta. Cada cual recreaba el camino por el que los versos de Voyanis habían llegado a él y lo agregaba a la copia. Llegaron a ser una cofradía. Cuando dieron con Pomorska, él decidió que esa obra debía traducirse. No sé si le dije que Voyanis escribía en griego arcaico.

—Pero más allá de la traducción, que puede ser hasta un ejercicio mecánico...

—¡Ejercicio mecánico...! Si lo oyera Pomorska le aseguro que acá nomás se terminaba la conversación...

—Quiero decir que, aparte de la traducción, debió haber necesariamente algo más. Es decir: lo hubo.

—Espere un momento, no es fácil, esto recién empieza. Tengo que volver a

encontrar las palabras, no puede contarse de cualquier modo.

—Tómese todo el tiempo que quiera —dijo Zorroarín.

### *El manuscrito perdido*

—Lo que él quiso desentrañar, al principio por lo menos, fue el misterio de ese poeta pastor escribiendo en griego antiguo sobre una roca, junto al mar, los olivos y las piedras. Ése fue el principio. Más tarde, fue el tema de la luz. Había sucumbido a lo que llamó la atmósfera de Voyanis. ¿Qué era eso? El aire, la luz. Una luz tan engeguedora, o mejor dicho, tan transparente que los objetos aparecían en ella como en el día de la creación. Pomorska se dejaba cortar las manos por afirmar que esto era lo que Voyanis experimentó sin saberlo o sin decirlo. Desde el principio habló de la atmósfera, del aire caminando a su alrededor. Como si la luz y el aire salieran de sus versos. Lo dice en las notas: una luz que desnudaba hasta las piedras. No es una poesía festiva, sin embargo; es tremenda o indiferente, como la naturaleza. Ese paisaje en el que la muerte aparece en cuanto uno da vuelta la cabeza. Una vieja enlutada bajo el sol calcinante, una osamenta. Yo las he visto. Con la misma importancia que todo lo demás, ni más ni menos, pero siempre presente, como una advertencia que no dejaba lugar a la mistificación. En ese ámbito, la mentira no tenía lugar; es más, la poesía de Voyanis abolía naturalmente la cultura para empezar de nuevo. Una roca era una roca, el mar el mar y un árbol un árbol. Pero Voyanis no alude a la luz, la luz sale de sus palabras.

—Pero Pomorska ya buscaba algo, desde antes. El encuentro con la poesía de Voyanis no fue una casualidad.

—Todos buscamos algo desde antes, Zorroarín. El mejor ejemplo es usted. Pomorska hizo su peregrinación a Salónica antes de la Segunda Guerra. Debo decirle... no, debo remarcarle, que el contacto con la aldea lo trastornó. Decía que en aquella bahía escondida había percibido el mundo sin intermediación. La comprobación lo dejó en blanco, como si empezara de cero. Entendió a Voyanis como quien dice, de un golpe. Como si hubiera cruzado una línea, una frontera. Creo que después de los primeros dos meses en la aldea, su sentimiento secreto, su deseo obsesionante fue el de transformarse en Voyanis. *Ser Voyanis*, pero esto sólo podría contárselo él; no me pida a mí que se lo explique... Y ahora espere un minuto, éste es un punto difícil. Me cuesta hablar. Soy un hombre emotivo y débil.

—Usted no es ni emotivo ni débil. Es un gran histrión. Estoy tomando vino honestamente con usted, estamos solos, cerramos el bar y yo quiero cerrar esta historia.

—Pasan cosas raras estos días. Mutaciones.

—Precisamente.

—Entonces, continuemos. Cuando volvimos a vernos me di cuenta de que, para Pomorska, el tiempo había transcurrido de otra forma y que esos meses habían sido

simplemente un largo día deslumbrante. Pomorska decía que Voyanis caminaba por la aldea, que lo había visto en los desfiladeros escurridizos..., a veces parecía delirar. Yo también estaba un poco trastornado en esos días y algo de todo aquello llega hasta esta noche y a esta mesa.

—¿Qué averiguó de Voyanis?

—Casi nada. Ningún viejo recordaba que su padre o su abuelo guardaran memoria de un hombre que hubiera tenido alguna importancia fuera de la aldea o que hubiera desarrollado allí mismo una actividad tan insensata como escribir. Se sorprendían o lo tomaban con indiferencia. Apenas si obtuvo algún dato improbable sobre la ubicación de la casa de Voyanis, pero mucho después. Al principio lo miraron con desconfianza; Pomorska les parecía un europeo rico; para aquella gente natural y muy pobre cualquiera que tuviese un par de zapatos de cuero tenía dinero. Cuando Pomorska volvió a Berlín, apenas había sacado un pie del tren y ya me contaba todo, a borbotones. Yo estaba atónito por su elocuencia porque Pomorska, una mezcla rara de hombre entre tímido y terminante, nunca hablaba tanto. Allí mismo en el andén, a la espera del equipaje, me dijo que en el verano siguiente volvería a Grecia y me exigía que yo lo acompañase. Esa misma noche destruyó lo que había hecho antes del viaje. Iba a restituir por primera vez la obra original de Voyanis. Estaba decidido a empezar de nuevo, dijo, aunque conocía de sobra las dificultades con las que iba a enfrentarse. No hablaba de dificultades de tamaño, naturalmente. La obra entera cabe en un cuaderno. Pero la traducción tiene una doble clave; es dos libros o un libro de dos pisos, como prefiera. Arriba, la traducción de los poemas; abajo, separadas por una raya de tinta negra, las notas: sus dos viajes a Grecia y su encuentro con el país de Voyanis, su reunión metafórica con el poeta. Las dos son apasionantes y su fuerza reside en que vayan juntas. La traducción sin las notas parecería indefensa. El viaje, sin los poemas, carecería de sentido.

»Para un traductor como Pomorska ese trabajo podía reducirse a dos meses, tres a lo sumo. Sin embargo, la tarea se le hizo casi imposible. En ese tiempo yo iba todos los días por la bohardilla; era conmovedor verlo doblado sobre el texto, tratando de arrancarle algo que estaba siempre más allá de las palabras. Un solo verso le demandaba días. Finalmente cayó en la explicación extensa y minuciosa de cada palabra. Hacía etimología, semántica, filología, poesía sobre poesía: todo junto. En las notas trataba de explicar la cuestión de la luz que a él lo había trastornado y que Voyanis jamás explicó, simplemente la puso en verso. Para un europeo del norte la luz tiene un significado y una fascinación particulares. Conclusión: para el verano del treinta y nueve estábamos los dos en Grecia, viajando hacia el Golfo de Salónica...

»En ese viaje yo hice de memoria. Ahora mismo podría describirle, piedra por piedra, el lugar, la isla, la supuesta casa en la que vivió Voyanis y desde la que se baja, por una ladera escarpada, al mar. Le podría silbar el sonido del viento en esa parte de las islas; es un viento antiguo, el mismo que sopló para los dioses. Hay un poema al viento en la libreta número uno. Para Pomorska, el viaje tuvo

definitivamente otro significado, más allá de lo que se veía y tocaba, era la persecución insaciable de un deseo. Él jamás habló de esto, pero el deseo es lo que arde y perdura, lo que llena la vida de un hombre, ¿no cree que es así?

—Sólo no hay deseo en el corazón de un hombre muerto —dijo inesperadamente Zorroarín.

—Bien dicho, sin embargo suena sombrío. Usted se ha puesto sombrío mientras yo me exalto, debe ser el vino. Usted debió estar con nosotros en aquella aldea perdida, compartir la posada.

—De algún modo estuve, usted lo sabe.

—Qué más quiere que le cuente.

—Por qué Voyanis dejó la aldea. Esos días o semanas o años que van de la libreta número tres a la número cuatro, donde aparece el Parque.

—Quién puede decírselo. Dejó la aldea, conoció una ciudad y en la ciudad vio un Parque. ¿Se da cuenta? Parece imposible, sin embargo fue así. Un aldeano, por supuesto que no era un aldeano como los otros... Pero antes de llegar al Parque, quiero decirle esto. Muchas veces Pomorska pareció convencido de que Voyanis iba a aparecer algún día; así, simplemente, caminando de noche por la aldea, con su figura flaca, su barba y su tosco chaleco campesino, que iba a bajar hasta la playa inundada por la luz de la luna o llegar hasta nuestra mesa insomne para revelarles no sé qué; pensaba en una señal, un reconocimiento especial, algo así. Se quedaba a veces hasta las primeras luces. Yo mismo, una o dos veces, creí ver una sombra entre las casas dormidas, bajando al mar.

—Realmente vio algo... ¿lo vio?

—Por supuesto que no. Era la poderosa sugestión que irradiaba Pomorska, y también la atmósfera en la que vivíamos, la vibración del aire...

—No mienta —dijo Zorroarín—. Usted lo vio.

—Lo vi —dijo Mateyka.

Se hizo un largo silencio. Una mariposa nocturna, gris y afelpada, giraba alrededor del foco que iluminaba el bar. Había cosas que, como ella, no tenían lugar a la luz del día y, tras las persianas, empezaba a insinuarse un cielo más claro.

### *Los orígenes del Parque*

Finalmente, Zorroarín dijo:

—¿Cómo consiguieron escapar con la Filarmónica?

—A usted no le interesa cómo conseguimos escapar, lo que a usted le interesa es la libreta número cuatro. Pero le agradezco la cortesía. Espere, me exalto con el relato, me agito. Tengo unos kilos de más. Bebamos como Pomorska en la posada de aquella aldea perdida, aunque un vino mucho mejor. Lo elegí especialmente para esta noche. Cosecha 1943.

—Continúe.

—Conseguimos escapar con la Filarmónica gracias a esas reuniones literario-musicales de Berlín que paradójicamente fueron las que también nos hundieron. El café Zarathustra, tan viejo, tan hermoso, lleno de ruido y furor. Se tocaba jazz, que en aquel tiempo era provocativo. Hubo una denuncia, se nos identificaba como comunistas y anarquistas, gente dudosa que frecuentaba lugares inmorales. Con semejantes apellidos, dese cuenta. Eran los días de la quema de libros, de gitanos, de judíos. La joven de quien alguna vez le he hablado y que algunas noches se afiebraba con el jazz, Francine, era pianista de la Filarmónica y estaba enamorada de mí. No se asombre, yo era rechoncho pero interesante. Para el treinta y nueve estábamos comprometidos y Pomorska trataba de librarse de Voyanis traduciendo al copto a un grupo de poetas nihilistas japoneses. Un esfuerzo inútil y él lo sabía: Voyanis y Pomorska estaban unidos para siempre. Por esos días aparecieron los primeros signos del desorden polígloto. La noche de la razzia, Francine nos esperó en el teatro y nos escondió en el foso de la orquesta. Francine era audaz, de piernas largas, una chica cosmopolita. Su padre era amigo de Karl Jaspers y estaba muy influida por el existencialismo. ¿Quiere que le diga algo? Mi desgracia es que en todo veo los dos aspectos, lo tragicómico, lo grotesco. Aquella noche perdimos todo, pero ahí, agazapados entre los botines de los músicos, con Wagner a toda orquesta... Me reía. Me acuerdo y me río, tengo que recordar también los ojos de Francine para ponerme serio. En fin, perdimos todo, salvo lo puesto y el cuaderno...

—¿Y la chica?

—Espere. Era sábado. Francine había hablado con los músicos y tenía todo arreglado. Los músicos hacían como que afinaban los instrumentos pero nadie estaba concentrado en eso. Varios de los profesores habían traído sus cosas, y el chofer de la Filarmónica esperaba con un ómnibus en marcha en la calle lateral. La huida fue en el entreacto, después de *La cabalgata de La valquiria*; por los fondos del teatro Pomorska y yo abordamos el ómnibus con unos cuantos músicos, hacía frío, se volaban las partituras. Francine no vino, su padre no quería dejar Alemania ni ella a su padre: allí quedó, en el callejón del teatro, el abrigo sobre los hombros, las dos manos apretadas sobre el pecho. Es mi último recuerdo de Berlín. Después, el camino: una sucesión de cráteres. ¡Qué baches! Prácticamente tres días sin comer ni dormir entre ese trayecto y la espera del barco en El Havre que nos trajo a Sudamérica. Pomorska, aferrado a su cuaderno no dijo una palabra durante toda la huida ni en el puerto. Cuando volvió a hablar, lo hizo en japonés mechado con no sé qué frases griegas incomprensibles: el desorden polígloto había hecho presa de él. El resto usted lo conoce. La llegada a Buenos Aires, el reencuentro con el Parque, la compra del local con el dinero que me había dado mi familia... Nuestro encuentro con usted fue providencial, si se lo mira desde un ángulo. Desde otro, era inevitable.

—Dígame ahora lo último, Mateyka, lo que cierra la noche, aquello que Pomorska contó antes de recluirse en la pieza de arriba, en su última visita...

—La libreta número cuatro, el llamado de las páginas periféricas de Voyanis. El

poeta había hecho un único viaje fuera de la aldea donde nació y murió. Hay un blanco en la vida de Voyanis; como si se hubiera borrado del mundo. Nadie supo cuándo exactamente lo hizo ni en qué ciudad estuvo, aunque hay conjeturas... Recuerdo viajes experimentales hechos con Pomorska en un radio de cincuenta, sesenta kilómetros, lógicos para el que se desplazaba a pie. Pero por allí no había ninguna ciudad. Le aclaro que esto no está en las notas. Después de la ausencia aparecen los poemas de la libreta número cuatro, tan enigmáticos en el contexto de la aldea y de ese paisaje. Ni siquiera se sabe si la ciudad era griega o si cruzó alguna frontera. La libreta lleva como título: *El Parque*. Los poemas son tan enigmáticos... Y ahora debo prevenirle algo. Esta necesidad suya de saber, este apremio por explicar lo que tal vez no tenga explicación, son poco saludables. El desvarío de mi amigo es peligroso, tal vez usted también fue contagiado por Pomorska...

—Yo, Mateyka, pertenecía al Parque antes de conocerlos a ustedes, y seguiré perteneciendo. Déjeme terminar la historia a mí. Voyanis visita en algún momento del fin de siglo una ciudad griega o turca o rumana que desconocemos y en la ciudad ve un parque sin nombre, como el nuestro. Un parque que razonablemente no podía existir. En alguna barraca, en algún laberinto o en algún juego entra en contacto con alguien o con algo: el descubrimiento lo guardó para sí. Permanece en esa ciudad, en ese parque días o semanas, no sabemos. De vuelta en la aldea escribe los poemas de la última libreta donde habla nada más que de ese encuentro, de ese parque fantasmal o real. Pomorska cree haber desentrañado un mensaje del cual Voyanis ha sido también un eslabón. El desorden polígloto de Pomorska demuestra que el mensaje está más allá de las palabras, y ahora cada cual debe rehacerlo por su cuenta.

—Se termina el vino, justo a tiempo. Es extraño lo que llaman destino de los hombres. El encuentro con usted, en este país más remoto todavía para nosotros que la Grecia de Voyanis... La huida de Europa y la llegada aquí fueron para Pomorska la confirmación del mensaje del poeta griego. Esta conversación con usted termina por cerrar el círculo.

—O abre otro.

—Otro círculo y otro Parque. Sin aquella maravillosa muchacha de la Filarmónica, ¿se da cuenta?, ninguno de los dos hubiéramos sobrevivido. Ella también sobrevivió y se casó con un pedicuro de Viena.

# **PARTE IV**

## **LA PARTIDA**

## En el camino

—Cómo es su nombre —preguntó Carlino.

Se marcaron los hoyuelos:

—Gioconda.

—Creí que ése era su nombre artístico —dijo agradablemente sorprendido Carlino.

—No, es el mío: Gioconda D'Annunzio.

A Carlino le resultaba imposible dominar su cara. Las facciones se le iban en una sonrisa irreprimible. Había hecho algo que le había salido redondo. Primera vez en su vida que se sentía tan seguro y feliz. Según podía ver, a ella le pasaba lo mismo. Miraba embelesada por la ventanilla, como si hiciera años que no veía una mañanita campera. El sol dorado sonreía sobre las parvas de heno. Los vacunos rumiaban y alzaban su mirada soñadora al paso de la camioneta, los perros ladraban, los pájaros volaban, los gauchos saludaban con la mano. Todo era como debía ser. Carlino sentía unas ganas imperiosas de cantar una chacarera, pero se contenía por la presencia profesional de su amada. La mañana es nueva como ellos dos: Carlino quiso decirlo pero no encontró las palabras. Su mano apretó sobre el asiento la suave y tierna mano de Gioconda.

—¡Qué grande! —dijo casi sin pensar.

La cantante tarareó algo caprichoso, totalmente fuera del repertorio lírico: algo tropical. Carlino hizo percusión de malambo sobre el volante.

—No tenemos nada para entretener el estómago. En cualquier lado paramos a desayunar, tengo plata. Traje todos mis ahorros, todo lo que tengo, que no es poco. He hecho planes. Esto no es un impulso, no es algo a la bartola, está todo pensado. No quiero que trabaje nunca más para Posseidone da Costa.

La cantante lo miraba con la boca abierta, los ojos azules fijos en el perfil de Carlino. De repente, muy seria, dijo:

—Lo seguiré a donde vaya. Le pertenezco.

La emoción oprimió la garganta de Carlino de tal forma que no pudo agregar nada. Cuando logró serenarse, dijo:

—Voy a casarme con usted.

Gioconda dejó pasar unos segundos hasta que la idea tomó cuerpo en su mente.

—Yo también —dijo—. Puedo cantar muchas cosas, lo que quiera. —Los ojos azules irradiaban determinación—. Podemos hacer giras, preparar números en los teatros de pueblo o en las plazas, no me importa. Lo único que me gusta es tener una bañadera.

—¡La tendrá! —aseguró Carlino—. De ahora en adelante yo me voy a ocupar de todo. En el próximo pueblo nos casamos, eso es lo primero. —Miró hacia los dos

costados—. Lo que no sé es dónde estamos.

El campo se extendía amable y luminoso, con suaves colinas de pasto y bosquecitos oscuros de sombra alargada. Carlino escrutaba la ruta en busca de alguna señal, pero no había letreros indicadores. Ya aparecerán, pensaba, ¿qué apuro hay? Su corazón saltaba liviano como un pájaro, sin que lo pudiera sujetar ninguna preocupación. ¡Había hecho lo mejor de su vida!

—¿Y qué ropa me puedo poner? —preguntó súbitamente Gioconda—. No traje nada como para un casamiento. No vine preparada para una boda. —Lo miró con una mirada que a Carlino le erizó la piel—. Y menos para la mía.

Sin decir palabra, Carlino detuvo la camioneta al costado del camino.

—La amo desde el primer momento en que la vi. Nunca me pasó nada igual. Todos estos meses he vivido para usted. Siempre fui un solitario. Nunca supe lo que era amar hasta la noche que me clavé la lata. Tomo como un milagro que yo haya pasado un día por la vereda del teatro, y a veces, en la noche, me aterrorizo pensando que pude doblar para otro lado. —Carlino tenía las manos de la cantante entre las suyas—. Lo nuestro es una fatalidad. Gioconda, ¿quiere casarse conmigo?

Los ojos azules titilaban, profundizados por la emoción.

—Ya le contesté que sí. Es la primera vez que alguien me quiere. Yo también lo quiero.

Un pájaro cantó largamente celebrando la mañana. Se marcaron los hoyuelos.

—¿Pero qué puedo usar para el casamiento?

Carlino puso en marcha la camioneta.

—Cualquier cosa, todo le queda bien. Ese vestido de seda, el de la primera vez que la vi...

Carlino se explayó en sus peripecias desde aquella noche de lluvia cuando había entrado por primera vez en La Rotonda Florida hasta la noche final de la latita para sostener espirales, cuidadosamente conservada como recuerdo. La cantante, que bebía sus palabras, contó a su vez de su infancia, triste y solitaria: huérfana desde niña y sin hermanos, se había hecho cargo de ella su nodriza y apoderada que administró la herencia de su padre hasta que ya no hubo más y tuvo que salir a cantar. Siempre había estado sola, sin parientes, sin protección.

Carlino escuchaba, conmovido.

—Posseidone tiene cantidad de contratos firmados por mí —continuó Gioconda—; tiene mi exclusividad por lo menos por quince años. Por toda mi vida, creo. Me tiene atrapada.

—Eso déjemelo a mí, ya lo vamos a arreglar, no quiero que ahora se preocupe por nada. —De pronto se le ocurrió que no era prudente dejarse ver en lugares demasiado grandes, ciudades con teatros, por ejemplo, a los que Posseidone podría llamar reclamando una pesquisa. Para los próximos dos o tres días sería necesario buscar pueblos chicos, donde nadie pudiera reconocerlos, sobre todo a Gioconda. A la vuelta hablo con el profesor Zorroarín, pensó Carlino, ese hombre tiene cara de solucionar

todo—. En tres días volvemos —dijo—. Tengo nuevos amigos, tengo dónde vivir.

—Lo que no quiero es volver a cantar en La Rotonda Florida.

—De ninguna manera —dijo Carlino—. De ahora en adelante usted va a cantar solamente donde quiera. Basta de imposiciones, somos libres. Ahora lo más importante es encontrar un lugar para desayunar.

A la cantante se le había iluminado la cara y volvía a sonreír. De vez en cuando Carlino detenía la marcha y se bajaban. Enlazaban las manos y apoyados en la camioneta miraban el campo. La cantante recogía manojos de manzanilla para perfumar la cabina.

—Gioconda —decía Carlino y volvía a repetir—: ¡Gioconda!

Detrás de las flores de manzanilla la cantante con ojos risueños preguntaba:

—¿Qué?

—Nada —decía Carlino y la tomaba de las manos.

En suma, poseídos por el mismo sentimiento de amor, los enamorados se amaban. Sólo se sentían algo hambrientos. Llegaron por fin a un monte de eucaliptos y fresnos junto a una laguna. En la laguna nadaban patos. Al costado del camino, un cartel destartado decía:

#### PARADOR 2 KM.

La flecha indicaba un desvío.

Cinco minutos después, cruzaban bajo una pérgola entrelazada de jazmines.

Una pequeña explanada, a la que se accedía por dos escaleras breves y curvas, se abría al frente del Parador. Las mesas de manteles blancos estaban preparadas. Jardín. Bancos de piedra. Glorietas con rosedales. Sobre la explanada se abrían las puertas ventanas de par en par. Entraron. Un gato blanco y negro dormía sobre el mostrador, delante del tablero de las llaves.

Carlino, enamorado y gentil, pidió habitaciones separadas.

## ¡Hacerme esto a mí!

—¡Hacerme esto a mí! —gritó el empresario saliendo al fin del sofoco—. ¡A mí, que la llevé a la fama, que empapelé los teatros con su cara! Dejarme sin explicaciones a punto de empezar la gira y por un desconocido. Dígame, ¿cómo pudo suceder algo así?

Las galochas negras sonaban ominosas sobre las tablas del escenario. El empresario hacía mudos ademanes de ahogado, se agarraba del telón. La apoderada, en primera fila, sacudía la cabeza, contrita.

—Es tan extraño. Esta muchacha ha cambiado mucho en los últimos tiempos. Ya sabía yo que esos trinos no presagiaban nada bueno.

—¡Y con mi vehículo! ¡El vehículo del teatro! Es una doble burla. ¡Pero esto no queda así! —vociferó volviendo a los ademanes el empresario—. ¡Para que sepa, la voy a bajar de cartel, no le pagaré las funciones! Ya mismo salgo a buscarla. —El empresario miró su reloj de pulsera—. Las doce. Nos llevan unas horas de ventaja. No importa. De algo va a tener que vivir. Va a tener que cantar. Ya me he comunicado telefónicamente con los teatros de la línea sudoeste. Me van a tener al tanto. ¡Van a saber que con Posseidone da Costa no se juega, años de empresariado teatral! A una buena persona no se le hace esto —suspiró henchido de un despecho mortal.

Poco a poco, Posseidone pareció aburrirse de la actitud enérgica. Lo que contaba era recuperar a la cantante, al fin y al cabo, pensaba en su fuero íntimo. La gallina de los huevos de oro. Que siguiera llenando el teatro y él pasando por boletería.

—Déjeme solo para reflexionar, ya le comunicaré las novedades.

El empresario volvía a poner otra vez los ojos en blanco como al borde de un ataque. Con una breve inclinación, se retiró la apoderada, caminando con la cabeza gacha por el pasillo central. Cuando quedó solo, Posseidone da Costa se recompuso rápidamente y bajó, ágil, del escenario. Se encerró en su despacho. De vez en cuando detenía su paseo nervioso para mirar el retrato tutelar. Una hora más tarde dejaba La Rotonda Florida con una determinación: recuperar a la cantante costara lo que costase. Predominaba en ese proyecto su papel protagónico; el aspecto salvador en el cual se veía como el único indicado, el señalado para recuperar un alma extraviada que, tal vez anegada en la confusión momentánea de la inexperiencia, se había desviado de su camino.

A bordo de su automóvil, un Kaiser Carabela negro, el empresario hacía horas que había dejado atrás la ciudad y rodaba por caminos vecinales, internándose en la supuesta ruta trazada por el raptor y la *primadonna*. La imaginación desbocada de Posseidone maquinaba la forma de restituir a la cantante a su hábitat natural, el escenario, de donde nunca debía haber salido. Aferrado al volante nacarado con tres radios que convergían en un círculo móvil, la bocina, fija la mirada en la punta del

capó coronada por el distintivo del Kaiser que representaba, justamente, una carabela con todas sus velas desplegadas, el empresario teatral se conmovía. Se veía por una vez defraudado y exprimía hasta la última fibra este sentimiento sublime. Bajo esa luz tierna, vislumbraba su persona como la de un ser superior, dispuesto a perdonar y a olvidar; endulzado su espíritu, imaginaba contratos frente a los cuales la cantante se desharía en lágrimas de agradecimiento. Contratos que incluirían toda la gama de caprichos que una *primadonna* pudiera requerir: vestuario, flores, giras principescas, teatros colmados, carteles enormes a todo color y las bañaderas que quisiera. Por otro lado, la zona siempre alerta de Posseidone hacía cuentas. Los dividendos que la cantante brindaba, cubrirían, como siempre, cualquier tipo de inquietud que el despilfarro de una persecución le pudiera deparar. El corazón de las mujeres era impenetrable, filosofaba Posseidone, y más que más el de una artista lírica. ¿Podía alguien decir que las conocía? ¡Qué esperanza! Por unos segundos, la obesa vanidad del empresario se sintió gratificada con imágenes del gran mundo que se desplegaron veloces en la pantalla superficial de su mente mientras sus ojos, en un nivel de concentración más bajo, no perdían detalle del camino, bastante poceado en esa ruta vecinal. ¿Acaso Onassis mismo no festejaba los inverosímiles caprichos de la Callas? ¿Acaso un empresario de raza no debía saber responder a estos imponderables de su estrella máxima? ¿No eran una dupla, en algún sentido, histórica, inseparable, unida por el sublime objetivo del arte? Y, acaso, esto Posseidone se lo confesaba por primera vez, ¿no era maravilloso sentir su corazón acelerarse ante la visión de la cantante lírica?, ¿no había pensado, en noches de transporte auditivo, poner a sus encantadores pies sus teatros? Quién como ella en el ataque franco, en la exacta aplicación del rubato y el portamento. Sólo el *homo economicus* que habitaba en el verdadero meollo del ser del empresario le había impedido dar ese paso de resultados, ahora se veía, tan inciertos para sus finanzas. Se estremecía Posseidone imaginando ese deseo hecho realidad aquella noche de locura, cuando, entre bambalinas, se juró escriturar una sala a nombre de los dos; confrontando ahora aquellas intenciones con la triste actitud de su pupila artística, se daba cuenta de que hubiera sido calamitoso. El solo pensarlo le hacía correr un sudor frío por la espalda.

Estacionó el Kaiser Carabela en la banquina. La ruta estaba desierta. Abrió la guantera y dio un largo beso a su petaca de Iperbiotina Malesci. Era ya el principio de la tarde y si bien los prófugos no podían haber llegado muy lejos, hizo rápida cuenta de que de ese modo no le iba a ser fácil dar con ellos. Condujo otros diez kilómetros esperando alguna señal. De pronto, a la entrada de un camino secundario, un cartel desvencijado, decía:

#### AEROCLUB

Saltó el corazón de Posseidone sintiendo que la Providencia venía en su ayuda, en ayuda del Patrocinador y la Artista unidos por la flecha de Cupido.

—¡La flecha de un Dios! —susurró apasionadamente el empresario en la soledad

del Kaiser Carabela.

Dobló a toda velocidad por el camino de tierra. Unos doscientos metros más adelante, apareció un galpón grande al costado del cual se abría una pista señalada con trazos de cal sobre el pasto. Estacionó al lado del hangar en una nube de polvo. Desde la ventanilla de la caseta de madera, un hombre lo miraba con curiosidad. Posseidone se asomó al hangar. Dos avionetas descansaban entre tambores de nafta, sogas enrolladas y piezas de motores. Volvió sobre sus pasos y se enfrentó con el que parecía el piloto que ya lo esperaba fuera de su puesto. El hombre, muy bajo, de cara redonda, campera de cuero, gorra con orejeras y antiparras en la frente miró el Kaiser Carabela desde diferentes ángulos. Emitió un largo silbido.

—¡Qué bote!

—Le alquilo una avioneta por una hora.

El aviador se rascó la cabeza por encima de la gorra.

—No sé qué decirle. Una es de exhibiciones y la otra es de fumigar.

—La de exhibiciones. Usted pilotea. Rápido.

El hombre se quedó mirándolo como si no comprendiera.

—¡Vamos, apúrese, qué está esperando! —vociferó el empresario.

Debajo de la gorra, el aviador pareció encogerse por el grito y así, encogido, salió corriendo hacia el hangar.

Diez minutos después, el empresario tomaba su lugar en la carlinga a espaldas del piloto. La avioneta carreteó en zigzag levantando polvo y espantando unas vacas que pastaban detrás del alambrado. El campo empezó a dividirse en cuadrados y rectángulos que iban del amarillo al verde intenso. Los montes de eucaliptos parecían pequeños lagos profundos. Con su mano libre, la otra se aferraba al borde del asiento, Posseidone sostenía el pañuelo sobre la nariz.

—¡Haga círculos cada vez más amplios! —gritó a la oreja tapada. El ruido era ensordecedor y el aviador pareció no oírlo. Lo sacudió por el hombro hasta que el piloto giró la cara redonda para ver la mano de Posseidone que describía círculos delante de su nariz.

Declinaba la tarde y las sombras se alargaban igual que las nubes en el poniente. La avioneta ganaba altura. Desazonado y ansioso, Posseidone oteaba el horizonte ignorando la nuca del piloto que parecía incrustada en el cuello de la campera. Siguieron girando y girando. Campo, sembrados, caballos, caminos de tierra. Después de un rato, a lo lejos, divisó una mancha blanca entre una arboleda.

—¿Qué es aquello?

El piloto ni se inmutó. Arriesgando la vida, el empresario se levantó un poco de su asiento y se inclinó sobre la cabeza hundida de su compañero. Gritó con todas sus fuerzas:

—¿Qué es aquello que se ve allá? —extendió el brazo para señalar, pero el viento le empujó el brazo hacia arriba como una paleta. El piloto miró en esa dirección.

—¡No, aquello allá abajo! —La boca de Posseidone se había pegado al cuello del

piloto que se retorció, jocosamente.

—Ay, ja, ja, no me hable tan en la oreja —las palabras volaron de la boca torcida—. Aquello es El Parador, kilómetro 320, camino vecinal.

—¡Baje! ¡Acérquese más!

El piloto giró el cuello al máximo con actitud de búho y lo miró por detrás de los vidrios redondos y oscuros de las antiparras. Levantó la mano derecha, hizo un círculo con el pulgar y el índice y movió la mano dos veces hacia adelante. De inmediato la avioneta empezó un descenso brusco y sesgado. Posseidone da Costa se aferró a los bordes del asiento; el estómago, por decisión propia, acababa de subírsele a la garganta. Reaccionó. Ya veía con mayor claridad bajo una enramada la camioneta del teatro. «Conque aquí están», se dijo el empresario con una mezcla de satisfacción y rencor. El Parador tenía un primer piso, en ese primer piso se veía con toda claridad una ventana abierta y, a través de ella, un fragmento del inolvidable cuerpo de la *primadonna*. Esto fue decisivo para Posseidone que, enérgicamente, ordenó.

—¡Baje!

El empresario no obtuvo respuesta.

—¡Que baje, le digo! ¡Que aterrice!

Pero el piloto parecía sumido en otros problemas. Con la cabeza prácticamente hundida entre las rodillas había desaparecido del comando y buscaba algo. El brazo de Posseidone se alargaba hacia el lugar delantero donde hasta entonces había estado el cuerpo del aviador.

—¡No hay más combustible! —La cara era la de un buzo que sube a la superficie a buscar aire.

—¡Eh! ¿Qué?

—¡No hay más combustible! ¡Tenemos que volver o no podremos aterrizar!

—¡No! ¡Espere! ¡Bájeme aquí! —gritaba Posseidone en una forma descontrolada, inédita en él. Pero no pudo meditar sobre esto. El pañuelo se desprendió de sus manos, realizó una voltereta frenética y se perdió en el cielo como un pájaro enloquecido. El piloto miró el efecto del pañuelo con la boca abierta. Repentinamente volvió a los controles.

—¡Sí! ¡Volvamos! —gritó bajo las antiparras.

Posseidone lo sacudió sin piedad mientras le gritaba: «¡Necio!», «¡Inepto!» pero el piloto no se dio vuelta. Juntó el pulgar con el índice en un círculo que proyectó brevemente hacia adelante, dos veces.

El empresario se disponía a hacer algo más efectivo cuando experimentó una sensación completamente nueva: todas sus vísceras —por primera vez Posseidone dimensionó el significado de tal palabra— se volcaron hacia el costado derecho, dejando los músculos, huesos y otras partes de su constitución anatómica pegadas al asiento.

—¡Auxilio! —se encontró susurrando con un hilo de voz.

La cabeza del piloto había desaparecido. Por debajo de los comandos y del ruido

discontinuo del motor, Posseidone oyó una voz semiahogada.

—¡Queda muy poca gasolina! ¡No queda nada!

El empresario veía subir y bajar montecitos oscurecidos. Manchas negras que, en un principio, atribuyó a desórdenes visuales provocados en su organismo por el constante movimiento de la máquina, resultaron vacas y terneros en fuga. A lo lejos se divisó el hangar como una isla; para alivio del empresario, aún podía distinguirse con bastante claridad el resplandor de las marcas de cal sobre el pasto.

—¡Señor! —imploraba el empresario— ¡concédenos una última luz! ¡Madre, ilumina a este desgraciado!

—¡No queda nada! ¡Ni una gota! ¡Emergencia! —Las antiparras enfocaron a Posseidone da Costa—. ¡Póngase el cinturón! ¡Agárrese de donde pueda! ¡Estamos sin motor!

—¡Mire allá! ¡Concéntrese! —Posseidone le pegó un manotazo brusco y desesperado a la gorra del piloto, señalándole las marcas de cal. El hombre mostró el círculo de dedos y lo proyectó esta vez hacia arriba dos veces, señal que el empresario interpretó como de visualización del campo de aterrizaje. Lo siguiente se desarrolló en forma vertiginosa, recordaría horas más tarde Posseidone, obligado a pasar la noche en su Kaiser Carabela.

La pista, apenas demarcada por las intermitentes manchas blancas, apareció en forma precipitada bajo los ojos del piloto y del pasajero. El aviador, luego de una de sus habituales zambullidas, se agarraba la cabeza como si quisiera desenroscársela del cuerpo. Era presa de un ataque de nervios ante los desorbitados ojos del empresario. La avioneta bajaba escorada hacia la izquierda; cuando Posseidone se recostó instintivamente contra el lado derecho haciendo contrapeso, el piloto, en un alarde de destreza, le imprimió a la nave un semigiro que tuvo el efecto abrupto e inesperado de dejarla en posición transversal a la pista de aterrizaje. La avioneta tocó tierra y volvió a elevarse empinada hacia el cielo, casi rozando el techo del hangar. Posseidone incrustado en su asiento intentó ferozmente atrapar la mano del piloto que ejecutó el círculo de dedos antes de desaparecer.

—¡Es la inercia de vuelo! —explicó desde el fondo. El movimiento convulso le estrangulaba la voz.

Dos saltos más, hasta que, finalmente, se detuvo el subir y el bajar, no así el rodar de la nave que, como mosca enloquecida, giraba sobre sí misma en una espiral cada vez más abierta.

—¡Mi coche! —gritó el empresario, definitivamente de pie en la carlinga, extendiendo el índice—. ¡Desvíese, se lo ordeno!

Pero el piloto, aferrado al timón como un navegante en la tempestad, no se dio por enterado. La tierra impalpable volaba hasta la sofocación sin terminar de asentarse a causa de los giros, de modo tal que, tanto el piloto como el pasajero parecían encontrarse en el epicentro de un pequeño tornado que, como un fantasma rural surgido de la misma tierra, se elevaba hacia el cielo recortado contra el fin del

crepúsculo. Lo que temía el empresario sucedió: el ala izquierda de la descontrolada avioneta se estrelló contra la parrilla del Kaiser Carabela con estruendo. En segundos, todo volvió a una profunda quietud campestre, salvo un zumbido monocorde proveniente del motor averiado y el caer del polvo que terminaba de posarse con gran suavidad.

—¡Qué circunstancias tremendas! —susurró el empresario con los dientes apretados, de pie en la carlinga, cubierto de tierra.

Dos horas más tarde, Posseidone da Costa, a bordo del Kaiser Carabela a su vez bajo el hangar, abrigado por una manta solícitamente alcanzada por el piloto y con una contusión en la frente, comenzaba una larga noche de desvelo. El piloto, compungido y pesaroso, había ido en un jeep destartado al pueblo en busca de un mecánico, herramientas y repuestos, pero Posseidone sabía que hasta la mañana siguiente, cuando —¡ay!— ya fuera demasiado tarde, no podría salir otra vez a la ruta. Un nudo de impotencia le cerró la garganta mientras un odio general y antiguo se levantaba dentro de él como fulgurante ola y se concentraba en la figura desconocida del raptor. Abrió la guantera buscando la consoladora petaca de Iperbiotina, de paso constató que en el fondo estaba, lista como siempre para cualquier emergencia, su Beretta.

—Qué noche profunda y misteriosa —dice Carlino ganado por su parte dada al soliloquio. Estaban frente a la ventana abierta del Parador.

—Por qué misteriosa —susurra Gioconda—. Dígame.

—No sé —Carlino hace un gesto como de espantar un escalofrío—, piense que hace dos meses yo la veía de lejos entrar en el teatro, inalcanzable para mí. Esperaba su aparición en la vereda, miraba sus fotos en la cartelera, me emocionaba cuando la aplaudían...

—Trataba de llegar hasta mi bañadera —el ánimo de Gioconda era jocoso, pero Carlino estaba embargado por la emoción.

—La veía como a una estrella fugaz, no, como a un hermosísimo pájaro que canta en el bosque fuera de la vista... —apretó el hombro de su amada—. Tengo una visión, Gioconda.

—Cuál.

—Una barraca de canto lírico, en el Parque. Un pequeño teatro con telón de terciopelo azul y boletería con barrotes de bronce; lugar para la orquesta, no tiene que ser un foso, pero sí un lugar para la orquesta; un camarín y un foyer. Al frente, ya lo tengo prefigurado, un cartel con su nombre entreverado de madreselvas...

—Cómo se le ocurrió, Carlino.

—Lo vi en la noche. Por eso le digo, Gioconda; como la vida, la noche es misteriosa.

La cantante levantó los ojos con admiración y los dejó fijos en el perfil meditabundo de su esposo.

## Se precipitan los acontecimientos

Resumiendo: Carlino y Gioconda D'Annunzio, sin sospechar la cercanía del empresario, se han casado en el Parador al abrigo de las pérgolas y ante la presencia del Juez de Paz. La luna de miel dura dos días. Al tercero deciden volver para buscar una barraca en el Parque. Mientras tanto, Posseidone da Costa ha debido permanecer sendos dos días bajo el hangar a la espera del arreglo del Kaiser Carabela. A punto de entrar en la ciudad, Carlino descubre que un automóvil negro los sigue: es Posseidone da Costa.

Zorroarín frente al espejo de su estudio en El Laberinto del Terror, medita sobre el poeta griego y su conversación con Mateyka; presiente una visita importante.

En los altos del local, Pomorska, con una sonrisa pensativa, distribuye sus escasas posesiones en la valija marrón abierta sobre la cama. Mateyka, melancólico, lo observa desde la mesa de trabajo donde, junto al cuaderno con la traducción de Voyanis, esperan dos copitas de ajeno. Beben en silencio. Pomorska se acerca a la ventana y mira el Parque a lo lejos. Mateyka baja a atender a los parroquianos.

En el Dancing Park, enigmática, distante, y si cabe un poco más hermosa, Lisa baila con un solitario que le cuenta su vida en la que intervienen, de manera decisiva, las carreras de automóviles.

Marco apenas piensa en Lisa. Ha sufrido un proceso de transformación que lo intriga y, al mismo tiempo, lo hace sentirse intrépido, cada minuto más sagaz, como recorrido por una espiral de ozono. En este estado casi de levitación, camina por el Parque, lugar donde también se encuentran Beauconseil y Ezpeleta, socios en lo material y en lo espiritual, buscando un lugar para su barraca de lectura: debe ser un lugar tranquilo y amplio.

La hermandad practica y aúlla.

## El parque entre la niebla

Por el espejo retrovisor Carlino distinguía la boquilla de nácar que brillaba en las luces de las bocacalles con siniestro fulgor.

Sin poder evitarlo, su preocupación había ido en aumento desde que distinguió en el espejo la silueta del Kaiser Carabela. Ya no cabía una conversación civilizada con ese hombre en la que él pudiera explicarle su amor por Gioconda y la decisión que habían tomado. Con Posseidone ya no cabía nada. Carlino intuía no sólo un despecho empresarial sino algo más profundo que había tocado el orgullo o, quién sabe, tal vez alguna zona oculta de aquel hombre extraño y perverso. La camioneta dobló con un giro tan brusco que la cantante se precipitó sobre Carlino con un grito de pánico.

—¡Nos vamos a matar! Paremos y hablamos con él —suplicó Gioconda.

Carlino sabía que eso era imposible.

—No quiere hablar; quiere llevarla de vuelta al teatro. —Aunque casados, la pareja no se tuteaba—. Y si puede inventar una artimaña legal para que quede en su poder, seguro que lo hace. Si no lo ha hecho ya. O lo despistamos o caemos en su poder.

Aceleró a fondo. Pensó, con asombro, en el vuelco que había experimentado su vida en los últimos días. Una mujer lo amaba, se había casado y era perseguido por un hombre sin escrúpulos. El futuro inmediato se abría incierto ante la mente preocupada de Carlino. ¿Sería posible abrir una barraca en el Parque, tal como lo habían soñado con Gioconda? Esa ilusión parecía imposible a la luz de las presentes circunstancias. Posseidone jamás lo permitiría.

El chirrido de las gomas en el empedrado húmedo, hizo que los parroquianos de Pomorska y Mateyka levantaran la cabeza. Lo que vieron, bajo la luz oscilante de la esquina, fue un fragmento de la vertiginosa persecución. La camioneta dobló casi en dos ruedas. El Kaiser Carabela derrapó en la curva y quedó atravesado en la bocacalle lo que le hizo perder a Posseidone unos segundos preciosos. La camioneta se escabullía adelante.

—¡Allí! —exclamó Gioconda—. ¡Guiémonos por la Rueda!

A lo lejos, en el resplandor nocturno del Parque, se distinguía la morosa circulación de la Rueda de la Fortuna. Siguieron al costado del antiguo paredón donde las calles se volvían oscuras y secretas; cada vez más oscuras y secretas. Carlino dobló por un pasaje y volvió a doblar. Aunque no sabía dónde estaba, al menos había dejado atrás en alguna vuelta al Kaiser Carabela. «Por el momento», pensó Carlino y desaceleró para orientarse. Los envolvió la niebla.

—Un banco de niebla —dijo mientras notaba que cada vez se hacía más espesa.

Tuvo miedo de perderse y detuvo la camioneta; ya no distinguía la Rueda de la Fortuna, aunque calculó que estaban muy cerca de alguna de las puertas del Parque.

## Marco descubre algo

Marco ha deambulado entre barracas y juegos, atento y distante, viendo cómo un sol rojo, apocalíptico, se hundía detrás de la inmensa Rueda. Sucumbió por un momento a la tristeza que siempre precedía al encendido de las luces, se alegró después, y ahora se pierde por fin entre la multitud anónima. Esta noche tiene un presentimiento. El Parque brilla de una manera inusual, o tal vez él había dejado de verlo en las últimas semanas tal cual era. Bajo ese resplandor, Lisa se opacaba; hasta empezaba a parecerle tonta, siempre comiendo maníes o pochoclo, con ese pelo y ese vestido lila. Marco ha comprendido algo. No se trata del hijo del dueño de la cadena de almacenes, como estúpidamente creyó al principio; es otra cosa indefinida lo que lo aleja de Lisa, poniéndola en un lugar inalcanzable. Y lo curioso, piensa Marco, mientras camina por el Parque arrastrado por una muchedumbre a la que vuelve a percibir de una manera que creía irrecuperable, lo curioso es que Lisa no está diferente, está como siempre y Marco diría que hasta más apacible y hermosa que nunca. Sólo que a él ya no le importa.

Esos últimos días, a la salida del Laberinto, ha comprado sistemáticamente su boleto, ha ido al Dancing Park como para probar algo, y la ha sacado a bailar. La rabia y el desconsuelo del principio se aplacaron con el correr de los días, convirtiéndose en una melancolía cada vez más pálida y liviana, y al final hasta molesta, como si él mismo tuviera nuevas y excitantes cosas que hacer y que pensar, y Lisa se convirtiera en un lastre que, como el de los barcos, debía abandonar para salir adelante. Se cruzó con algunas parejas que corrían y se lanzaban sobre la boletería de El Pulpo. Una chica de vestido volátil, miraba indecisa a un lado y al otro, su compañero le tiraba de la mano. La chica reía y fruncía la cara y volvía a replegarse y a reír.

Un torbellino de tristeza impulsó a Marco hacia adelante; tropezaba con la gente como si los sentimientos le obnubilaran no sólo la cabeza sino el cuerpo, y ese mismo torbellino se deshacía ahora y se aquietaba, dejándole un vacío en el que Lisa también se empequeñecía como tragada por un túnel de distancia. Había mil mujeres en el mundo; de hecho, Marco sólo veía mujeres pasar por ahí.

Irreprimiblemente deseó encontrarse con la Hermandad, necesitaba ver sus caras; necesitaba sus gestos torvos, burlones; los alumnos del miedo, los derrochadores de energía, alcoholizados noctámbulos en noches de aullidos... Marco no sabía por qué ya los veía bajo un velo de nostalgia, como si los recordara o como si se despidiera. Buscó entre la gente. Saltó para mirar sobre las cabezas. Ninguno andaba por ahí. Pero, de golpe, a Marco no le importó. De golpe, quería seguir solo. La rugiente primavera del Parque lo poseía, entraba en sus venas y volvía a empujarlo hacia adelante, sin ton ni son. La multitud, la Rueda, el rock del Pulpo le electrizaron la

sangre, le cosquillearon en las piernas y le nublaron la cabeza. Subían a su mente fantasías perturbadoras, ráfagas de pesadillas, embriones de terrores primarios. Una alegría salvaje era lo que sentía —con la piel erizada Marco se decía estas cosas en un rincón de su mente—, un erotismo pánico que lo empinaba sobre una ola de cristal molido donde brillaba un sol como un diamante. Corrió hasta El Pulpo, rodeó la caseta y, bajo la inmensa y negra estructura de hierro con su vientre iluminado en el centro, allí, en el lugar donde había peleado por Lisa con el fanfarrón caníbal, como un poseído gritó, dio un grito terrible y se rió solo como si hubiera enloquecido, gritó con los ojos abiertos mirando entre los tentáculos mecánicos las indiferentes, jóvenes, viejas, fracasadas, felices o inocentes caras que lo ignoraban por completo entre el tumulto de los engranajes. Jadeante en la oscuridad, volvió la cara hacia arriba. Muchos metros por encima de él, sorda y muda, la silueta poderosa manipulaba palancas.

Se echó a caminar, un poco más tranquilo. El corazón se le había aplacado. Andaría un rato por ahí y después vería al maestro. ¡Que lo probara ahora! Marco rió en medio de la multitud, se sumergió riendo entre la gente como quien se zambulle en el mar.

—¡Vengan a ver el desfile de carruajes! —ampliaba un megáfono—. ¡Vengan a ver los carruajes antiguos!

—¡Experimente el peligro! ¡Entre en La Mansión Incendiada!

—¡Enamórese en las góndolas venecianas!

—¡Siete tiros para los buenos mozos! ¡Siete tiros para los hombres de puntería!

—Tres piezas o temas por bailarina —murmuró Marco.

Y no sintió nada.

«Lisa se ha retirado de mí», pensó parado frente al Dancing Park. Trataba de alcanzar lo más alto que había en la vida, pero ¿qué era? Respiró hondo. Un horizonte sin Lisa se abría ante él, en algún lugar, como una clarividencia. En medio del enjambre humano se sintió solo...

Y, de pronto, Marco salió de sí; empezó a mirar a su alrededor y vio. ¡Vio! Está viendo todo lo que lo rodea con increíble claridad. Los solitarios del Parque, sorprendentemente parecidos a él mismo; las parejas; los viejos y los jóvenes: toda la gente que pasa junto a él; registra a cada uno con ojos febriles y corazón acelerado. Cada cara que ve le despierta inmediatamente una certeza.

—El carcomido por el vitriolo —murmura—. El torturador de la Gestapo, el monje inquisidor...

El consuelo es amargo pero le abre los ojos. Las caras transparentan el miedo y él mismo se asusta de tanta fragilidad. Así debe ver el maestro, se dice, o tal vez con mayor claridad. Y debe ser casi insoportable aunque, como a los pozos a los que se asomaban los héroes con afán de sabiduría, tan peligroso como irresistible.

La mujer viene en su dirección del brazo de un hombre. Un miedo pequeño y profundo vive con ella, oculto a todos. Si esta mujer comprara un boleto en El

Laberinto, la enfrentaría con su efigie más oculta, con la cara grotesca y mínima de un miedo secreto y casi invisible y de allí saldría un grito de espanto, un pequeño fantasma corporizado por segundos en el grito de la mujer que se liberaría de aquello que ha guardado en el fondo de su corazón. La mujer ahora va a cruzar a su lado. Marco la mira; la mujer devuelve la mirada y por un instante sus ojos se abren desmesuradamente. Tropezó y se detiene, la mirada fija en los ojos de Marco y los ojos le dicen:

—Sé qué te asusta, sé de tu miedo.

Es un segundo. El hombre vuelve la cara, extrañado, hacia su compañera que en ese momento sale del trance y vuelve a caminar con normalidad. La mujer da vuelta la cabeza y mira a Marco detenido entre la gente.

Marco comprendió toda la dimensión de Zorroarín. Esos fantasmas revelados eran solamente una parte visible del iceberg que cada uno tenía que enfrentar en lo hondo. Había empezado como un cosquilleo en la garganta y ahora se reía otra vez sin control, sin importarle nada ni nadie. La gente a su lado también se reía, sin saber de qué. Sin embargo era una risa solitaria la de Marco. Supo que podría compartirla con un solo hombre y que éste estaba en El Laberinto. Abrió los brazos bajo las luces y la música del Dancing Park. Cerró los ojos. Estaba solo pero era libre. Adiós, Lisa, dijo su corazón.

Pero quería despedirse.

Lisa bailaba con un muchacho rubio y quebradizo. Marco pidió una cerveza y desde allí los observó. El muchacho hablaba y ella sonreía al contestarle. Marco prestó atención a esa sonrisa. Su mirada fue tan insistente que Lisa sin querer levantó los ojos. Se miraron. Marco experimentó una sacudida, no de sorpresa sino de constatación.

¡Así que Lisa también sabía y cumplía su papel! Cruzó la pista. Ella lo esperaba de pie y fue a su encuentro. Bailaron en silencio las tres piezas. De vez en cuando Lisa lo miraba seria, con algo parecido a una sonrisa en el fondo de los ojos. El fondo de sus ojos sonreía, desde allí lo miraba.

—Te vas —dijo en voz baja Lisa.

No era una pregunta.

Marco la miró. No era noche para extrañarse de nada.

—¿Yo? No, a dónde me iba a ir.

—Te vas a otro Parque. Llegó la hora de tu propio Laberinto.

Marco separó la cara para mirarla de frente.

—¿A qué Parque? Éste es mi Parque...

Lisa lo interrumpió.

—¿Fuiste a ver a Zorroarín?

Marco apretó el cuerpo delgado de Lisa contra el suyo. Quería decirle todo lo que sentía o había sentido por ella, decirle que venía a despedirse no porque él se fuera sino porque algo entre ellos se había roto. Algo irrepetible había concluido y no sabía

bien ni cómo ni por qué. Era como si Lisa y él...

—No —contestó Marco—, es como si...

—Como si hubiésemos caminado juntos por el mismo camino —dijo Lisa—. Y ahora el camino se abre, y cada uno debe seguir el suyo...

—¿Por qué tienen que separarse? —Marco habló sin pensar, pero sentía que Lisa había dicho justamente lo que él intentaba decirle y volvió a subir a la superficie ese sentimiento ambiguo de impotencia, de rebeldía ante la separación que lo impulsó a apretarle la mano hasta que ella se quejó. Estaban detenidos en el medio de la pista.

—No sé —dijo Lisa—, pero es así y creo que está bien. Cada uno tiene su lugar. —Se frotaba la mano izquierda con la derecha; extendió los dedos estudiándolos como para ver si las falanges estaban en orden—. Un lugar necesario, único, irremplazable. —Dejó las manos y lo miró—. No sólo nosotros, todos —e hizo con el índice en alto un circulito en el aire, entre su pecho y el de Marco. El circulito se expandió. Era la pista, el Dancing Park, el Parque, el mundo.

¿Quién era esa chica? Por primera vez habían hablado tanto. Marco empezó a sentir una especie de felicidad. Lisa no estaba sola ni a merced del hijo del dueño de la cadena de almacenes ni de nadie. ¡Lisa era también libre! La miró sonreír; bajó la cara y le dio un largo beso en los labios. Después giró y se abrió paso entre las parejas hacia la puerta de salida. Cuando volvió la cabeza, ella hizo un gesto leve de vaivén con la mano, y Marco siguió su camino entre los solitarios del Parque, a los cuales comprendía ahora hasta lo más recóndito de sus cuartos de solitarios.

Desde la salida, antes de sumergirse en el tumulto de la noche del Parque, miró hacia adentro por última vez. El perfil atento de Lisa se levantaba hacia un chico de campera de cuero y patillas a lo Elvis Presley que le extendía el boleto.

Marco salió definitivamente. Debía ver al maestro Zorroarín.

## Posseidone muere

En los arrabales del Sur, el Parque se envuelve en una niebla opaca que apenas deja ver a dos metros. Dentro de la camioneta, detenida en mitad de una callejuela, Carlino y Gioconda miran en silencio las ráfagas blancas desplazarse sigilosamente delante del parabrisas. ¿Dónde están? Carlino pasó un brazo sobre los hombros de Gioconda.

—Si hubiera tenido tiempo de ubicar al profesor Zorroarín —susurró Carlino—, él nos habría ayudado. Seguro que él sabe qué nos conviene hacer. Es el que más conoce del Parque.

—Tenemos que devolver la camioneta —murmuró a su vez Gioconda.

—No es tan importante —dijo Carlino, pero en su interior pensó que era casi lo que más le preocupaba; lo podían detener por robo.

—¡Allí! —exclamó en un susurro ahogado la cantante.

Silencioso y fúnebre, el Kaiser Carabela de Posseidone cruzó lentamente la bocacalle entre la niebla; la silueta del empresario, encorvada sobre el vidrio del parabrisas. Al rato, Carlino dijo:

—Mejor no enciendo el motor. La niebla puede llevar el ruido muy lejos. Vamos a esperar aquí.

Gioconda respiraba entrecortadamente. Como para hacer algo que la distrajera e impidiera la pregunta para la cuál no tenía respuesta, por ahora: ¿Esperar qué? Carlino sacó una linterna de la guantera y miró la hora.

—Siempre le tuve miedo —dijo en voz baja la cantante—. Desde que lo vi por primera vez.

—Esto va a terminar pronto —dijo Carlino para tranquilizarla; en realidad no tenía ni idea de cómo podía terminar su encuentro con Posseidone. Si sólo tuviera un lugar seguro dónde dejar a Gioconda. Tomó una decisión.

—Bajo a ver si me oriento. Cierre las puertas con traba. Si pasa algo toque la bocina, solamente si pasa algo.

La cantante dijo que sí con la cabeza. Carlino bajó. El haz de luz se proyectó en la niebla con una consistencia casi sólida. Carlino le hizo señas de que apagara las luces bajas y dejara las de posición. El lugar adquirió un aspecto fantasmal. Gioconda distinguía a Carlino por el haz de la linterna que parecía avanzar desde la nada. El corazón le latía acelerado y tenía las manos cruzadas sobre el pecho. Respiraba apenas.

La niebla se hizo un poco menos espesa; con un sobresalto volvió a ver, en un hueco inesperadamente claro, a unos cincuenta metros, la silueta de Carlino recortada contra el enorme paredón del Parque. Estaban al costado de alguna de las puertas, pero vaya a saber de cuál. En ese momento sonó un golpe sordo en la parte trasera de

la camioneta. La cantante se dejó resbalar silenciosa por el asiento hasta el piso y puso el seguro; la cabeza unos centímetros por debajo del borde de la ventanilla. Los pasos se hicieron perfectamente reconocibles para Gioconda D'Annunzio. ¡El quejido inconfundible de las galochas de Posseidone le heló la sangre! La cara del empresario se pegó a la ventanilla enmarcada por las manos que hicieron pantalla contra el vidrio. Gioconda ahogó un grito de terror: ¡Posseidone empuñaba un revólver! Arrodillada en el piso, se abrazó la cabeza sobre el asiento. Los pasos siguieron su curso hacia la parte delantera. Gioconda extendió con cuidado el brazo hasta poner el seguro a la puerta del volante. Se irguió un poco para espiar por el parabrisas: frente a las luces de posición, la silueta de Posseidone, de espaldas, se veía más torva y amenazante que nunca. Se dio vuelta y enfrentó el motor. La cara pálida, el bigote fino, la boquilla de nácar y la mirada extraviada del empresario teatral la enfrentaron sin verla. Se deslizó Posseidone por el otro costado e intentó abrir la puerta del conductor. La cantante era un bollo en el fondo del piso. Posseidone emitió un rugido de contrariedad y otra vez las galochas volvieron hacia adelante, siguiendo el vacilante camino de Carlino, hasta perderse en la niebla.

Febrilmente, Gioconda calculaba cómo avisarle a Carlino que el empresario llevaba un arma. ¿Y si lo mataba? Ante este pensamiento terrible, perdió todo rastro de temor. Abrió cautelosamente la puerta. No veía nada, no oía sonido alguno. Empezó a caminar hacia el paredón del Parque. La copa alta de un plátano se le vino encima entre la niebla. La cantante subió a la vereda y se pegó al muro para no perderse. Se quitó una cinta del pelo y la ató a una rama del plátano para reconocer, como Gretel, el camino de regreso. De vez en cuando, la liviandad de la niebla le dejaba ver la calle empedrada y las mudas casas de enfrente que parecían deshabitadas. Avanzó tanteando el muro cuando la niebla se disipó y vio, enfrente, el cartel: Taberna de la Puerta Sur.

La calle, inmóvil en el tiempo, mostraba un aire antiguo, vagamente colonial. Con un sobresalto, la cantante distinguió el haz de luz de la linterna de Carlino; cuando iba a llamarlo, se le cortó el aliento: entre dos ráfagas, apareció la silueta de Posseidone unos metros detrás de su amado, alzando lentamente el brazo con el arma. En los segundos siguientes, los hechos sucedieron a tal velocidad que, confundida, la cantante no sabría después cómo relatarlos: el brazo extendido del empresario, la espalda del desprevenido Carlino y, cubriéndolo todo, un ruido restallante de cascos de caballos que venían como una exhalación desde el fondo de la niebla sacando chispas sobre el empedrado. Carlino giró, Posseidone apuntó, la cantante gritó y el estrépito furioso creció y se magnificó: un carruaje virreinal, un galerón enorme como una proa apareció chirriante en la cortada. En el momento en que el empresario apretaba el gatillo, fue arrollado por la galera que lo arrastró entre las patas de los caballos como a un muñeco de trapo. El carruaje se esfumó en un túnel de niebla, tan veloz como había aparecido.

Todo volvió al silencio inicial. Gioconda corrió hacia Carlino, quien la estrechó

entre sus brazos sin entender muy bien qué había ocurrido. En medio de la calle, yacía el empresario teatral Posseidone da Costa. A escasos metros, brillaba el hule negro de una de sus galochas. Eran las diez de la noche y Zhiago había presenciado todo lo ocurrido desde la Taberna de la Puerta Sur.

Estupefactos, Carlino y Gioconda permanecieron abrazados en medio de la calle mirando el cuerpo de Posseidone que, sin duda alguna, ya había muerto. La niebla se disipaba. A unos metros, rechinaba el balanceo amistoso del cartel.

—No me explico qué fue lo que pasó —dijo Carlino.

—Este hombre le venía apuntando por la espalda con un arma —dijo Zhiago; se había acercado al cuerpo del empresario, le había pulsado el cuello y le cubría la cara con un repasador—, cuando apareció el carruaje y lo atropelló. Es el empresario teatral.

—¿Qué hacemos ahora? —el susurro de Gioconda sonó atemorizado contra el hombro de Carlino. Después dijo—: Por favor, cúbralo.

—Ya lo cubrí —dijo Zhiago.

—Primero voy a buscar la camioneta —dijo Carlino—. Espéreme allí —y señaló la Taberna. Pero ninguno de los dos se movió.

—Carlino —dijo la cantante con voz firme mientras levantaba la cara hacia su flamante esposo.

—Qué —dijo Carlino.

—Somos libres para siempre.

—Conque quería matarme —dijo serio Carlino y sacudía la cabeza, pensativo. De golpe dijo—: Creo que la quería.

La cantante abrió grandes los ojos.

—Yo creo que no quería a nadie.

—La quería. A su manera, pero la quería. Lo malo tiene algo de bueno y lo bueno algo de malo, siempre es así —expresó Carlino a quien los últimos acontecimientos y la muerte súbita del empresario habían impresionado de manera filosófica—. Nunca el hombre es de una sola pieza, ni el santo ni el criminal; recuérdelo Gioconda, ni el hombre ni la mujer. Hay un momento en que... No sé cómo decirlo; me siento culpable de que este hombre. Mírelo, ahí, en el suelo... Vea esa galocha. ¡A lo que queda reducido un hombre!

Zhiago carraspeó discretamente y dijo:

—Fue un accidente. Yo vi cómo se desarrolló todo. Voy a avisar al teatro para que lo vengán a retirar. ¿Tendrá parientes?

—¿Quién? —preguntó asombrada Gioconda que se había perdido en las elucubraciones de Carlino.

—Posseidone da Costa.

—Ninguno... o, tal vez... Que le avisen a Enriqueta, la que era mi apoderada. Con ella se entendían bien.

—Vamos al Parque —dijo súbitamente inspirado Carlino—. Tenemos que hablar

con el profesor Zorroarín.

## Encuentro

Beauconseil prueba suerte en la barraca de Miss Lizzie. Carlino, Gioconda y Ezpeleta toman naranjadas con pajita sentados en un banco mientras esperan al contador de historias. En eso están cuando Carlino descubre, junto a Beauconseil, a un muchacho al que cree reconocer.

—Yo a usted lo conozco —dice Carlino, acercándose a Marco. Está seguro de que es uno de los que lo ayudaron la inolvidable noche del rapto de la cantante. Marco se da vuelta y Carlino queda impresionado por la determinación de su cara, mezcla de euforia e impaciencia.

Se dan la mano efusivamente.

—¿Y sus compañeros, por dónde andan?

—Por ahí. En la taberna.

—Qué buenos muchachos. Le presento a mi esposa. —Carlino siente que el orgullo lo desborda cuando ve a Gioconda levantarse del banco y caminar hacia ellos. Tan calma y sonriente. Tan como si no hubiera pasado nada. La cara de Posseidone, tapada con un repasador, le salta al recuerdo, pero sacude la cabeza y vuelve a la contemplación: «Tan señorial», se dice, dejando atrás el pasado para siempre, «como si caminara por el escenario entre aplausos, y tan hermosa». Anonadado por la idea de que esa mujer es su mujer, Carlino casi se ha olvidado de la presentación.

Marco le da la mano a la cantante y se inclina gentilmente. El otro acompañante de Carlino permanece un poco apartado, absorto en sus pensamientos o tal vez, simplemente, mirando la alta y desgarbada figura de Beauconseil apoyada sobre el mostrador y apuntando a los patos del fondo bajo la irónica mirada de Miss Lizzie. Con gesto sensual, ella deja fluir lentamente el humo del cigarrillo.

—Éste es nuestro amigo —dice Carlino—, el inventor Ezpeleta.

Girando hacia él, le hace espacio para que se arrime.

*Trac, trac, trac.* Sorprendido, Marco tropieza de pronto con una barrera de opacidad: Ezpeleta parece inmune al miedo. Marco hace un esfuerzo y pasa la barrera. Después, para asombro de todos, ríe largamente. ¡Si lo supiera el maestro!

—Encantado —dice la voz aflautada del inventor.

—Estamos buscando dos barracas libres, para nosotros, para los cuatro —explica Carlino—. Queremos instalarnos. ¿Sabe de alguna que no esté muy retirada? ¿Sabe dónde puedo encontrar al profesor Zorroarín? Desearía hablar con él.

—No sé —dice Marco, y siente muy en el fondo de su conciencia que algo todavía sin nombre, de fuerza creciente y definitiva, se empieza a armar—. Sí sé. Búsquelo antes de medianoche, en Pomorska y Mateyka. Él conoce todo del Parque.

Media hora más tarde. Zorroarín y Marco, apostados en la puerta lateral del Laberinto del Terror. El maestro está diciendo en voz baja algo sobre esa noche y

sobre alguien a quien Marco debe conocer. Marco apenas escucha. Está distraído por la visión fugaz de la silueta de un hombre flaco, de barba, con un tosco chaleco de cuero de oveja. Antes de que pueda articular una palabra, la silueta se desdibuja y se pierde como un fantasma entre las sombras y el humo de La Mansión Incendiada.

—Qué raro... —dice Marco, mirando a Zorroarín—. ¿Usted vio a ese hombre tan...?

La mirada del maestro fue inexpresiva.

—¿Hombre?

—No sé, me pareció, por allá —señaló Marco con un gesto vago.

—No vi nada.

—No sé, me pareció.

—Volvamos a nuestro asunto. Tu imaginación trabaja otra vez. ¿Ya estás listo?

Zorroarín había adquirido un aire sospechoso de espionaje y lo miraba de reojo. Como un rayo, giró a Marco de cara a la explanada donde la gente hablaba, reía y compraba pochoclo al enano del quiosco chino.

—¡Aquél! —susurró intensamente el maestro.

Marco disparaba las respuestas enfocando a unos y a otros.

—¡El torturador de la Gestapo!

—¡Aullido licantrópico!

—¡El carcomido por el vitriolo!

—¡Salida de la tumba con colgajos!

—¡El gaucho en el cepo!

—¡El guiñapo humano!

—¡Ceñimiento de glúteos con estertor!

—¡El indio malonero!

—¡El leproso medieval!

—¡El atacado por las palometas!

De pronto, al mirar hacia las barracas, el maestro tuvo un sobresalto.

—Ahora mucho cuidado —dijo al fin—. Aquél.

Rumbo a la Puerta Oeste, un poco rezagado del grupo, iba caminando Ezpeleta.

Marco sonreía.

—El caníbal —dijo.

Zorroarín abrió enormes los ojos, se pegó una palmada en la frente y lanzó una carcajada incontrolable.

—Suficiente —dijo cuando se calmó—. Esta noche, tarde, en Pomorska y Mateyka.

## Noche final

Ha pasado largamente la medianoche. Las luces de Pomorska y Mateyka se derraman acogedoras sobre el empedrado húmedo que brilla y se opaca en el vaivén de la lamparita de la esquina: adentro, los parroquianos de esa noche se sienten unidos por un clima de secreta y muda complicidad, lo que confiere a las conversaciones un tono clandestino de media voz. Marco ha entrado en el Despacho de Bebidas, sereno el ánimo, dispuesto a leer (en el Laberinto, de donde viene, acaba de birlarle un libro a Zorroarín) y a esperar los acontecimientos. Se siente liviano y disponible como nunca. En una mesa del centro, Beauconseil y Ezpeleta conversan, completamente absortos en lo que parece un plano sobre el que trazan líneas y hacen anotaciones. Carlino y Gioconda, junto a la ventana, miran las luces lejanas del Parque.

Mateyka, detrás de la caja, tiene esta madrugada una actitud desacostumbradamente parca, nada ostensible. Cada tanto, su mirada tranquila sobrevuela el local y las mesas de los parroquianos, constatando que las cosas están en orden, cada una en su lugar; y una vez que ha observado una por una las caras concentradas en sus conversaciones, mira otra vez la escalera que, partiendo del fondo del Reservado, sube a los altos. En noches como ésta, el orgullo de ser el propietario del Despacho de Bebidas emociona a Mateyka. «Cualquiera puede tener un bar, piensa, pero no cualquiera tiene un bar como éste». En el Reservado, las lámparas dibujan círculos amarillos sobre los manteles; el digno y silencioso mostrador de caoba (Mateyka desliza la palma sobre la madera negra y pulida), los espejos profundos, las nobles vigas de los techos, hacen del local un refugio contra la intemperie del mundo. Pasara lo que pasase, él se quedaría allí.

Zorroarín, imperturbable en su mesa, se ha perdido desde hace rato en la contemplación de la Rueda de la Fortuna. El ambiente deriva hacia la adormidera, con segundos de agudeza y súbito despabilamiento, como ocurre en la sala de espera de una estación de ferrocarril cuando la gente interrumpe las conversaciones susurradas para aguzar el oído y verificar el sonido del tren en la distancia. De golpe, todos miran hacia afuera. Pasos decididos sobre las piedras del adoquinado húmedo y brillante. Bien torneadas piernas de mujer, ceñidas en medias negras de red sobre zapatos de tacos muy altos, avanzan sobre la calle y suben provocativas a la vereda. La pollera angosta, un bolso de larga correa colgando del hombro, la pequeña valija siguiendo el vaivén de las pantorrillas, las pulseras tintineantes y las largas pestañas de Miss Lizzie, irrumpen en el local. Porque es Miss Lizzie quien ha empujado la puerta de Pomorska y Mateyka y mira, ahora, dubitativa, a un lado y a otro buscando la mesa donde Marco, sin darse cuenta de nada, lee. Miss Lizzie vacila unos segundos y se ubica de modo tal que Marco, cuando levante la mirada, la vea de inmediato.

Llama con un gesto a Mateyka, que no le ha quitado el ojo de encima, y pide una ginebra. Los demás retoman sus conversaciones.

Mateyka vuelve con el pedido y se inclina sobre la mesa mirando hacia el cielo por la ventana, como si esperara una tormenta.

—Todo estrellado —dice Miss Lizzie mientras busca en su pequeño bolso rosa viejo bordado con lentejuelas.

La mano de Mateyka se posa sobre las de ella.

—Esta noche invita la casa —y se lleva la mano de Miss Lizzie a los labios. Ella arquea notablemente una ceja y le sonrío; deja su mano entre las de Mateyka unos segundos.

Y en ese momento, algo como una ráfaga recorrió el local. El aire se congeló, las voces enmudecieron, las cucharitas dejaron de tintinear y la música lejana cesó. La Rueda, a lo lejos, estaba inmóvil.

Un desconocido de largo sobretodo oscuro y sombrero, detenido en los últimos peldaños de la escalera del Reservado, sonreía a todo el salón. En su mano izquierda, una valija.

El corazón de Zorroarín se paralizó. Como un perfume lejano, las notas de *Noches de Budapest* se deslizaron furtivas por la puerta que, en lo alto de la escalera, había quedado entreabierta. La melodía, liberada, se difundió por el bar.

Mateyka, como si nada pasara, volvió tras el mostrador y empezó a descorchar silenciosas botellas. Sonreía, inescrutable.

Tranquilo, sin perder por un instante su mirada un tanto melancólica, el extraño personaje avanzó unos pasos entre las mesas. Zorroarín fue el primero en reaccionar: se levantó de la silla despacio y se acercó al centro del bar como el que está viendo algo que no puede ser. La figura delgada y enigmática parecía detenida en el tiempo.

—¡Pomorska! —La voz de Zorroarín apenas alcanzaba a oírse—. ¿Es usted de verdad? ¿De carne y hueso?

—Fastopen —dijo Pomorska.

Se estrecharon largamente las manos con una profunda mirada de reconocimiento. Pomorska seguía con el sombrero puesto y había dejado la valija en el suelo. La Rueda de la Fortuna giraba otra vez. Está idéntico, pensó Zorroarín, y de pronto, exultante, como si tuviera veinte años, echó la cabeza atrás y prorrumpió en incontenibles carcajadas. Pomorska lo miró inquisitivo y después también rió. Era una risa íntima y apagada. Sumergió la mano en el bolsillo del sobretodo y sacó el cuaderno. Paseó una mirada brillante alrededor y, con el cuaderno en alto, saludó a Mateyka, quien le devolvió el saludo botella en mano. No era exactamente un saludo. Era una señal de reconocimiento entre dos que hace muy pocas horas han estado juntos.

Zorroarín, al ver el cuaderno, no pudo evitar nombrar al poeta griego.

—Dimitri Voyanis.

Los ojos de Pomorska se encendieron con mayor intensidad y recorrieron

ansiosos el local. Pasaron unos segundos.

—Nguuú... ¡kú! —Un sonido gutural, seco como un portazo, cerró la glotis de Pomorska.

Instintivamente todos miraron a Mateyka.

—Le sale japonés —informó imperturbable el patrón sin moverse.

Casi sin darse cuenta, Carlino y Gioconda, Ezpeleta y Beauconseil, Marco y Miss Lizzie habían dejado sus sillas para rodear a Pomorska y Zorroarín, parados frente a frente en el centro del Despacho de Bebidas. Las miradas iban de uno a otro. Los ojos apacibles y claros de Pomorska vagaban por el local y por las caras de los que iba reconociendo como sus nuevos y definitivos amigos. Después se concentró. Buscaba algo adentro, afanosamente. Tenía el entrecejo fruncido, aunque la expresión era benigna. De pronto, se le iluminó la cara, como ante una inminencia. Los miró y levantó el índice, abrió la boca, pero no dijo nada.

—No se esfuerce, maestro —intervino Zorroarín—. Ya sabemos del desorden polígloto.

Levantó una mano poniéndola, casi con reverencia, sobre el brazo que colgaba laxo al costado del sobretodo.

Para los demás, el hielo estaba roto. Todos suspiraron. Ruidosamente acercaron mesas y sillas; se sentaron. En un acuerdo tácito dejaron aparte al maestro y al recién llegado. Miss Lizzie, decidida ante la aprobación silenciosa de Marco, ocupó un lugar en el grupo. Pomorska le miró las piernas con admiración.

Mateyka sirvió vino para todos.

—Finalmente bajó, finalmente se decidió a bajar. —A Zorroarín le parecía mentira estar mirando otra vez aquella cara, un poco más delgada ahora, con el pelo un poco más ralo, pero el mismo, exactamente el mismo de años atrás; la misma mirada plácida con un punto final de incontenible ironía—. Lo he esperado por años. ¿Qué va a pasar ahora? —dijo, y se sintió volver al pasado, maravillosamente liviano, irresponsable de lo que ocurriera en lo inmediato. Ya estaba allí Pomorska y eso bastaba. Todo era tan natural, tan lógico, que no necesitaba de aclaración alguna.

Levantó el vaso contestando el gesto de Pomorska. Su amigo políglota, con el vaso en alto, siguió la rueda y cada uno levantó el suyo. Mateyka se había sentado con ellos.

—Fastopen —dijo.

—Logró procesar un lenguaje, sintetizarlo, una especie de lengua artificial... —Zorroarín maravillado, miró a Mateyka que asintió modesto, como si de él fuera el invento. El maestro se sentía joven, dispuesto a comprenderlo todo. La aldea escondida del Golfo de Salónica gravitaba allí, en el local, donde la luz había adquirido una transparencia inusual y los rodeaba y traspasaba haciendo que cada uno mirase a los otros como por primera vez. Mateyka agregó—: Sólo puede hablar de verdad a través de los versos de Voyanis, en distintas lenguas, por supuesto.

—Suapinfo.

—¿Suapinfo es sí?

—Suapinfo.

—¿Y no?

—Butinfo.

—¿Y fastopen?

Pomorska levantó la mano y saludó al aire.

—¿Y el Parque?

Pomorska por primera vez miró más allá de la ventana los muros lejanos y las luces. Depositó el cuaderno con la traducción de Voyanis sobre la mesa y puso la mano abierta sobre él.

Las palabras no eran necesarias realmente, pensó el maestro. Miró a Marco que a su vez le clavaba unos ojos interrogantes y ávidos desde la otra mesa. Le hizo señas de que se acercara.

Zorroarín se puso de pie.

—Dice que nos vamos... O mejor dicho que él se va con todos ustedes. Conoce el lugar donde hay que llevar el Parque. Cada uno tendrá su barraca o su teatro o lo que quiera. Sólo hay que seguir los versos del poeta griego.

Los presentes se miraron asombrados.

—¿Entonces somos como unos fundadores?

Mateyka dijo:

—Exactamente.

Gioconda y Carlino se apretaban las manos. Miss Lizzie había sacado de la cartera un espejito y se retocaba los labios.

—¿Tendremos tiempo de pasar a buscar un artefacto? —dijo la voz disfónica de Ezpeleta.

Pomorska acercó su cara al oído de Mateyka.

—Hay tiempo para todo —tradujo Mateyka—. Pero sólo hasta el amanecer, tienen que partir esta noche.

Todos empezaron a hablar simultáneamente. Se pensaba en preparativos, no había mucho tiempo. ¿Había que llevar ropa abrigada o liviana? Lo que tuvieran. ¿Era un viaje corto o llevaban algo para comer? Mejor llevar provisiones. ¿Se podían transportar enseres domésticos? Mejor sí. ¿Se podía llevar un gato? Era imprescindible. ¿Estaban sus lugares asegurados? Absolutamente. ¿Volverían alguna vez? No había regreso.

Se abrió un silencio. Solamente Miss Lizzie bebía tranquila su ginebra. Volvieron a hablar todos al mismo tiempo. Marco quería llevar libros, su gato Elvis y recuerdos de sus compañeros. Gioconda, algunas fotos de cartelera y vestuario. Carlino, los puntos cardinales, la plancha de Dostoievsky y la silla petiza. Beauconseil dijo que siempre llevaba encima todo lo que poseía. Miss Lizzie arqueó la ceja y habló por primera vez: Yo también, dijo. Ezpeleta sólo debía buscar el artefacto y la valija de cartón con la botella de Hesperidina. Cuando Marco estaba por salir para despedirse

de la Hermandad, Zorroarín lo detuvo.

Marco lo miró. El maestro metió la mano en el bolsillo interior del saco y le extendió un papelito. Era un boleto para bailar que decía: Lisa.

Dos horas más tarde, reunidos en la noche, junto a la camioneta que los llevaría lejos, con la iluminada Rueda al fondo, Pomorska abrió el cuaderno y leyó en castellano, con perfecta claridad, el primer poema de la libreta número cuatro: El Parque. Un círculo devoto, de religioso silencio, lo rodeaba. Entendieron los versos uno a uno, palabra a palabra.

El Parque eran ellos y estaría con ellos allí donde se detuvieran.

En su deambular nocturno, los de la Hermandad se habían hecho presentes y le tiraban manotazos amistosos a Marco, gritándole sugerencias para un Laberinto nuevo y revolucionario, con mecanismos cibernéticos y dispositivos de alta precisión; dejaban salir el Laberinto que cada uno había imaginado para sí, los decorados, las sorpresas, las mirillas electrónicas. Pestalozzi, un poco alcoholizado, abrazaba lloroso al que había sido su rival y acariciaba torpemente a Elvis. Otros embocaban maníes. Un momento después se alejaban, aullando en la noche. Por detrás del Parque comenzaba a insinuarse una fina luz lila que ponía alguna calma en la exaltación de las luces.

Poseídos por una urgencia tumultuosa, los que partían se ubicaron en la camioneta, al volante el experimentado Carlino, a su lado Pomorska; atrás, Gioconda, Miss Lizzie, Marco, el caballero Beauconseil, Ezpeleta y el artefacto.

Zorroarín y Mateyka miraban las maniobras desde una mesa de la ventana. Se cerraron las puertas, la camioneta arrancó. Lo último que vieron fue la mano de Carlino agitándose en el aire, lo último que oyeron fue una escala que, como el trino de un pájaro, se perdió en la madrugada.